

aurora

VOCES JESUITAS SOBRE LA PANDEMIA

2^{da} quincena de agosto • Año 2020 • N° 8 • Distribución gratuita

Tiempos movidos



abediciones



JESUITAS
CONFERENCIA DE PROVINCIALES EN
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE - CEAL

Coordinador aurora
Roberto Jaramillo S.J.

Responsabilidad Editorial
**Conferencia de Provinciales Jesuitas
de América Latina y El Caribe (CPAL)**

Producción Editorial
**ediciones de la Universidad
Católica Andrés Bello
Caracas-Venezuela**

Corrección de textos
Maritza Barrios

Diseño Gráfico
Isabel Valdivieso

Colaboradores
**Vicente Durán Casas S.J.
Rivaldave Paz Torquato O. Carm.
Roberto Jaramillo, S.J.
Benjamín González Buelta S.J.
Juan Díaz, S.J.
Emmanuel Sicre, S.J.
Valeria Méndez de Vigo
Adle Hernández
Ecojesuit
Élio Gasda S.J.
Obispos y arzobispos de Brasil
Juan-Salvador Pérez
Pontificia Academia para La Vida
Andrés Hubert S.J.**

Dirección de la CPAL
**Ave. Fulgencio Valdez 780,
Distrito Breña, Lima 5 - Perú**

Visite nuestra página en la WEB
www.jesuitas.lat

aurora es una publicación digital de la
Conferencia de Provinciales Jesuitas de
América Latina y El Caribe-CPAL

CONTENIDO

Presentación	3
1. Realidad natural y realidad social: ¿dos realidades en conflicto? Vicente Durán Casas S.J.	5
2. ¿Tenemos derecho a llorar a nuestros muertos? Rivaldave Paz Torquato O. Carm.....	9
3. Antropología y Religión en la Pandemia Roberto Jaramillo, S.J.	13
4. Mirada ignaciana del COVID-19 Benjamín González Buelta S.J.....	17
5. Pistas ignacianas para tiempos movidos Juan Díaz, S.J.....	21
6. ¿A qué se dedican los jesuitas? Emmanuel Sicre, S.J.	29
7. COVID-19: desafíos e interrogantes para el sector social de la Compañía de Jesús Valeria Méndez de Vigo.....	33
8. Red Educativa San Alberto Hurtado: una propuesta local para el logro de la misión Adle Hernández.....	37
9. Compromiso de Ecojesuit para reconstruir una nueva normalidad Ecojesuit.....	43
10. Tiempos tenebrosos, profetas valientes. La carta de los Obispos es Doctrina Social de la Iglesia en acción Élio Gasda S.J.....	47
11. Carta al Pueblo de Dios Obispos y arzobispos de Brasil.....	49
12. Humana Communitas: Vieja respuesta para una nueva situación Juan-Salvador Pérez.....	53
13. Humana Communitas en la era de la pandemia: consideraciones intempestivas sobre el renacimiento de la vida Pontificia Academia para La Vida	55
14. El CORONAVIRUS. ¿Una oportunidad ética (Reseña) Andrés Hubert S.J.....	63

Estamos entrando ya en el sexto mes desde que los estados de emergencia sanitaria fueron declarados -escalonadamente- en los países de nuestro continente, y muchas personas tienen la impresión de que aún estamos lejos siquiera de “aplanar la curva” de contagios y decesos a causa del COVID-19.

Las medidas más radicales tomadas inicialmente -correctas y apropiadas para el primer mundo- se revelaron pronto equívocas e imposibles de implementar en un continente donde campea la informalidad en el mundo del trabajo, los sistemas de salud son anacrónicos e insuficientes, la vivienda es precaria para la mayor parte de familias, los medios de producción están concentrados en manos de una minoría, las cadenas de distribución de alimentos, medicinas y servicios básicos están en función de los intereses del mercado y no de las necesidades de las mayorías empobrecidas, etc. Los medios masivos de transporte, los lugares de acopio y venta de productos básicos y los centros hospitalarios se han convertido en peligrosos focos de expansión del virus. Con la flexibilización de las medidas -forzada, entre otros factores, por intereses económicos y comerciales-, el espíritu de las personas, grupos y comunidades se ha relajado y, ahora, los contagios debidos a reuniones familiares y encuentros sociales son, también, una de las primeras causas de expansión de la pandemia. Entre tanto, la perspectiva de contar con una vacuna se demora y las posibilidades de que nuestros países cuenten con lotes de calidad y cantidad suficiente son lejanas.

En medio de este desolador panorama, la revista AURORA, en su octavo número, ofrece una serie de contribuciones que apuntan fundamentalmente al mundo del sentido. ¿Cómo estamos lidiando con esta realidad natural, sin desconocer el trasfondo social de sus causas y sus consecuencias? ¿Cómo dejar de ser insensibles al dolor de las multitudes que lloran a sus muertos? ¿Cómo reconstruir relaciones entre personas, grupos, generaciones, naciones, etc., con la conciencia de que todo está interconectado? ¿Qué aportes hacen en un tiempo como este los resortes espirituales que fundan y animan la acción de los jesuitas? Frente a estas realidades tanto naturales como sociales ¿qué nos dice la experiencia de discernimiento de Ignacio de Loyola y la propuesta de sus ejercicios espirituales? Son algunos

de los interrogantes que intentan abordar los nueve primeros artículos de esta revista.

Las tres últimas contribuciones nos ofrecen materiales valiosos para nuestra reflexión. La *Carta al Pueblo de Dios*, de un gran número de Obispos del Brasil, sobre la opresión que ha significado para el pueblo el manejo errático de las políticas públicas, con un comentario del P. Elio Gasda; el documento *Humana Communitas* de la Pontificia Academia para la Vida, del 22 de julio pasado, con un comentario introductorio del Prof. Juan Salvador Pérez y, finalmente, una breve reseña del libro *Coronavirus: ¿una oportunidad ética?*, publicado recientemente por el P. Tony Mifsud.

A todos los colaboradores nuestro agradecimiento.

Roberto Jaramillo, S.J.

Presidente de la CPAL

Tiempos movidos PRESENTACIÓN

**aurora**

VOCES JESUITAS SOBRE LA PANDEMIA



Foto de Gerald Bermúdez.

REALIDAD NATURAL y REALIDAD SOCIAL:

¿dos realidades en conflicto?

Vicente Durán Casas SJ¹

Hechos incontrovertibles

La pandemia de la Covid-19 nos tiene reclusos en una cuarentena conveniente para todos, pero imposible para muchos. La realidad biológico-microscópica de un virus, cuyo origen todavía es objeto de debate entre científicos, ha golpeado al mundo entero con una fuerza contundente e impensable hasta hace poco. No la esperábamos, no estábamos preparados, y muchos, con razón, se sienten amenazados de modo semejante a como nuestros antepasados se sentían ante los rayos o los terremotos.

Muchos han destacado el hecho de que, precisamente, así es como se manifiesta la realidad natural: afecta a todos los seres por igual. La ley de la gravedad es la misma en China o en Inglaterra, y las enfermedades se desarrollan en obediencia a los mismos principios biomédicos en cualquier rincón del mundo.

¹ Doctor en filosofía. Profesor Titular de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Artículo publicado en *Cien Días - CINEP*, mayo 2020.

Desde el punto de vista biológico-epidemiológico, este coronavirus amenaza por igual a todas las personas de todos los países, a todas las clases sociales y económicas, a todas las razas, culturas y religiones. Tanto el Príncipe Carlos de Inglaterra como su Primer Ministro, Boris Johnson, que no son personas que suelen transportarse en el Metro de Londres, enfermaron y requirieron de cuidados hospitalarios. Lo mismo ha ocurrido con indígenas, campesinos y habitantes de los grandes conglomerados urbanos del mundo, en Nueva York o en Madrid, en el Amazonas o en Seúl.

Muchos han destacado el hecho de que, precisamente, así es como se manifiesta la realidad natural: afecta a todos los seres por igual. La ley de la gravedad es la misma en China o en Inglaterra, y las enfermedades se desarrollan en obediencia a los mismos principios biomédicos en cualquier rincón del mundo.

Desde el punto de vista social, sin embargo, el asunto es muy diferente y requiere de múltiples análisis que conducen a resultados mucho más diferenciados. Hace poco, el filósofo surcoreano Byun-Chul Han nos recordaba que ni la muerte ni las vulnerabilidades biológicas son democráticas, porque si bien a todos nos amenazan, a unos los acaban afectando -y matando- más que a otros. Esta pandemia ha puesto de relieve, una vez más, y de manera dramática, las inequidades y desigualdades sociales que existen, tanto al interior de cada país, de cada ciudad, o incluso de cada barrio, como dentro de las diferentes regiones y los diversos países del mundo. Hay muros que separan países y también los hay que separan dentro de un mismo país. Gracias al virus, las inequidades sociales se han hecho evidentes ante los ojos del mundo. La tendencia a ignorarlas, o a aceptarlas como parte del paisaje natural de nuestro planeta, ha desnudado la perversidad que esconde.

Es una verdad incuestionable que el mundo ya andaba bastante mal antes de la pandemia, sólo que ahora esas fracturas se nos revelan de una manera más evidente y también como amenaza para todos. Caemos en la cuenta, entonces, de que nos habíamos acostumbrado a que el mundo era así y no podía ser de otro modo, y si algo hemos aprendido de esta pandemia es que nadie se salva o se defiende sólo. El COVID-19 le ha puesto rostro humano a ese retórico “nosotros” colectivo. Decimos -y repetimos- que sólo juntos saldremos adelante, y es verdad. Pero únicamente si logramos articular lo biológico y lo social de una manera más inteligente y razonable a como lo hemos hecho hasta ahora.

Preguntas que nunca sobran

Lo anterior nos obliga a plantear, nuevamente, la pregunta por la manera como asumimos la relación entre realidad natural y realidad social: ¿Son la misma realidad? ¿Las leyes de una -si las hay- determinan y gobiernan también a la otra? ¿Qué papel juega el ser humano en el complejo mundo de relaciones entre naturaleza y mundo social, político y cultural?

Estas son viejas preguntas filosóficas que nunca envejecen del todo, y que cuentan, quizás por eso mismo, con una larga historia. Con frecuencia escuchamos reclamos y cuestionamientos que tienen mucho que ver con esas u otras preguntas semejantes. Algunos dicen, por ejemplo, que todo este caos socio-biológico se debe a que los humanos nos distanciamos de la naturaleza, nos creímos sus dueños y señores, la sometimos y de paso olvidamos que éramos parte de ella. Otros llegan incluso a inculpar a las religiones monoteístas de la debacle socio-ambiental actual: el ser humano, dicen, se tomó demasiado en serio eso de ser la cumbre de la creación, cuando es eso, precisamente, lo que hay que deconstruir renunciando, de manera inmediata, a todo tipo de pretensiones de superioridad “especieísta”.

Ojalá las cosas fueran tan sencillas. Las culturas ancestrales de la humanidad, ciertamente, vivían y cultivaban una cercanía mucho más auténtica y profunda con la naturaleza de lo que logramos hoy nosotros. Su idea de “lo natural” era menos estrecha que la nuestra, abarcaba todos los aspectos de realidad, los mismos que nosotros hoy, consciente o inconscientemente, tendemos a disociar o separar. Parte de la naturaleza eran los ríos y los bosques, las aves y los peces, pero también las enfermedades y las guerras, la presencia de los espíritus, el honor debido a las diferentes deidades, las estructuras de poder, los mitos y la música.

Natural era para ellos mucho de lo que hoy nosotros radicalmente no aceptaríamos que formara parte de la naturaleza, como el sometimiento de las mujeres a los varones, la esclavitud, la autoridad del monarca y del chamán en prácticamente todos los dominios de la vida, la pena de muerte o el dominio de una raza sobre otras.

Es una verdad incuestionable que el mundo ya andaba bastante mal antes de la pandemia, sólo que ahora esas fracturas se nos revelan de una manera más evidente y también como amenaza para todos. Caemos en la cuenta, entonces, de que nos habíamos acostumbrado a que el mundo era así y no podía ser de otro modo, y si algo hemos aprendido de esta pandemia es que nadie se salva o se defiende sólo

Tal es el caso de la violencia política, la corrupción, el abuso sexual o la irresponsabilidad en el manejo de los recursos para la salud pública. Allí tiene todo el sentido del mundo -en palabras de Kant: es completamente racional- exigir cambios estructurales y formas de vida social y política que hagan honor a la dignidad humana



Foto de Gerald Bermúdez.

Incluso un pensador tan agudo y crítico como Aristóteles, en el siglo IV A.C., pensaba que mujer, hijos y esclavos eran, en cierto sentido, propiedad natural del cultivado ciudadano ateniense.

Con la aparición y expansión del cristianismo eso cambió en muchos aspectos. Recogiendo la antigua y muy rica tradición judía, el cristianismo desarrolló y llevó a todos los rincones del mundo conocido la idea de que el mundo natural, incluido el ser humano, procedía de Dios, de modo que la naturaleza, precisamente porque procedía de Dios, no podía ser propiedad de nadie. Él era su único dueño y señor. El ser humano era parte de la creación, al igual que los animales y las plantas -y también los virus-, pero sólo a él Dios le encomendó el cuidado de esa Casa Común por todos compartida.

El aporte más original del cristianismo a la teología judía de la creación fue la inseparabilidad que existe

entre creación y redención. El Dios que creó y sigue creando al mundo, y en él al ser humano, también lo redime de su egoísmo, de su ceguera y todo el mal que sea capaz de producir. Por eso la redención queda mejor expresada en parábolas de compasión y misericordia, y señala que el Dios creador es el mismo Dios de misericordia compasiva que Jesucristo anuncia de palabra y con obras.

Esa concepción fundamental, con todas sus variaciones, ajustes, precisiones y correcciones, perdura hasta el día de hoy, y ha encontrado en la Carta Encíclica *Laudato Sí* del Papa Francisco (2015) una muy renovada y acertada manera de presentarse ante un mundo roto y resquebrajado en lo social y en lo ambiental; y lo hace precisamente como un llamado a recomponer, desde sus raíces más profundas, la relación entre naturaleza y sociedad, entre economía justa y cuidado del medio ambiente.

Una larga historia

Pero para llegar a esa síntesis renovada e inspiradora, reconocida como tal incluso por personas y grupos poco simpatizantes de las religiones y del catolicismo, la humanidad tuvo que recorrer un proceso largo y complejo. Me detengo sólo en uno de esos momentos, la modernidad, clave para comprender y recomponer la relación entre realidad natural y realidad social.

Durante los siglos XV y XVI el mundo occidental comenzó a vivir una serie de cambios científicos, técnicos, culturales, económicos, políticos y religiosos que fueron configurando eso que llamamos mundo moderno. Me refiero a eso que los filósofos suelen llamar “irrupción del sujeto moderno”, que fue lo que hizo que hoy, en términos generales, llegáramos a pensar como pensamos. Algunas consecuencias o conquistas de esa irrupción son, entre otras muchas, la universalización de los derechos humanos, la negativa a considerar natural el sometimiento de las mujeres, el rechazo de la esclavitud como institución propia de la naturaleza social, la tolerancia religiosa, la libertad de expresión y la libertad religiosa, y la creciente preocupación por crear formas de vida más justas, más democráticas y equitativas para todos.

Esos fenómenos, en medio de las muchas ambigüedades y vacilaciones que los han acompañado, hicieron imposible seguir aceptando, sin más, que todo lo dado en la sociedad es natural. Es de naturaleza política, es ideológico, es histórico, y lo que es quizás más importante, está mediado por la naturaleza humana, por la voluntad, por los intereses y la libertad humana. Ni la democracia es natural, ni lo es tampoco la tiranía: ambas son de naturaleza política, como lo es la economía, la organización de sistemas de salud, el derecho penal penitenciario, la distribución de bienes y servicios y las relaciones entre pueblos y naciones.

Ello implicaba, para muchos, un divorcio, total o parcial, entre lo natural y lo social, pero divorcio, al fin y al cabo. Los intentos por relacionar esas dos dimensiones de la vida han sido numerosos, en ocasiones complementarios, pero también contradictorios. Para algunos, lo social es también natural en el sentido de que todas las acciones y creaciones humanas, como la economía, la cultura o la política, son el resultado de las muchas formas en que el mundo nos afecta. Reaccionamos al entorno obedeciendo a las mismas leyes que hacen que el león persiga a las gacelas para alimentarse, o que el pez grande se coma al chico.

Para otros, los sentimientos de compasión y simpatía son propios -aunque no exclusivos- de la naturaleza humana, y es gracias a ellos que podemos identificarnos con nuestra familia, nuestra tribu o nuestra nación, y llegar incluso a aceptar morir por ellas.

Quizás sea Kant el filósofo que haya llegado a una síntesis más completa para lograr diferenciar, y a la vez integrar, nuestros actuales conceptos de realidad natural y realidad social. Para el filósofo de la razón pura y del imperativo categórico, la realidad natural, eso que ocurre en el mundo y nosotros conocemos por medio de las ciencias naturales, se rige por leyes universales, inflexibles y necesarias; de ahí que, en eso que llamamos realidad natural, no tiene sentido decir que algo no debería ocurrir a como de hecho ocurre.

Pero al lado de esas leyes naturales, no por encima ni tampoco por debajo de ellas, sino a su lado, ocurre algo que se rige por otro tipo de leyes, que él llama leyes de libertad, que no son menos racionales que las leyes naturales, y según las cuales es posible decir que, cuanto ocurre en el mundo social, no debería haber ocurrido, o que podría haber ocurrido de otra manera.

Tal es el caso de la violencia política, la corrupción, el abuso sexual o la irresponsabilidad en el manejo de los recursos para la salud pública. Allí tiene todo el sentido del mundo -en palabras de Kant: es completamente racional- exigir cambios estructurales y formas de vida social y política que hagan honor a la dignidad humana.

Ciencia natural y acción política

Movidos por las ideas de Kant, hoy podemos decir que no es muy racional enfrentar una pandemia con discursos o argumentos políticos, ideológicos o religiosos. Tampoco es muy racional dejar las decisiones políticas en manos de científicos. Si bien la razón humana es una sola, el uso teórico y el práctico de la razón se mueven a partir de leyes diferentes.

Para salir triunfantes de esta pandemia necesitamos, al menos, de dos perspectivas: la primera es la de las ciencias naturales, clínicas y estadísticas, como la biología (virología), la infectología, la inmunología y la epidemiología; ellas nos darán las pautas para comprender, detener, curar y prevenir una enfermedad que no conocíamos, y que, si bien nos afecta a todos, golpea con fuerza mayormente destructiva a las per-

sonas mayores y de clases sociales y económicas más vulnerables.

Pero en segundo lugar requerimos también de cambios en los principios de justicia que dan vida a la “estructura básica de la sociedad” (Rawls), de la que surgen leyes y políticas públicas y sociales que garanticen acceso más equitativo a la salud, la educación, el transporte y la seguridad social. El mundo, hasta ahora, parece haberse preocupado más por la primera que por la segunda de estas dos inseparables perspectivas; y eso, si bien es comprensible, es también incompleto. Si algo ha quedado claro con esta pandemia es que salir de ella para volver a lo que ya teníamos sería retroceder. No habríamos entendido ni aprendido nada.

Los asuntos sociales y políticos no pueden ser dejados en manos de políticos o politólogos. La política

se ocupa de los asuntos importantes para los miembros de una *polis*, y todos somos ciudadanos. Todo parece indicar, sin embargo, que los países del mundo harían bien en tomar muy en serio algo por lo que el filósofo belga Philippe Van Parijs –y otros- ha venido luchando desde hace cerca de 40 años, aunque haya sido propuesto ya por Thomas Paine desde el siglo XVIII: la renta o ingreso básico universal, que consiste en que cada ser humano, al llegar a este mundo, pueda recibir una suma de dinero mensual que le permita cubrir sus necesidades vitales por el sólo hecho de existir como ser humano.

Ese es uno de esos temas para discutir y explorar en el mundo de la post-pandemia. Es un tema complejo y con muchos aspectos a considerar. Por ahora me limito a recomendar, a manera de introducción, los siguientes videos.

<https://www.youtube.com/watch?v=GP4sBGbeF8w> y https://www.youtube.com/watch?v=aIL_Y9g7Tg0



Los asuntos sociales y políticos no pueden ser dejados en manos de políticos o politólogos. La política se ocupa de los asuntos importantes para los miembros de una polis, y todos somos ciudadanos



¿TENEMOS DERECHO A LLORAR A NUESTROS MUERTOS?

Torquato Rivaldave Paz, O. Carm.¹

“El llanto puede durar toda la noche...!” (Sl 30,6)

Se está produciendo un “genocidio”, al tiempo que muchas autoridades (políticas) subordinan el luto y el dolor de la nación a privados (y a menudo oscuros) intereses políticos y económicos. Son pastores que se apacientan a sí mismos (Ez 34, 2.10) y sin escrúpulos. Como dice el refrán: “Mientras Roma ardía, ¡Nerón tocaba la lira!”.

Son bien conocidas las frases: “el llanto es signo de debilidad”, “el llanto es el arma de los débiles”. Una variante un tanto machista dice: “hombre que es hombre no llora”. Más grave que eso, sin embargo, es el desdén, el desprecio, la falta de respeto ante el llanto de miles de personas que están de luto y lloran sus muertos, por parte de altos sectores del gobierno y sus secuaces. Gran parte de la población está relegada al abandono, “como ovejas sin pastor” (Ez 34, 1-10; Mt 9, 36; Mc 6, 34). El dolor y el luto ajeno ya no nos sensibiliza más. Es la ley de la indiferencia. El COVID-19 mata, y la insensibilidad también. Se tiene la impresión de que el llanto de nuestros pueblos genera placer y gozo en muchos políticos. Es el colmo del sadismo. Aunque llamarlos sádicos y cínicos les suena como un cumplido. Es una parte de la humanidad que se va “animalizando” sin

¹ Rivaldave Paz Torquato O. Carm. es profesor titular del Departamento de Teología de la FAJE (Facultad Jesuita de Teología y Filosofía). Traducción del texto original en portugués al español por Gonzalo Castro S.J.

darse cuenta. Algo que, ciertamente, hace llorar incluso a Cristo (cf. Lc 19, 41-42).

Se está produciendo un “genocidio”, al tiempo que muchas autoridades (políticas) subordinan el luto y el dolor de la nación a privados (y a menudo oscuros) intereses políticos y económicos. Son pastores que se apacientan a sí mismos (Ez 34, 2.10) y sin escrúpulos. Como dice el refrán: “Mientras Roma ardía, ¡Nerón tocaba la lira!”. Obviamente, el gobierno no tiene por qué tener respuestas mágicas a un problema para el que ni siquiera la ciencia ha encontrado una solución. En realidad, es el sarcasmo el que, más allá de cualquier orientación partidista, de cualquier polarización capitalista o comunista, hiere aún más a las víctimas. ¡Es la imagen de la miseria humana, despojándose de sus últimas prendas ...! Mientras tanto, una buena parte de nuestros pueblos sigue desolada y continúa llorando sin que nadie los consuele.

El llanto es un fenómeno físico-biológico. El cuerpo y, más precisamente, los ojos derraman lágrimas. Pero el llanto es también el exteriorizar emociones, estados del alma, sentimiento y, por tanto, algo psicológico. Es también un fenómeno humano y, por ello, es un dato antropológico: es un hecho que el ser humano llora. ¿Será también teológico (o bíblico)?

Lloré muchas veces en mi vida. Lloré cuando recibí una buena paliza de mi madre, pero el llanto profundo y amargo fue cuando ella murió sin que yo tuviera la posibilidad de despedirme y de estar presente en su entierro. Aunque he llorado muchas veces y sé llorar, no soy un experto en llanto. Sin embargo, escuché a Don Joel Portella Amado, secretario general de la CNBB (Conferencia Nacional de Obispos de Brasil) decir en una *live*: “La muerte no solo comenzó a ser vista, sino que comenzó a incomodar, a aterrorizar, sin el derecho a llorar a los muertos y cauterizar las heridas a través de los ritos”². El llanto, como expresión de luto, como forma de trabajar la pérdida de los

seres queridos y aliviar el dolor, como parte del ritual de Exequias y, más aún, como un derecho. El llanto es catártico, viene de lo más íntimo, tiene un poder curativo, forma parte de los ritos de separación y de entrega de nuestros seres queridos que partieron. Lo necesitamos. Ahora bien, ¿habrá pasado desapercibida esta realidad tan humana en la Biblia?

Con motivo de la muerte de la matriarca Sara, el hagiógrafo registra: “Abraham fue a hacer duelo y a llorar a Sara” (Gn. 23, 2). El patriarca Jacob cree en la noticia de la muerte de su hijo José (Gn 37, 31-35) y nuevamente al hagiógrafo no se le escapa un detalle: “y su padre lloró” (v. 35b). Más tarde, Jacob muere (Gn 49, 33) y José llora su muerte (Gn 50, 1). De la misma manera ocurre con la muerte del hermano de Moisés: “Toda la comunidad, toda la casa de Israel, viendo que Aarón había muerto, lo lloró treinta días” (Núm 20, 29). Tras la muerte del gran líder, el hagiógrafo vuelve a señalar: “Los israelitas lloraron a Moisés en la estepa de Moab treinta días, hasta que terminó el tiempo de duelo por Moisés” (Dt 34, 8). Cuando Samuel muere, “todo Israel se reunió y se lamentó” (I Sam 25, 1; cf. 28, 3). Se lamenta la muerte de Saúl y su hijo Jonatán (II Sam 1, 12). En esta ocasión, David compuso una elegía fúnebre (vv. 17-27). El rey y el pueblo lloran y lamentan la muerte de Abner (II Sam 3, 30-34). En II Sam 13, 36-37 los hijos del rey lloran la muerte de Amnón y el rey hace duelo por su hijo. David llora la muerte de su hijo Absalón (II Sam 19, 1-3a). Un profeta llora y sepulta a un hombre de Dios (I Rs 13, 29-30). Todo Israel llora la muerte de Abías, hijo del rey Jeroboam (I Rs 14,18). Todo Judá y Jerusalén lamentan la muerte del rey Josías (II Crónicas 35, 24-25). Los hermanos lloran la muerte de Judas Macabeo y todo Israel se lamenta y hace duelo (I Mc 9, 19-21). Raquel llora por sus hijos (Jr 31,15; Mt 2,18). Jerusalén, con motivo del destierro, como viuda (Lm 1,1) llora el cuadro de muerte y ruina que dejaron los babilonios (Lm 1, 2.16; 3, 48-51). Jeremías concluye el lamento: “¡Quien diera agua a mi cabeza y a mis ojos una fuente de lágrimas para llorar día y noche a los muertos de mi pueblo”! (Jr 8,23). El profeta vincula el lamento y el llanto como parte del duelo que acompaña a los muertos (Jr 16,4.7; 25,33).

También, en el Nuevo Testamento, los casos continúan: en la muerte de la hija de Jairo, muchos lloran (Mc 5, 38-39; Lc 8, 52). María llora la muerte de su hermano Lázaro (Jn 11, 33). La viuda de Naín llora a su hijo camino a la tumba (Lc 7,13). Se lamenta la

Lloré muchas veces en mi vida. Lloré cuando recibí una buena paliza de mi madre, pero el llanto profundo y amargo fue cuando ella murió sin que yo tuviera la posibilidad de despedirme y de estar presente en su entierro. Aunque he llorado muchas veces y sé llorar, no soy un experto en llanto

² Transmisión en vivo de las Jornadas de Teología Pastoral [EP1], día 26/06/2020 – CNBB/PUC-Rio: <<https://www.youtube.com/watch?v=mCDMUkiE2fE>> último acceso en 04/07/2020.

muerte de Tabita (Hch 9, 39). Magdalena llora Jesús (Jn 20, 11.13.15) y también sus amigos (Mc 16,10). Estos hechos encuentran su culminación, sin duda, en la actitud de Jesús ante la muerte de Lázaro: “Al ver Jesús a María llorando y a los judíos que la acompañaban, se estremeció por dentro y se conturbó. (...) Y Jesús se echó a llorar” (Jn 11, 33.35).

Estos ejemplos bastan para mostrar que el duelo por los muertos en la Biblia es, por lo tanto, un hecho y, a menudo, adquiere proporciones locales y nacionales. Expresa la conmoción de la nación. Jesús define a los que lloran como “Bienaventurados” (Mt 5,4). El sufrimiento, el dolor puede ser una ocasión que acerca al ser humano a Dios. Para muchos, sin embargo, es solo una ocasión de rebelión, de rebelión contra Él. Sin embargo, el llanto y la posibilidad del duelo mantienen el vínculo entre el que se duele y quien cura la herida (cf. Dt 32, 39; Job 5, 18; Sal 147 ,3; Os 6, 1). No obstante, la Biblia no pierde un detalle sumamente relevante. Cuando Jacob muere, los egipcios lloran y hacen duelo por José (Gn 50, 9-11). Cuando Efraín lamenta la muerte de su hijo, “sus hermanos vinieron a consolarlo” (I Cr 7, 22). No lo dejan solo en su dolor. Cuando Lázaro muere dejando a sus hermanas de luto, los vecinos las consuelan (Jn 11, 19.31). Pablo transforma esta actitud de estar juntos o estar con el doliente en un gran imperativo pastoral: “Alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran” (Rm 12, 15). Es el principio de la empatía paulina y, en él, el principio del compadecerse, es decir, el padecer con el doliente. ¡Es hacerse libre y gratuitamente un Cireneo! (cf. Mt 27,32; Mc 15,21; Lc 23,26) Poner el hombro para que otro llore su dolor, su luto.

En palabras de Qohélet: “Hay tiempo de llorar, tiempo de reír; tiempo de hacer duelo, tiempo de bailar” (Ecle 3, 4)³. Estamos en una temporada de llanto, pero nadie tiene por qué llorar solo. Llorar es un derecho humano; si no está en la Constitución brasileña, está en la constitución humana, o sea, es constitutivo del ser humano, está inscrito en nuestra naturaleza. Así, si el dolor llega y persiste, no se tenga aprensión alguna en dejar que sus lágrimas fluyan. Llorar es también un deber que nace del espíritu de la solidaridad y de la compasión. Es derecho de quien está enlutado llorar a sus muertos, y es deber nuestro no dejarlo solo

en su dolor. Jesús no se queda en el llanto, su conmoción lo mueve a revertir el cuadro despertando a Lázaro (Jn 11, 43-44) y, lleno de compasión, despierta al hijo de la viuda de Naín (Lc 7, 13-15) o a la hija de Jairo (Mc 5, 41-42). Estos hechos muestran que él, en realidad, vino para “iluminar a los que habitan en tinieblas y en sombras de muerte” (Lc 1, 79). Su actitud nos enseña así a romper con la indiferencia, pues ella hierde más que la muerte. Un auténtico discípulo de Jesús jamás será indiferente al dolor ajeno. Podríamos lavarnos las propias manos. Es lo que hizo Pilato (Mt 27, 34)⁴. Sin embargo, Cristo lavó pies que no eran suyos (Jn 13, 1-17). Todo es lavar. En este caso, sin embargo, el objeto lavado y la pertenencia del mismo definen en qué derrotero estamos. Puedo tocar la flauta, y puedo también ofrecer el hombro a quien llora, limpiar sus lágrimas o llorar con él. Toca a cada cristiano y a la Iglesia, por lo tanto, la creatividad de encontrar un camino, sobre todo en esta pandemia en que los familiares a menudo no tienen siquiera la posibilidad de ver a su ser querido una última vez ni de participar en el entierro, de ayudar a los que están en duelo a llorar a sus muertos. Esta es la pastoral y la liturgia del consuelo.

La muerte es una parte de la vida. Sin embargo, no fuimos educados para ella. Nuestra educación tiene allí un vacío: la muerte nos es extraña hasta la hora en que nos llega. Irrumpe el dolor y el llanto. Entonces, surge de inmediato en nosotros la pregunta: “¿cómo consolar y qué decir en esa hora?”. No se trata de recetas ni de fórmulas, antes de todo se trata de estar junto al otro, de sufrir con quien sufre. Mantén el silencio, pero mantente allí. Más aún, mantente allí sabiendo que la muerte no es el fin. Ayuda la actitud de Ester que se dirige a Dios diciendo: “Escucha mi súplica, Señor... convierte nuestro luto en alegría” (Est 4, 17h, adición griega). Dios escuchó y el evento se convirtió en una fiesta (Purim), pues “se les cambió la tristeza en alegría y el luto en fiesta” (Est 9, 22). La alegría y el duelo están en las manos de Dios, Señor de la vida y

Estamos en una temporada de llanto, pero nadie tiene por qué llorar solo. Llorar es un derecho humano; si no está en la Constitución brasileña, está en la constitución humana, o sea, es constitutivo del ser humano, está inscrito en nuestra naturaleza

³ Qohélet aún no conoce la vida futura, o al menos no la verbaliza. Para él, la muerte es el fin de todo hombre, pero hace reflexionar a los vivos (Ecle 7,2), y por eso “el sabio piensa en la casa en duelo, el necio piensa en la casa en fiesta” (v. 4). Incluso en un nivel meramente humano, es sensato y bueno también para quienes se hacen solidarios en la muerte y en el duelo de los demás.

⁴ “Lavarse las manos” es, en realidad, expresión de inocencia (cf. Dt 21,6-7; Sal 26,6; 73,13). En la mentalidad común, sin embargo, este gesto es expresión de omisión e indiferencia de quien podía hacer algo para librar a Jesús de la muerte y no lo hizo, o sea, es una forma de decir: “no tengo nada que ver con eso”.

de la muerte (cf. I Sm 2,6; Dt 32, 39). Él puede transformar nuestras fiestas en luto (Am 8, 10), así como puede del mismo modo transformar el luto en danza (Sl 30, 12a; Jr 31, 13) y el llanto en alegría (Jn 16, 20). Él enjugará toda lágrima (Ap 21, 4; cf. Is 25, 8). Los que ahora lloran reirán (Lc 6, 21b). En Él y con Él el dolor de la muerte se puede tornar esperanza de vida. Los días de duelo cesarán (Is 60, 20). El COVID-19 pasará y la vida seguirá su camino. Y entonces los que sembraron entre lágrimas, cosecharán cantando (cf Sal 126, 5-6). No podemos afrontar la vida como si fuera una sola estación. El otoño abre el camino que lleva a la primavera. Completando el verso inicial: “el llano puede durar toda la noche, pero a la mañana vendrá el grito de alegría” (Sal 30, 6)

La muerte es una parte de la vida. Sin embargo, no fuimos educados para ella. Nuestra educación tiene allí un vacío: la muerte nos es extraña hasta la hora en que nos llega. Irrumpe el dolor y el llanto. Entonces, surge de inmediato en nosotros la pregunta: “¿cómo consolar y qué decir en esa hora?”. No se trata de recetas ni de fórmulas, antes de todo se trata de estar junto al otro, de sufrir con quien sufre



ANTROPOLOGÍA y RELIGIÓN en la Pandemia

Sin llegar a ser paranoicos, es necesario tener un ojo vigilante y una mente crítica respecto de medidas, orientaciones, políticas públicas, decisiones gubernamentales, etc., porque no todas son tomadas libremente (sino movidas por intereses económicos) ni basadas en análisis objetivos del bien común (lobby corporativo multinacional)

Roberto Jaramillo, S.J.¹

13

La pandemia del COVID-19 ha producido impactos importantes, unos inmediatos y otros a medio o largo plazo; su análisis depende en gran medida de la visión (los lentes) y de los intereses de quien la tematiza desde la economía, la sociología, la política, la salud pública, la educación, los negocios, etc. Yo intento hacer aquí una aproximación desde las perspectivas de la antropología y de la fe religiosa.

Algunos impactos desde la perspectiva antropológica

A nivel de las personas y de las familias hay dos impactos terribles que no hacen discriminación de clase (aunque se viven de manera diferente): en primer lugar la muerte repetida y cercana: la pérdida traumática de uno o varios seres queridos en condiciones inhumanas y hasta ahora desconocidas, sin ningún control posible de las circunstancias y de los ritos (seculares o religiosos). En segundo lugar: el miedo, la inseguridad como formas de vida más o menos permanentes.

Hay un tercer impacto, más evidente en aquellos que ya eran empobrecidos, que tiene que ver con la precarización creciente de los medios de vida: el empleo, la comida, la salud, la educación, el descanso, el transporte, la vivienda, todo eso vivido con exponencial dificultad por refugiados y migran-

¹ Presidente de la Conferencia de Provinciales en América Latina y el Caribe (CPAL)

La experiencia traumática del COVID-19 rompe todos los esquemas y desenmascara la muerte controlada (medicalizada), muchas veces banalizada (la de “los bandidos”), y expone a toda la humanidad ante una realidad que se impone, indefectible, más poderosa, inevitable, y que por eso sigue siendo la puerta del misterio (personal y social): la muerte simplemente ‘llega’

tes; esas condiciones no sólo se degradaron, sino que “ahora la vida se pone mucho más difícil”. Se trata de un impacto sentido por la mayor parte de la humanidad independientemente de su clase, nación, religión u otras consideraciones; toda la humanidad está “*shock*ada” por la pandemia.

Hay un cuarto impacto, importante a nivel antropológico, que tiene que ver con la “desconfianza instalada como forma de mediación” entre los seres humanos y entre los seres humanos y las cosas. Fuera del perímetro doméstico todo es amenaza: el banco, la piscina, el autobús, las monedas, los productos básicos, el papel periódico y, por supuesto, un abrazo, un apretón de manos, un encuentro, una conversación “demasiado” cercana.

Este último elemento no deja de ser pensado y usado por gobiernos y por “marketeros” de todos los colores e intereses, como una herramienta de desmovilización y de paralización de procesos de organización y cambio / rebeldía social, que podrían poner en riesgo su dominio y control. De manera que, sin llegar a ser paranoicos, es necesario tener un ojo vigilante y una mente crítica respecto de medidas, orientaciones, políticas públicas, decisiones gubernamentales, etc., porque no todas son tomadas libremente (sino movidas por intereses económicos) ni basadas en análisis objetivos del bien común (lobby corporativo multinacional).

Y hay un último impacto antropológico que quisiera nombrar, entre otros muchos posibles, que me parece de la mayor importancia: la barrera de los 60 / 65 años volvió a instalarse como un punto de quiebre generacional, después de verse muy debilitada en los últimos 20 años. Eso representa -para los que tienen esa edad- una experiencia especial de fragilidad y de inseguridad inédita (forzado retiro - al claustro - más aislados), y para los que no tienen todavía esa edad una fuente de angustia porque la edad “útil” se recorta. Se trata de una fuente más de conflictos sociales que se suma a la incapacidad de los gobiernos de cuidar y proveer la salud integral para los ciudadanos.

Algunos impactos desde la perspectiva de la fe religiosa

Aclaro de entrada que no estoy hablando de la fe cristiana (aunque sí “desde” la fe cristiana) sino de la fe religiosa; es decir, de la experiencia religiosa de los hombres y las mujeres independientemente de su fe trascendente: “un conjunto articulado de formas rituales y simbólicas utilizadas colectivamente para darle sentido, y saber que se le da sentido, a dimensiones básicas de la existencia”. Hablo desde el mero (aunque no “puro”) fenómeno religioso.

1º. La muerte siempre ha sido, más que el nacimiento y que cualquier otra experiencia humana, la puerta de la religión. Y toda la lucha de la humanidad: desde la experiencia del trabajo pasando por la enfermedad, la comida, la organización social, las leyes, la educación, etc., se puede resumir como: “una carrera contra la muerte”.

La experiencia traumática del COVID-19 rompe todos los esquemas y desenmascara la muerte controlada (medicalizada), muchas veces banalizada (la de “los bandidos”), y expone a toda la humanidad ante una realidad que se impone, indefectible, más poderosa, inevitable, y que por eso sigue siendo la puerta del misterio (personal y social): la muerte simplemente ‘llega’. Podemos afirmar que la religión (el fenómeno religioso) se alimenta de la muerte y esta es una primera constatación antropológica importante (como no estoy haciendo teología las consecuencias pastorales las saca cada uno).

2º. El miedo, la ira, el hambre y la sensualidad han sido, a través de los tiempos, los cuatro instintos básicos de los seres vivos, sentimientos a partir de los cuales es posible construir lo mejor o lo peor de nosotros mismos en tanto humanidad: las formas sociales salieron del *miedo*, la educación y la ciencia de la *ira*, la economía del *hambre*, y las artes de la *sensualidad*; las más refinadas formas del espíritu tienen su origen y su fuerza motora en los instintos más básicos de hombre.

Estos tiempos de COVID-19 exacerbaban los tres primeros, especialmente el miedo y el hambre, la inseguridad y la desconfianza. Entonces, nos colocan a todos delante de ese dilema: ¿construyo o destruyo?, ¿aprovecho ese (esos) sentimiento (s) instintivo (s) para ir más allá y construir la convivencia, las leyes, la organización social, la negociación, el diálogo, la concertación (todo eso perfectible), la pluralidad (todas las formas de la refinación del espíritu humano), o me dejo

llevar por el instinto y me encierro, agredo, defiendo visceralmente mis intereses, los de mi familia, los de mi grupo, los de mi institución?

Es necesario un pensamiento reflejo (reflexionar) para salir del instinto y poder construir formas culturales que “amansen”, apacigüen, controlen esos movilizadores instintivos, haciéndolos motivo de humanización. Eso es trabajo espiritual, tarea religiosa.

3°. Frente a la precarización creciente de los medios de vida -“generalizada” pero diferenciada: porque estamos en la misma tormenta, ¡pero no en el mismo barco!- esta tragedia nos invita a reconocer que el “el mundo no es bueno si no es bueno para todos” y a cambiar nuestra manera de relacionarnos los unos con los otros y con las cosas.

Hay un llamado verdaderamente religioso a reconocer que el planeta (dentro del que ahora nos reconocemos una partecita) está siendo agredido y que los bienes están mal repartidos. Este sentimiento, también generalizado, es religioso porque es generativo de formas nuevas de re/ligamiento, de re/ligión, de re/lación; y es necesario reconocerlo y valorarlo como una manifestación de esa experiencia.

4o. Finalmente, no hay sociedad verdaderamente humana y humanizadora en que la vejez no tenga un lugar destacado: los niños como promesa y los viejos como sabiduría y juicio. La situación actual que recorta la edad útil de las personas y que fragiliza de manera extraordinaria la calidad de vida (el valor) de las personas mayores, conlleva una denuncia y una promesa. Una doble denuncia que tiene que ver, por

un lado, con de la degradación de la “humanidad” de nuestras sociedades que han relegado cada vez más a los viejos a los rincones y los extramuros de la realidad haciendo de sus vidas y de su experiencia descartables, periféricas, insignificantes; con todo lo que eso lleva de trauma (para esas personas) y de estupidez (para la sociedad). Y, por otro lado, una denuncia pragmática de que, a los 65 años, el cuerpo de un ser humano está fragilizado (no todos... pero generalmente así sucede: próstata, hipertensión, obesidad, diabetes, etc.) y de que el cuerpo (la carne) tiene un límite, una resistencia, una durabilidad, que caduca, que se marchita, que se acaba, que se deteriora.

Unida a esta última denuncia, se reconoce la promesa del cuidado, del cariño, de la relación personal, de la “espiritualización” del ser humano, que va más allá de las arrugas y los años, de la falta de fuerzas y de las limitaciones corporales, y nos abre a las dimensiones humanizantes de la perennidad, de la trascendencia, de la herencia, de la tradición, de la cultura, del arte, de la sabiduría. Y esa es una promesa religiosa porque le da sentido a una etapa ineluctable para todos: la vejez.

Hay un llamado verdaderamente religioso a reconocer que el planeta (dentro del que ahora nos reconocemos una partecita) está siendo agredido y que los bienes están mal repartidos. Este sentimiento, también generalizado, es religioso porque es generativo de formas nuevas de re/ligamiento, de re/ligión, de re/lación; y es necesario reconocerlo y valorarlo como una manifestación de esa experiencia

En resumen:

ANTROPOLOGÍA	RELIGIÓN	PASTORAL
Muerte repentina cercana, incontrolada, desritualizada	La muerte es la puerta de la experiencia religiosa - abre al misterio	?
Miedo e inseguridad como forma de vida	El miedo, la ira, el hambre pueden ser movilizadores de la organización social	?
Desconfianza como sistema de relación entre personas y con las cosas		?
Precarización creciente de medios de vida	“El mundo no es bueno si no es bueno para todos”	?
Recorte de la edad “útil”	Tradicición, herencia, historia	?

Los desafíos y las oportunidades son múltiples, pero eso hay que reflexionarlo más. Por eso dejo abierta la columna de la derecha para el diálogo y la búsqueda.



Mirada ignaciana del COVID-19

Benjamín González Buelta S.J.¹

En la espiritualidad ignaciana es esencial ser fieles a la realidad. La contemplación de lo real es el camino para encontrarnos con la profundidad, con lo que se mueve más allá de las superficies brillantes o trágicas. En su última dimensión nos encontramos con Dios que ama el mundo con una pasión infinita y con una creatividad inagotable. La *contemplación* nos lleva a la *implicación*, y la implicación, en muchas situaciones, nos conduce a la *complicación*. Por eso hay muchas personas que rehúyen contemplar la realidad y escogen espiritualidades menos encarnadas.

Ignacio es el maestro que nos enseña a contemplar hasta percibir el punto donde todo lo real se abre al trabajo de Dios, al dinamismo del reinado de Dios que todo lo atraviesa. El COVID-19 es una herida clamorosa en medio de nosotros. Como solemos decir, “es una realidad que grita al cielo”. No vamos a retirar la mirada, ni hacernos oídos sordos. Lo vamos a mirar desde el dinamismo de los Ejercicios Espirituales. La mirada se va profundizando hasta descubrir de qué manera el COVID-19 afecta a Dios y a las personas y de qué manera Dios responde.

En el centro de la espiritualidad ignaciana, hablando de nuestra identidad de jesuitas, y de los colaboradores y amigos de la familia ignaciana en la misma misión, dice la CG 35:

¹ Texto de sus reflexiones presentadas el 31 de julio 2020, en la Misa de San Ignacio. Centro Bellarmino de Espiritualidad Santiago de los Caballeros, República Dominicana.

Encontrar la vida divina en las profundidades de la realidad es una misión de esperanza confiada a los jesuitas. Recorremos de nuevo el camino que tomó Ignacio. Como en su experiencia, también en la experiencia, puesto que se abre un espacio de interioridad en el que Dios actúa en nosotros, podemos ver el mundo como un lugar donde Dios actúa y que está lleno de sus llamadas y de su presencia. Así nos adentramos con Cristo, que ofrece el agua viva, en zonas del mundo áridas y sin vida. **Nuestro modo de proceder es descubrir las huellas de Dios en todas partes**, sabiendo que el Espíritu de Cristo está activo en todos los lugares y situaciones y en todas las actividades y mediaciones que intentan hacerle más presente en el mundo (CG 35 2, 8).

El Padre trabaja siempre en las profundidades de la realidad, el Hijo se encarna solidario en el “abajo” humillado y fecundo de la humanidad, para revelarnos la salvación del reinado de Dios que todo lo alcanza, y el Espíritu nos inspira desde “dentro” de toda persona cultura y religión. La Trinidad no está lejos, en un espacio inaccesible, sino en nuestro camino. Ya en el bautismo de Jesús, la encontramos en la tierra humilde donde Jesús oraba. El Padre le dice al Hijo lleno del Espíritu: “Tu eres mi Hijo muy querido, mi predilecto” (Lc 3,22). También nos lo dice a cada uno de nosotros. La Trinidad es infinitamente humilde, en ella “vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,28), nos constituye como personas y hace fecunda nuestra vida.

Para formar la mirada que descubre a Dios en el mundo y nos une a su acción de vida, Ignacio nos propone el proceso de los Ejercicios, donde van siendo trabajados el corazón y la sensibilidad. Vamos a recorrer un pequeño itinerario.

1. Punto de partida: La mirada del Principio y Fundamento

Es nuestro punto de partida. Sin él, nada se entiende. Sabemos que el mundo y cada persona hemos salido del corazón de Dios, no de la nada fría y aséptica. Nacemos del amor de Dios. Ahí seguimos siempre y ahí está la raíz permanente de nuestra vida. Estamos “enraizados” en el amor de Cristo (Ef 3,17; Col 2,7). Desde ahí siempre podemos rehacernos y crecer.

No estamos enraizados en el amor de Dios como seres individuales, sino con la originalidad de todas las diferencias humanas concertadas. Nadie sobra, toda persona encuentra en ese Amor su existencia cotidiana.

Con cada diferencia cuenta Dios. Pablo tiene una imagen musical en la carta a los Efesios: “sean un himno a la gloriosa generosidad de Dios” (Ef 1,6). Un himno se compone de muchas notas diferentes. Cada una tiene su importancia, su tiempo y su intensidad. Cada nota recibe su valor de todas las que la preceden en la partitura, y de todas las que la siguen hasta que suena la última nota. Si una nota se inhibe y se encoge porque no se considera importante, o si otra suena más tiempo y más fuerte de lo que debe, todo el conjunto musical sufre. Somos relación, nos hacemos y nos deshacemos en la relación.

Dios no puede crear otros infinitos. Infinito sólo puede haber uno. Somos limitados, pero en relación, con el Ilimitado, con las demás personas, y con toda la creación. Es en la relación donde somos plenamente, como Dios mismo es relación, Padre, Hijo y Espíritu.

En un cosmos en crecimiento, necesariamente habrá choques y procesos traumáticos, cambios sorprendentes. Los enfrentaremos con Dios. Las personas tenemos la misión de cuidar el mundo y colaborar con Dios en el plan de salvación. El COVID-19, aparece como una zancadilla dolorosa que nos echa de bruces contra el suelo de una realidad bien dura. ¿Qué hacer?

2. La mirada realista de primera semana de Ejercicios.

Abrimos los ojos y nos encontramos con el misterio del mal. En medio de ese misterio aparece el COVID-19. En nuestro *mal crónico de países injustos y mal preparados sanitariamente y socialmente*, el virus encuentra su caldo de cultivo, se mueve sigilosamente, se extiende, contagia, enferma y mata.

Ignacio es el maestro que nos enseña a contemplar hasta percibir el punto donde todo lo real se abre al trabajo de Dios, al dinamismo del reinado de Dios que todo lo atraviesa. El COVID-19 es una herida clamorosa en medio de nosotros. Como solemos decir, “es una realidad que grita al cielo”. No vamos a retirar la mirada, ni hacernos oídos sordos. Lo vamos a mirar desde el dinamismo de los Ejercicios Espirituales. La mirada se va profundizando hasta descubrir de qué manera el COVID-19 afecta a Dios y a las personas y de qué manera Dios responde

No estamos enraizados en el amor de Dios como seres individuales, sino con la originalidad de todas las diferencias humanas concertadas. Nadie sobra, toda persona encuentra en ese Amor su existencia cotidiana. Con cada diferencia cuenta Dios

Contemplamos: - Sabemos que este problema ha sido *muy mal manejado*; China y otros países han ocultado información sobre la fecha de aparición del virus, sobre sus características letales, sobre la forma de transmitirse y de controlarlo, hasta que el virus ya se había regado por el mundo; eso ha causado millones de conta-

gios y miles de muertes porque no ha dado tiempo a las naciones para prepararse. - Por conveniencias personales, *muchos políticos han manipulado los datos*, han distorsionado la manera de enfrentar esta situación, poniendo por delante su ego, su capricho, y sus intereses políticos. - También contemplamos a los que han aprovechado la pandemia para hacer negocio con productos deteriorados o vender a sobreprecio productos necesarios. - Esta epidemia *ha revelado las deficiencias sanitarias, la imposibilidad de los pobres para tomar muchas de las medidas propuestas*. - Mucha gente ha procedido de manera irresponsable. - Los últimos estudios científicos nos dicen que *este virus saltó de un animal a un ser humano*, la razón que dan es que, con el calentamiento global, han desaparecido muchas especies animales que antes nos protegían de estos virus; ahora estamos indefensos y vendrán nuevos coronavirus sobre nosotros.

Para admiración nuestra, encontramos que el pecado también afectó al Hijo encarnado. Desde la cruz nos dice que el perdón de Dios es más grande que el pecado del mundo. Su amor vencerá el mal del mundo.

3. La mirada iluminada y cálida de la segunda semana

Dios mira el mundo y ve tantas personas en tanta ceguera, diferencias que en vez de complementarse se agreden, excluyen a los vulnerables, y crean los infiernos (Ej 102).

La mirada de Dios se extiende por el mundo: “Desde siempre y por siempre está mirando, y no tiene límite su salvación” (Ecl 39,20). La mirada paternal-maternal de Dios es de cuidado, de salvación, no de condena. El Dios humilde es justo para hacernos justos, no para ajusticiarnos, es todopoderoso para empoderarnos y posibilitarnos la vida, no para apoderarse de

nosotros y disminuirnos. La respuesta de la Trinidad es la encarnación del Hijo. El Hijo vive para nosotros, nos revela el misterio del Reino de Dios, y nos enseña a vivir enteramente en ese dinamismo de vida verdadera que lo alcanza todo. Al estilo de Jesús, que enfrentó las enfermedades de su tiempo, contemplamos, toda la lucha admirable contra el coronavirus: - toda una red de *personas ligadas al sistema de la salud*, que finaliza en las manos de los médicos y de las enfermeras, han trabajado hasta el agotamiento, poniendo en riesgo su propia vida, para superar la enfermedad de cada persona concreta. - ha sido un *trabajo escondido y anónimo bajo los uniformes y las mascarillas*. El aplauso de las 8 en muchas ciudades y países muestra el agradecimiento de todos a esos héroes sin nombre. - *algunos enfermos han dejado su respirador a otros* más jóvenes o con más responsabilidades familiares - *la colaboración ciudadana*, en todos los aspectos esenciales de la vida, como la alimentación, las farmacias, la comunicación, los transportes, el cuidado del orden público. - *la profesionalidad de los profesores* para que sus alumnos no perdiesen el año escolar. - *la creatividad de los responsables religiosos*, para llevar consuelo y fortaleza a los enfermos y a los confinados en sus casas (Eucaristías, todo tipo de Ejercicios Espirituales y retiros ofrecidos en el mundo virtual, que es todo un mundo en el que hemos entrado para ya no retirarnos de él...) - *solidaridad entre vecinos* y dentro de las Iglesias, para ayudarse y alcanzar a los más solos y pobres.

Esta mirada es muy importante. Todas estas expresiones de lucha contra el coronavirus, que hemos visto en personas de todas las culturas, razas y religiones, son una expresión del compromiso por el reino de Dios que el Hijo nos trajo con su encarnación. La vida del Reino nadie puede arrancarla de este mundo. Siempre aparecen personas que creen en la vida que Dios nos ha dado y luchan por ella, en las pequeñas acciones de la vida cotidiana, o en actividades públicas que nos asombran a todos.

En un cosmos en crecimiento, necesariamente habrá choques y procesos traumáticos, cambios sorprendentes. Los enfrentaremos con Dios. Las personas tenemos la misión de cuidar el mundo y colaborar con Dios en el plan de salvación. El COVID-19, aparece como una zancadilla dolorosa que nos echa de bruces contra el suelo de una realidad bien dura. ¿Qué hacer?

4. La mirada dura y ensangrentada de la tercera semana

No podemos detener nuestra contemplación en esos ejemplos admirables de servicio a los demás. Seguimos bajando a la profundidad. La pasión del mundo que sufre y muere, es la pasión de Cristo que hoy sigue cargando la cruz de su pueblo, como Dios le mostró a Ignacio en la visión de la Storta mientras caminaba hacia Roma. “Jesús en la cruz, cargó con el dolor de las víctimas y con el pecado de los victimarios” (Moltman). Es el compromiso hasta la muerte de Dios por nosotros.

Contemplamos: - *Cómo el COVID-19 se ha convertido en una pandemia*: 16 millones de contagiados, más de medio millón de muertos, y siguen creciendo los números al extenderse ahora por los países más pobres, alejados y desprotegidos; en cada número hay una tragedia que involucra a muchas personas. - *Las soledades y angustias*: una mujer se aferra a la mano de una enfermera y le dice: “Por favor, no me dejes morir sola”. - *Las muertes sin cercanos ni despedidas, entierros sin funeral*. - *Los cadáveres en los hospitales que nadie reclama...* - *Los miles de médicos infectados y muertos en su servicio*. - *Los curados que arrastran límites neurológicos*. - *La pasión de los pobres*: ¿cómo se pueden quedar en su casa, si apenas caben dentro?, ¿se quedarán a morir de hambre sin el trabajo y el pan de cada día? - *La competencia de los países y farmacéuticas para conseguir la vacuna* antes que otros, sin colaborar compartiendo información que podría salvar muchas vidas... - *La crisis económica* que ya empieza a mostrar sus dientes, con el desempleo cuando más se necesita el trabajo...

En este momento, contemplamos el silencio de Dios, igual que después de la muerte de Jesús en la cruz. Y en ese silencio surgen las mismas preguntas: ¿Por qué esto?, ¿Por qué a mí?, ¿Hasta cuándo? Los tiempos de silencio de Dios en la historia, no son tiempos de inactividad, de lejanía, de indiferencia, sino de gestación de algo nuevo que crece en la soledad y la discreción, según la imagen maternal de Dios que nos presenta Isaías: “Desde antiguo guardé silencio, me callaba, aguantaba, ahora como parturienta grito, jadeo y resuello” (Is 42, 14). ¿Qué novedad se está gestando hoy?

5. La mirada resucitada de la cuarta semana

Sin la mirada de la cuarta semana nos quedamos atascados en un lodazal de muerte que se nos pega a los

pies, y nos paraliza el corazón y la vida. Hay que contemplar bien, afinando los sentidos, porque toda cruz, toda muerte, lleva dentro un germen de resurrección y de vida.

La crucifixión de Jesús fue un acontecimiento público, con rituales militares de poder y de muerte, un espectáculo bien organizado, sangriento, para escarmiento de la población, para paralizarla y enmudecerla.

La resurrección fue un acontecimiento íntimo, silencioso, sólo visible para el “ver creyente”, de los discípulos, (“*oculata fides*”, Santo Tomás), que se fue abriendo con toda su fuerza en la transformación de un pequeño grupo de testigos, socialmente descalificados, que nadie pudo detener, ni las amenazas judías, ni las legiones romanas. ¿De qué tendremos que ser nosotros testigos hoy? La cuarta semana está empezando... Todavía ni siquiera hemos salido de la cuarentena. Pero ya vemos y somos testigos de signos fuertes de resurrección y de vida.

Contemplamos: - *Los 10 millones de recuperados*. - *La cuarentena obligatoria ha reforzado la vida familiar*; esta experiencia llevará a muchas personas a enfocar mejor su manera de situarse ante la productividad, para *dar más tiempo de calidad a la familia*; el ser humano, no es sólo un “animal de trabajo”. - *La necesidad de los abrazos y los encuentros, de las liturgias vivas*. - *La necesidad de dedicar más tiempo al cuidado de la intimidad personal*, a la contemplación, a la oración, a la reflexión. - *Los gestos de solidaridad vecinal...* superando las barreras físicas y afectivas crean un toro de confianza en un mundo afectado por el miedo. - *El necesario cuidado de la casa común, de la tierra tan castigada*. - *La importancia de la solidaridad humana*, que no suplen las máquinas, ante la nueva utopía tecnológica que hoy seduce en el horizonte. - *Más lucidez sobre este mundo que hemos diseñado*, en el que el mal avanza sin forzar nada, sin levantar la voz, invisible, y llega hasta la casa del presidente de un país igual que ante el ranchito de un pobre; hay enemigos para los que no sirven las bombas nucleares, ni los submarinos

Todas estas expresiones de lucha contra el coronavirus, que hemos visto en personas de todas las culturas, razas y religiones, son una expresión del compromiso por el reino de Dios que el Hijo nos trajo con su encarnación. La vida del Reino nadie puede arrancarla de este mundo. Siempre aparecen personas que creen en la vida que Dios nos ha dado y luchan por ella, en las pequeñas acciones de la vida cotidiana, o en actividades públicas que nos asombran a todos.

que queman la energía necesaria para alimentar ciudades enteras.

En estos inicios de la cuarta semana, *contemplamos a Jesús que, con las cicatrices visibles de los clavos y la lanza, trae “el oficio de consolar”, “comparando como unos amigos suelen consolar a otros”* (Ej 224). Esa es también nuestra tarea. Consolar es una caricia de la resurrección que nos llena de esperanza y de valor para hacer *los pequeños o grandes gestos de conversión a una vida nueva, de más calidad que antes de la pandemia.*

6. Punto de llegada: la mirada consolada y creadora de la contemplación para alcanzar amor

Somos invitados a salir al mundo como testigos del Dios de la vida definitiva, que ha compartido nuestro dolor y nuestra muerte, y los ha vencido con su amor infinito. Su amor por nosotros es inquebrantable. Nos ha dado todo como señal de que se nos da ÉL mismo. Está presente en todo y en todo lo podemos encontrar. Lo contemplamos en el abajo más humillado, y en el dentro más discreto de toda situación, trabajando por nosotros. Somos limitados, pero en comunión con el amor todopoderoso. Somos el destino de su bondad infinita. Hemos conocido a nuestro Dios que nos ama y nos sirve en todo y a todos. Si Dios actúa así, también será nuestro empeño: *“en todo amar y servir”*.

DIOS EN LA PANDEMIA

“Pidan y se les dará, busquen y encontrarán”.

Pedir y buscar unidos como el inspirar y el expirar.

Pedir nos abre el corazón al don de Dios, en su surgir, en su crecer y en su sazón.

Buscar nos activa enteros para salir y encontrar el don que ya crece entre nosotros al ritmo y forma de lo humano.

Dios sabe lo que necesitamos y ya ha empezado a dárselo antes que se lo pidamos

y es mayor que nuestros sueños.

En los trabajadores enmascarados, los laboratorios en silencio, las rutinas de servidores anónimos,

la soledad intubada y muda, el vacío respetuoso de las calles, los templos llenos de ausencias,

las cuatro paredes familiares, los muertos al sanar a los heridos, los entierros sin funeral ni llanto,

el cálido aplauso de las ocho y las insomnes redes digitales,

ya está creciendo un don impredecible desbordando nuestras oraciones y las previsiones de los sabios.

¿Qué nueva humanidad se está gestando en esta tierra que gime su embarazo?

No le pidamos a Dios impacientes que presione el vientre de la historia y acelere el parto. Es tiempo

de silencio servicial y expectante.



Artista: MIGUEL CABRERA (ca.1695 - 1768)
Museo Nacional de Arte, INBA Transferencia,
2000. ExPinacoteca Virreinal de San Diego.

Pistas ignacianas para tiempos movidos

21

Juan Díaz, S.J.¹

Lo del coronavirus ha sido también para nosotros como una bala de cañón. También hemos sido heridos y se han desbaratado muchos de los planes y proyectos que antes teníamos. Nos estrellamos de repente con el virus y éste nos ha parado en seco. Íbamos también triunfantes y a gran velocidad, intensificada aún más en esta era digital

Deseo presentar cuatro imágenes, cuatro momentos de la vida de Ignacio de Loyola, que pueden inspirarnos y ofrecer pistas ignacianas de acción para los tiempos movidos en que nos encontramos provocados, en gran parte, por el coronavirus.

Primera imagen: Ignacio herido y en “cuarentena”

Mayo de 1521. Ignacio de Loyola tiene 30 años de edad. Su existencia hasta ahora ha sido la de un ganador. Se ha sabido mover la corte española sirviendo a personajes importantes de su tiempo, en medio de un contexto favorable de la península, luego de la rendición de Granada y el fin de la ocupación musulmana, del descubrimiento de América, de la apertura del paso marítimo a las Indias y de la figura potente de Carlos V. Su existencia no ha estado ausente de enamoramientos, peleas callejeras, cacerías, juegos y bailes. Por situaciones peligrosas que le han acontecido, tiene autorización para portar armas. Pretende a

¹ Director del Centro de Espiritualidad Ignaciana, Provincia de Chile.

Ignacio tuvo que aprender a caminar nuevamente. Su cojera lo acompañó siempre. Nosotros como país debemos volver a caminar, a pesar de la cojera que, también, nos va a quedar por mucho tiempo.

una alta dama. Se sabe vanidoso, cuida su apariencia. Tiene un carácter fuerte y audaz, seguro de sí, porfiado. El mismo resume así su situación: “fui hombre dado a las vanidades del mundo y principalmente me deleitaba en ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra”².

Este hombre, que iba así marchando triunfante por la vida, es herido de gravedad. Encontrándose en Pamplona defendiendo un

castillo ante un ataque navarro-francés, peleando con entereza, es alcanzado por un proyectil lanzado por la pólvora de un cañón que le destroza sus piernas. Con ello ve de repente derrumbarse todas sus seguridades. Esta bala detiene su caminar.

Es llevado a la casa de su familia para curarse de las heridas. Incluso, en algún momento, pareciera peligrar su vida. Queda postrado desde junio a febrero del año siguiente. Fueron 9 meses de confinamiento y encierro. En ese período debe reponer los huesos heridos, luchar contra los dolores y la fiebre, enfrentar la muerte y, en el mejor de los casos, con la perspectiva de quedarse cojo para siempre. Paralizado por esta postración y sin distracciones (ni amigos/as, ni lectura de libros de caballería que gustaba tanto) ve pasar los días, las semanas y los meses. No había elegido estar en esta situación. Deberá ir aprendiendo, paso a paso, a integrar el ímpetu de su carácter con la vulnerabilidad que experimentaba su cuerpo.

Lo del coronavirus ha sido también para nosotros como una bala de cañón. También hemos sido heridos y se han desbaratado muchos de los planes y proyectos que antes teníamos. Nos estrellamos de repente con el virus y éste nos ha parado en seco. Íbamos también triunfantes y a gran velocidad, intensificada aún más en esta era digital. Como escribía Cristián Warnken, viajábamos en un transatlántico y chocamos: “Los virus son hoy el iceberg de nuestro Titanic... [y] hoy el mundo, como respuesta al accidente, a la catástrofe, se ralentiza. No hay casi aviones en el cielo”. Citando a Chul Han afirmaba que “habrá que repensar y restrin-

gir radicalmente el capitalismo destructivo y también nuestra ilimitada y destructiva movilidad”³.

La experiencia de Ignacio de Loyola nos ofrece pistas para enfrentar esta situación. Una de ellas será aceptar y aprender a convivir con la experiencia de vulnerabilidad y fragilidad que ha quedado patente ante nosotros. Ahora hay que saber vivir con ellas y, también, con los miedos que se nos aparecen. Otra pista será la de aprender a vivir con menos distracciones que las que teníamos antes. Por tanto, cultivar mayor sobriedad y distancia. Habrá que hacer que esos bichos pequeños y misteriosos que están el aire y en las superficies, que hoy son nuestros adversarios, se transformen en un camino para aprender a vivir más sanamente y más pausadamente. Habrá que aprender a disfrutar más en casa y a dejarse ayudar por otros.

La situación de cuarentena y aislamiento social que hemos estado implementando se parece mucho a esos meses que Ignacio pasó sólo en su casa. Habiendo el mismo enfermado enseñará más tarde a otros a saber sobrellevar la enfermedad. Dirá que “un servidor de Dios en una enfermedad sale hecho medio doctor para enderezar y ordenar su vida”⁴. Por tanto, “en las enfermedades procuren sacar fruto de ellas, no solamente para sí, pero para la edificación de los otros, no siendo impacientes ni difíciles de contentar, antes teniendo y mostrando mucha paciencia, usando palabras buenas que muestren que se acepta la enfermedad como gracia”⁵.

Ignacio tuvo que aprender a caminar nuevamente. Su cojera lo acompañó siempre. Nosotros como país debemos volver a caminar, a pesar de la cojera que, también, nos va a quedar por mucho tiempo.

Segunda imagen: Ignacio postrado en casa descodificando su interior

Junio de 1521. Ignacio de Loyola convalece después de su herida en su habitación del castillo de Loyola. No ha tenido más remedio que aceptar su situación, la que se parece más bien a la de un derrotado y vencido por circunstancias adversas. Está enfrentando una crisis.

“Paralizado por su postración se distraía con las imágenes sustitutivas del psiquismo”⁶. Primero se ima-

2 Autobiografía, 1

3 Cristián Warnken, “Un arca, no un Titanic”, en *El Mercurio*, 26 de marzo de 2020
 4 Carta de Ignacio de Loyola a Isabel Roser, París 10 de noviembre de 1532, en *Obras Completas* pág. 651
 5 *Constituciones de la Compañía de Jesús*, [272]
 6 Javier Melloni, “Éxodo y Éxtasis en Ignacio de Loyola”, *Sal Terrae*, 2020, pág. 20

gina las gestas caballerescas que podría llegar a realizar rescatando de un siniestro castillo a la mujer de sus sueños. Luego, a partir de las lecturas que hace de libros de vidas de santos y de Jesús que le habían traído, imagina que él mismo es uno de ellos y que hace grandes cosas al servicio de los demás. Comienza a observar con atención lo que causan en su ánimo tales imágenes que lo tienen ocupado la mayor parte del tiempo. Se da cuenta que ellas le provocan resonancias diferentes. Con las primeras queda al final aburrido y vacío. En cambio, con las segundas su corazón queda contento. Así va identificando sus movimientos interiores e interpretándolos poco a poco. De ese modo comienza a discernir para “sentir y conocer las varias mociones que en la anima se causan: las buenas para recibir y las malas para lanzar”⁷.

Por tanto, Ignacio, a medida que iba re-iniciando su vida “normal” (ahora de manera distinta), va ampliando su espacio interior. Esto se verá aún más patente en los meses posteriores, durante su estadía en la localidad de Manresa. Como consecuencia de esta ampliación interior también irá ampliando su espacio exterior, clarificando la nueva dirección que dará a su vida. Estos meses resultan ser un tiempo para cultivar la interioridad y para encontrarse con Dios, aprendiendo a discernir nuevos caminos.

La extensa cuarentena, a pesar de todo lo que se sufre, nos está abriendo espacios para bucear en nuestro interior, para enfrentarnos con nuestros miedos y para dejar despertar sentimientos hondos que antes estaban algo apagados. Nos ha puesto una pausa en la carrera veloz en que se había convertido nuestra existencia. Nos está enseñando a re-iniciar la vida, como en los computadores cuando se sobrepasa la capacidad y el computador “se tranca” y hay que reiniciarlo, poniendo las cosas en orden. Es lo de ordenar los afectos y la vida.

La experiencia de Ignacio de Loyola nos invita a ampliar nuestro mundo interior. Ésta es una pista ignaciana importante para tiempos movidos. Se trata de aprovechar la oportunidad para fijarnos, principalmente, en nuestra interioridad y en los sentimientos que van surgiendo dentro de nosotros. Nos hace sentir y tomar conciencia de las diferencias que aparecen, de admirarnos y reflexionar sobre ellas, de gustar internamente para responder a lo mejor de nosotros que, en último término, coincide con la voluntad de Dios. En

fin, para que aparezca la mejor versión de uno mismo, para llegar a ser mejores personas, más libres, y para ensanchar el espacio exterior en donde nos movemos y existimos para los demás.

Esto significará descodificar lo que nos está sucediendo, porque no siempre resultan evidentes los significados de las cosas que nos ocurren a diario, dado que muchas de ellas están encubiertas. Cayendo en la cuenta de lo que nos acontece internamente, atenderemos mejor lo de fuera, asimilaremos mejor la información que se nos entrega, aprovecharemos algunas de ellas y dejaremos otras para no intoxicarnos. Tal postura nos regalará paciencia para sondear los signos de los tiempos y no caer en la tentación de querer salir de la crisis antes de tiempo, sin asimilarla por completo. Porque “no basta vivir la pérdida como tiempo de resignación y de resistencia dolorida. Necesitamos vivirla como tiempo de creatividad y de vida...de sensibilidad para percibir las innumerables señales pequeñas de esta gestación y ánimo para cuidarlas como el futuro que Dios nos regala”⁸.

La espiritualidad ignaciana ofrece herramientas muy útiles para discernir en tiempos difíciles y movidos como en los que estamos, tales como: que en desolación no hay que hacer cambios; que hay que mudarse contra la tristeza y no quedarse “rumiándola”; que lo malo se conduce pareciéndose a un niño mañoso y consentido (“mal criado”) frente al cual no hay que ceder; que no hay que guardar secretos sino sacarlos a la luz porque “no estás más enfermo de lo que están tus secretos”⁹; que hay que estar atentos a los puntos débiles propios para reforzarlos convenientemente; que hay que tener siempre presente el principio, medio y fin de los procesos; que lo bueno se siente como una gota de agua que cae sobre una esponja.

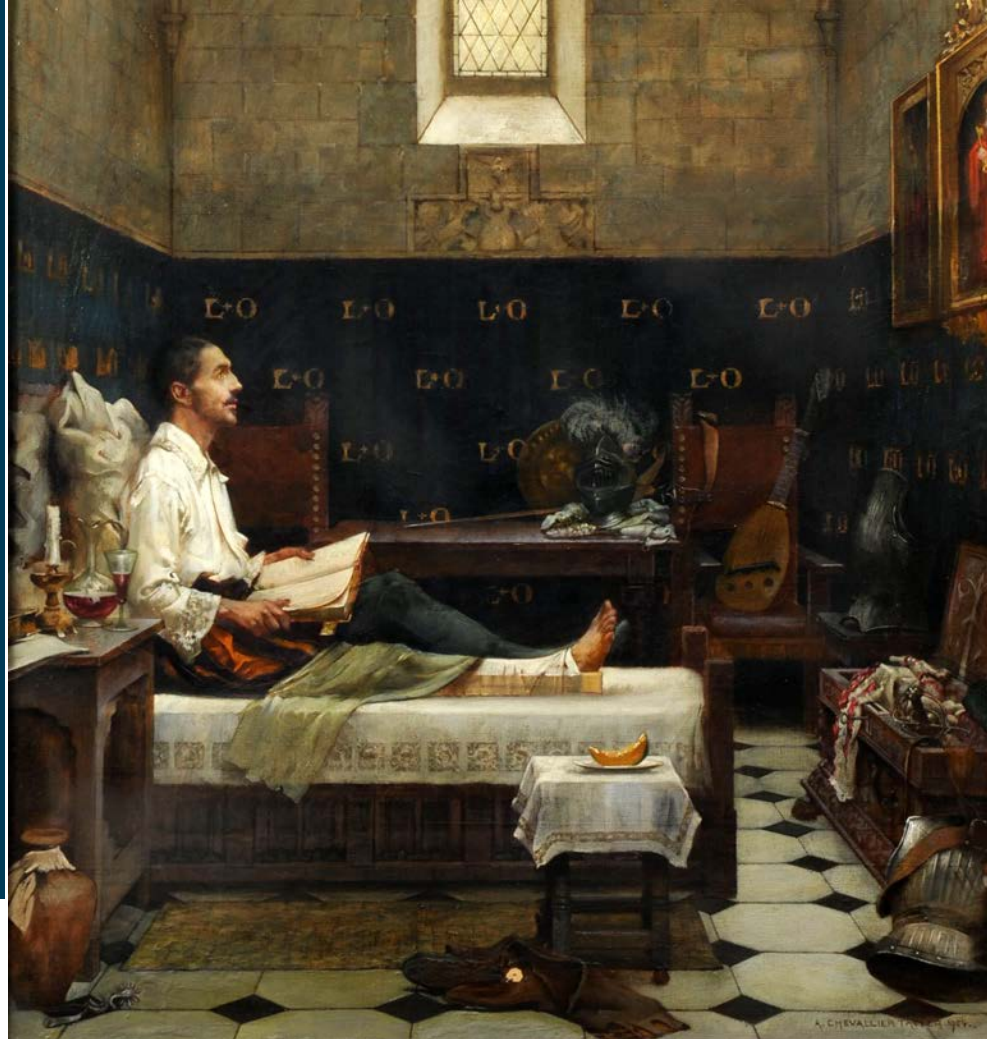
La extensa cuarentena, a pesar de todo lo que se sufre, nos está abriendo espacios para bucear en nuestro interior, para enfrentarnos con nuestros miedos y para dejar despertar sentimientos hondos que antes estaban algo apagados. Nos ha puesto una pausa en la carrera veloz en que se había convertido nuestra existencia. Nos está enseñando a re-iniciar la vida, como en los computadores cuando se sobrepasa la capacidad y el computador “se tranca” y hay que reiniciarlo, poniendo las cosas en orden. Es lo de ordenar los afectos y la vida.

7 Ejercicios Espirituales, [313]

8 Benjamín González Buelta s.j., “El discernimiento”, Sal Terrae, 2020, pág. 93-94

9 Alcohólicos Anónimos

La espiritualidad ignaciana ofrece herramientas muy útiles para discernir en tiempos difíciles y movidos como en los que estamos, tales como: que en desolación no hay que hacer cambios; que hay que mudarse contra la tristeza y no quedarse “rumiándola”; que lo malo se conduce pareciéndose a un niño mañoso y consentido (“mal criado”) frente al cual no hay que ceder; que no hay que guardar secretos sino sacarlos a la luz porque



Tercera imagen: Ignacio con un sueño no realizado

Transcurren los primeros días del mes de octubre de 1523. Han pasado ya casi dos años y medio de su herida. Ignacio de Loyola se encuentra en el puerto de Jafa, a punto de zarpar de regreso a Europa. Tiene la edad de 32 años. Su corazón está triste porque solamente pudo permanecer en la Tierra Santa anhelada, aproximadamente, 20 días en total. No le concedieron el permiso para quedarse definitivamente. Predomina ahora en él la desorientación y el desconcierto. Se pregunta: ¿Qué tengo que hacer?

Uno de los deseos más profundos que él tenía era ir a Jerusalén y permanecer ahí para siempre, para imitar a Jesús y ayudar a la gente, incluso dispuesto a dar la vida por eso. Mientras convalecía de su enfermedad se había estado proponiendo a sí mismo cosas difíciles para imitar a los santos. Una de ellas era “ir a Jerusalén descalzo y no comer sino hierbas”¹⁰. Para concretar este deseo tuvo que esperar pacientemente, pedir permisos y, al final, contra viento y marea, mantener su decisión a pesar de las dificultades que algunos le ponían en cuanto a subir a un barco sin dinero y, por

cierto, desoyendo los consejos médicos en cuanto a su precaria salud para hacer el viaje. Nada de eso le impidió desistir. Por el contrario, tenía muy clara la meta y poseía un corazón apasionado para lograrla. Ya en Tierra Santa se esmeró en observar, hasta los más mínimos detalles, los lugares en donde había estado Jesús. Sin embargo, los franciscanos que custodiaban aquellos santos lugares juzgaron que no convenía que se quedara en esa tierra por el peligro de que cayera preso o que lo mataran. Ignacio debió obedecer a regañadientes.

En los años que siguieron, durante su tiempo de estudios, Ignacio de Loyola mantuvo este sueño motivando a otros amigos para partir juntos a la tierra de Jesús. El voto que hizo con sus compañeros, en Montmartre, incluyó el voto de viajar a Jerusalén para gastar la vida en provecho de las personas. En abril de 1537, obtuvieron por fin el permiso de ir a Tierra Santa comenzando, desde ahí, a correr un año de espera. Pero esta vez no serán los franciscanos los que le obstaculizarán el cumplimiento de su sueño, sino la guerra declarada con los turcos que impedía hacer viajes por el Mediterráneo. A consecuencia de ello tendrá que acudir junto a sus compañeros a Roma a ponerse al servicio del Papa. Lo cierto es que su sueño de irse

¹⁰ Autobiografía de San Ignacio, 8

a Jerusalén nunca se cumplirá y tendrá que aprender a vivir con ello hasta su muerte, tendrá que entender que la Jerusalén de sus sueños se llamaría Roma y, a través de ella, el mundo entero.

Si lo pensamos detenidamente es desafiante lo que le tocó vivir a Ignacio: ser capaz de vivir con un sueño no realizado, con un ideal herido, y vivirlo sin sentimiento de fracaso. Tuvo que ser capaz de abandonar la idea de Jerusalén (a pesar de continuar amándola) y dedicarse a las posibilidades nuevas que le ofrecía Roma. De hecho, a la larga, la estadía de Ignacio en Roma fue apasionante: experiencias profundas de Dios, gobierno de un Cuerpo que se iba extendiendo por todo el mundo, escribir constituciones y cartas, apostolados, creación de colegios, etc.

Esto que le sucedió con la alternativa Jerusalén o Roma se repitió en otros asuntos: estudios o respuesta a los cuestionamientos que le hacía la Inquisición; asumir la novedad de lo que implicaba la dispersión apostólica del grupo de sus compañeros; ir por todas partes o creación de los colegios que influían en la estabilidad en un solo lugar; asumir la pobreza total o poseer alguna renta para la mantención de las iglesias. En todos estos temas le surgieron preguntas, pero fue capaz de considerar la realidad y dilucidar lo nuevo que se le abría encaminándose hacia otra dirección. Ignacio siempre tuvo que reinventarse y adaptarse.

¿Cómo se logra vivir así, con un sueño sin realizar? Es la pregunta que podríamos hacernos hoy nosotros, enfrentados a esta pandemia del coronavirus que desmotiva y cuestiona los deseos y sueños que tenía nuestro corazón.

Una cosa que transmite la espiritualidad ignaciana es que, sin dejar de tener grandes sueños y ardientes deseos, que son el motor de nuestras decisiones, hay que aprender, al mismo tiempo, a obedecer a la realidad tal como ésta se nos presenta. Obedecer no es sumisión pasiva sino es escucha atenta. Esto implica vivir en permanente tensión entre el impulso del deseo y la obediencia a la realidad. Hay que saber obedecer a los acontecimientos, que son los determinantes de gran parte de la humanidad, que no siempre coinciden con los deseos o proyectos personales. Esto va unido a lo de saber asumir los interrogantes. La existencia humana no es la interpretación de una partitura ya escrita y conocida de antemano. El correr de la vida está entrecruzado de oscuridades y perplejidades, de miedos e inseguridades. Hay que tener paciencia, a estar dis-

puestos a la espera dolorosa de que las cosas vayan aclarándose y situándose. Esto supone una gran confianza en Dios. Se trata de enfocarse en el tiempo aceptando el no poder explicarlo todo. “La aceptación de no poder es el reconocimiento liberador de los propios límites”¹¹. Muchas energías consumimos al ser testarudos e insistir en un solo propósito. Uno se va perdiendo de muchas oportunidades por lograr un único objetivo, alejándose de una visión amplia y libre del mundo y de las cosas. Hay que aprender de Ignacio de Loyola que buscaba a su Señor en un lugar geográfico para, finalmente, encontrarlo en horizontes más amplios, en donde podía servir más y mejor.

Tal actitud es esencial tenerla en estos tiempos tan complicados por los que estamos atravesando. Nos posibilita vivir más en paz, sin sentimientos de fracaso por ideales heridos. Enseña a abrirse a nuevas posibilidades, a ser creativos, inquietos, a iniciar procesos, a experimentar la audacia de ser libre, a que finalmente el deseo sea la fuerza que abra brechas frente a lo imposible.

Cuarta imagen: Ignacio amigo de los pobres

Nos encontramos en el mes de agosto de 1547. Ignacio de Loyola, con 57 años ya, es General de la Compañía de Jesús. Habita en Roma y desde ahí, con ayuda de su secretario, escribe una carta animando a los padres y hermanos que trabajan en el colegio de Padua que está pasando por un momento económico muy complicado. Les dice que “la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno”¹².

En esta carta, Ignacio les explica su convencimiento de que Cristo quiso nacer pobre, que padeció la pobreza con todas sus consecuencias: hambre, sed, sin un lugar donde vivir; que incluso en su muerte fue despojado hasta de sus vestiduras. Afirmo, sin dudar, que para los que sufren fue enviado Jesús a la tierra para comunicarles la buena noticia

11 Javier Melloni, “Éxodo y Éxtasis en Ignacio de Loyola”, Sal Terrae, 2020, pág. 47

12 Carta de Ignacio de Loyola a los padres y hermanos de Padua, 7 de agosto de 1547, BAC. Pág. 738 y ss.

Una cosa que transmite la espiritualidad ignaciana es que, sin dejar de tener grandes sueños y ardientes deseos, que son el motor de nuestras decisiones, hay que aprender, al mismo tiempo, a obedecer a la realidad tal como ésta se nos presenta. Obedecer no es sumisión pasiva sino es escucha atenta. Esto implica vivir en permanente tensión entre el impulso del deseo y la obediencia a la realidad.

El estallido social y la pandemia del coronavirus han puesto de relieve la miseria con la que viven muchos en este país. Ha aparecido el hambre en las calles. Muchos están desprovistos de lo mínimo necesario. Hoy, la solidaridad con los que están sufriendo, con los pobres y marginados, es un imperativo para la acción. Uno no puede dejar de agradecer a los que en este tiempo trabajan en los centros de salud atendiendo a los enfermos y a los adultos mayores

del Reino de Dios. Ignacio les escribe, además, que la persona que se siente segura por los recursos económicos que posee no tiene asegurada una alegría continuada, más bien “los ricos están llenos de tempestades”. Es claro en su afirmación al decir que no viven tan alegres y satisfechos “los grandes comerciantes, magistrados, príncipes y otros grandes personajes”.

La preocupación de Ignacio por los pobres no era algo nuevo. Confiesa en su autobiografía que muchos años antes había llorado amargamente de “compasión del pobre” a quien él le había regalado sus vestidos, porque veía que lo acusaban de haberlos robado. Lloró de compasión “porque entendió que lo vejaban”¹³. Un pobre lo hace llorar. Ya desde el primer momento de su conversión, Ignacio quiso dedicar su vida a ayudar a las personas afectándose especialmente por la miseria que tantos sufrían. Movido por su deseo más íntimo de desear imitar y parecerse más a la persona de Jesús, eligió la pobreza de Cristo pobre y se dispuso a pasar humillaciones y a ser considerado más bien como un ser vano y loco¹⁴, para de ese modo hacerse amigo de los pobres y brindarles en lo posible un trato mejor.

El proceso que fue haciendo Ignacio de Loyola, de dar cada vez más espacio en su corazón a Jesucristo y a vivir en solidaridad con los pobres y marginados, que son los amigos del Señor, se fue dando a lo largo de su vida de muchas maneras, impregnando de este espíritu también a sus otros compañeros que deseaban seguir su mismo camino.

Un momento importante para destacar fue el viaje a su tierra de Azpeitia, en la que permanece por tres meses. En vez de ir a la casa de su familia, se hospedó en un hospicio para pobres, lo que le permitió conocer más de cerca los problemas reales y concretos de la zona. Pudo constatar de cerca lo que iba provocando la mendicidad, la bebida y el juego. En ese corto tiempo

se puso a organizar la atención a los mendigos, reconcilió familias del pueblo que no se hablaban, e hizo que se prohibiera el juego que tanto daño producía. Esto es un ejemplo de la mirada que tenía acerca de los problemas: atento a lo concreto sin dejar de estar abierto a lo universal. Pensamiento local y acción global a la vez. Así, con su accionar, se benefició todo un pueblo.

En Roma, Ignacio, dedicado a gobernar la Compañía que se extendía por todo el mundo, destina un tiempo importante a conseguir dinero para dar limosnas a los necesitados; a auxiliar a los presos en las cárceles y a los enfermos en los hospitales; a reconciliar a personas que están enemistadas; a apoyar a las prostitutas que se dedicaban a lo suyo en condiciones miserables, forzadas por la desesperación en medio de la aparición de la sífilis a finales del siglo XV, fundando para ellas la Casa Santa Marta; a atender a los muchos niños de la calle que no tienen ni casa ni padres y que pululan por la ciudad; a acoger a los migrantes de entonces, judíos y cristianos nuevos. Y cuando asolaba el hambre en las ciudades, o se producían inundaciones, o aparecía la peste, ahí estaban también Ignacio y sus compañeros para ir en ayuda física o económica a las víctimas. En el invierno romano de 1538-1539 acogieron y prestaron ayuda, en la casa donde vivían, hasta 400 personas que se hallaban “muertos de hambre y frío y maltrato por las calles”, según la relación que hace uno de los compañeros¹⁵, organizándoles un servicio de acogida que les proporciona alimentos, techo y cama. De ese modo y de otros más concretaba Ignacio su principio de que “el amor se debe poner más en las obras que en las palabras”¹⁶.

A la par de la ayuda social, Ignacio de Loyola se preocupó también de las necesidades del corazón y, desde muy al comienzo luego de su conversión, se dedicó con esmero a la “conversación espiritual”. Se preocupó de dar instrucciones a sus compañeros de cómo hacerla para que sea de provecho.

El estallido social y la pandemia del coronavirus han puesto de relieve la miseria con la que viven muchos en este país. Ha aparecido el hambre en las calles. Muchos están desprovistos de lo mínimo necesario. Hoy, la solidaridad con los que están sufriendo, con los pobres y marginados, es un imperativo para la acción. Uno no puede dejar de agradecer a los que en este tiempo trabajan en los centros de salud atendiendo a

13 Autobiografía, 18

14 Ejercicios Espirituales, 167. Es el tercer grado de humildad

15 Polanco en FN, I, 199

16 Ejercicios Espirituales, 230



los enfermos y a los adultos mayores. Pero está el peligro para hoy y para luego cuando vaya mejorando la crisis sanitaria, que se instale lo que el Papa Francisco ha denominado el “egoísmo de los intereses particulares y la tentación de volver al pasado”. Es el peligro de “olvidar al que se quedó atrás. El riesgo...que nos golpee un virus todavía peor, el del egoísmo indiferente”¹⁷. Ciertamente hace falta sentarnos a conversar y a escucharnos entre todos para que esto no suceda.

La espiritualidad ignaciana ofrece pistas para estos tiempos, para el nuevo trato que debemos ofrecer, porque es una espiritualidad del servicio, de solidaridad, de ayuda de unos a otros. De partida se nos llama a “descubrir a Cristo en los pobres, a prestarles nuestra voz...a escucharlos...a redescubrir la hospitalidad con los extranjeros...a prestar ayuda en la sanación de un mundo herido, promoviendo una nueva forma de producción y de consumo que coloque la creación en el centro. El sistema económico actual, con su enfoque depredador descarta tanto los recursos naturales como

las personas”¹⁸. Esta espiritualidad nos hace mirar lo concreto y lo universal a la vez, a compartir de cerca con los pobres, pero con la mirada puesta en la transformación de las estructuras que provocan la pobreza. Una pista ignaciana es la de que el bien cuanto más sea universal resulta más divino.

Nos está invitando también a ejercitar el oficio de consolar a través de las conversaciones. En tiempos revueltos, de pandemia y de crisis político-social, hay que saber conversar. En tiempo de incertidumbre, el trabajo colaborativo es el camino. “Hay que aunar voluntades, sumar voces...Tenemos que hablar de Chile” han expresado recientemente rectores de las universidades más importantes¹⁹. Para hacerlo bien y para que sea relevante el conversar, será preciso estar pronto a salvar la proposición de los demás, intentando dilucidar lo verdadero que hay en lo que el otro puede decir.

¹⁸ Congregación General 36 de la Compañía de Jesús, Decreto 1, 15.29

¹⁹ Ignacio Sánchez y Ennio Vivaldi, “Tenemos que hablar de Chile”, en El Mercurio, 15 de mayo de 2020

Esto supondrá confianza mutua. Hay que tener buena fe en el diálogo que se entabla. Los consejos ignacianos al respecto son muy oportunos para ello: escuchar y no hablar mucho, ser “considerado y amoroso”, “con la mayor quietud y humildad posible”, “no mostrarse afectado por el propio juicio”, “traerme a mí mismo a la comodidad y condición de la persona con quien quiero tratar”²⁰. Sin olvidar que “bajo formas ciertamente inadmisibles, laten aspiraciones dignas de tenerse en cuenta o que inducen, por lo menos, a la deliberación”²¹.

Conclusión

Esperamos que las consecuencias provocadas por el coronavirus pasen pronto. Hay que saber enfrentar lo que nos queda, pero hay que prepararse para el después. Esto es muy importante. No se trata de volver simplemente a lo que antes se hacía. No podemos permitirnos que continúe el deterioro de la naturaleza, el desinterés por la salud y otras injusticias que están a la vista. Hay que pensar nuevos caminos y soluciones innovativas en todos los campos. Una nueva era de solidaridad se impone. Hay que volver a encontrarse con los seres queridos que no hemos podido ver, a redescubrirnos de mejor manera, a fortalecer vínculos y a saber conversar. Tenemos que cultivar más la vida interior para hacer posible todo esto.

La espiritualidad que nos regaló Ignacio de Loyola puede ayudarnos a enfrentar tiempos movidos. Tal como lo hemos dicho esta espiritualidad nos enseña a aceptar y a vivir la vulnerabilidad con paz; nos invita a ampliar los espacios interiores descodificando los mensajes que recibimos y a discernir mejor nuestras acciones; nos sostiene a saber vivir con grandes deseos al mismo tiempo que obedeciendo a los acontecimientos; y nos impulsa a ser más receptivos con los pobres, ayudando a todos los que lo necesitan y a conversar bien entre nosotros para de ese modo construir tiempos mejores.

20 Instrucción de Ignacio de Loyola a los padres que envía al Concilio de Trento, 1546, BAC pág. 706

21 Padre Pedro Arrupe, 24 de abril de 1965

La espiritualidad que nos regaló Ignacio de Loyola puede ayudarnos a enfrentar tiempos movidos

¿A QUÉ SE DEDICAN LOS JESUITAS?



“La Compañía de Jesús no está centrada sobre sí misma; nuestro progreso y el del cuerpo que formamos no tienen el centro de gravedad en sí mismos, sino en el corazón del mundo, donde trabajamos en la viña de Cristo nuestro Señor. Estamos hechos para salir de nosotros mismos, para ser enviados”.
(André de Jaer, S.J.)

Emmanuel Sicre, S.J.¹

Lo cierto es que el objetivo para el que existen los jesuitas desde el principio de todo, esto es desde 1540 que fue aprobada la Compañía, y sigue hasta nuestros días, es para ayudar a todas las personas a encontrarse con el Dios de Jesús, que se hace perceptible en la experiencia de los Ejercicios Espirituales, para trabajar junto a él por todas las creaturas.

Muchas veces a los jesuitas nos cuesta responder a esta pregunta. Creo que se debe a que casi 500 años de historia no se pueden resumir en un párrafo. Me propongo hacer el intento de explicar la dificultad de la respuesta.

Partamos desde el principio. ¿Cuál es el deseo de Ignacio, primero, y de los primeros jesuitas, luego?: “Ayudar a las almas”. Así lo había formulado ya en su *Autobiografía* (nº 11) cuando, siendo joven –cerca de los 30 años–, intuyó profundamente el Misterio de Dios en su vida y en la vida del mundo.

Lo cierto es que el objetivo para el que existen los jesuitas desde el principio de todo, esto es desde 1540 que fue aprobada la Compañía, y sigue hasta nuestros días, es para ayudar a todas las personas a encontrarse con el Dios de Jesús, que se hace perceptible en la experiencia de los *Ejercicios Espirituales*, para trabajar junto a él por todas las creaturas.

¿Cómo lo hacen?

En primer lugar, formando un cuerpo –de sacerdotes y hermanos– de vida en común, una comunidad al servicio de la Iglesia, con reglas, criterios, principios, estructuras, votos de pobreza, castidad y obediencia, que les permitan lograr lo mejor posible aquello a lo sienten que Dios los invita.

¹ Director de Pastoral del Colegio del Salvador, Buenos Aires, Argentina.



Francisco Javier Sada afirmando la sogaatira en las fiestas rectorales del Colegio San José de Mérida; la foto es del primer quinquenio de los 50.

En segundo lugar, poniéndose a disposición del Papa para que los envíe a la frontera –geográfica, existencial, intelectual, espiritual, etc.- donde más haga falta. Y por eso, tienen un voto especial de obediencia respecto de las misiones que les pida. Aquí es donde está el fundamento de su acción apostólica, en lo que el Papa les encargue.

En tercer lugar, formándose –espíritu, cuerpo y mente- durante muchos años para llevar a cabo las exigencias de la misión en un mundo muy diverso y complejo.

Por último, invitando a quienes deseen a trabajar por la misión de Cristo de en el mundo: que todos, y en especial quienes más sufren, puedan vivir desde su dignidad de hijos e hijas de Dios.

¿Y en qué trabajan los jesuitas?

Bueno, llegamos a la complejidad de la respuesta. Algunos criterios con que san Ignacio orienta a los jesuitas muestran una gran anchura y son ofrecidos para discernir, orar y reflexionar dónde, cómo y cuándo llevar a cabo la misión de “mayor servicio divino y bien universal” que la Iglesia les pide a través del Papa.

Los jesuitas serán enviados a aquella parte de “la viña del Señor”: que “tiene más necesidad”, donde “más se fructificará”, donde hay “mayor deuda” de la compañía, donde se “extienda el bien a muchos otros”. Además, han de preferirse: las cosas “espirituales” ... de “mayor perfección” ... en sí “mejores”, las cosas “más urgentes”, las cosas “más seguras”, las ocupaciones de “más universal bien”.

Hasta aquí algunos criterios –los más esenciales²- que muestran no sólo que las dedicaciones de los jesuitas abarcan, desde sus inicios, muchas posibilidades que deben comprenderse en el marco general donde se inspiran: las *Constituciones*; sino que también es posible ver cómo Ignacio confía plenamente en sus hermanos y les da una gran libertad de iniciativa.

¿Y en la actualidad? Las tensiones del discernimiento

² Respecto de los demás, San Ignacio propone algo muy de su estilo: grandes criterios para cosas concretas. Por ejemplo: la presteza con la que enviar a alguien y la seguridad de que quienes vayan harán lo que se les pide; la selección adecuada entre la tarea (más espiritual, o más intelectual, o más discreta, o más difícil, o que requiere más fuerza física) y las personas a quienes se la encomienda; los destinatarios de la misión (creyentes o no) y los jesuitas que se puedan adecuar a un contexto determinado del mundo; la alegría con la que el jesuita recibirá la misión como si Dios mismo se la diera y la responsabilidad para cumplirla; el ir adonde otros no puedan o no quieran ir y el hacer el bien a quienes más bien pueden hacer a los demás en determinado contexto; influir en los influyentes y atender a quienes necesiten caridad; cuidar las obras propias sin desoir las ajenas; hacer las cosas de mayor bien universal discerniendo cuáles van primero y cuáles después según convenga al mayor servicio de las almas; la diversidad de tareas y la mezcla y complementariedad de los compañeros para el pastoreo, la vida común y el crecimiento mutuo, prestando atención a la ayuda entre sí cuando uno tiene más experiencia que el otro, o es más animado y otro más circunspecto; el modo de enviar a los jesuitas y las instrucciones precisas para que puedan dar más ejemplo al lugar adonde vayan; el tiempo que deben permanecer en relación con la tarea que van a hacer, sin desatender qué hacer si hay accidentes; las mudanzas de un lugar a otro y la presentación del sentir cuando es contrario a lo que se le pide prohibiendo acudir a palancas de influencia.

Hoy por hoy, la misión de los jesuitas, asumiendo los criterios que Ignacio dispuso, vive su misión de “ayudar a las almas” entre tensiones vitales que la mantienen en constante dinamismo al buscar lo que el Espíritu de Dios le suscita, lo que su tradición le enseña y lo que los desafíos del mundo le proponen para el servicio de la Iglesia

Ahora bien, a partir del Concilio Vaticano II (1962-1965) los jesuitas, junto a toda la Iglesia, debieron actualizar sus opciones apostólicas para ser fieles a lo que el Papa les pedía para la evangelización en el contexto de un mundo, cada vez más cambiante y complejizado, que necesitaba de un anuncio y un testimonio del Reino renovados. Durante esta época, al Padre General Pedro Arrupe S.J. le tocó poner al día a toda la Compañía.

Fue un tiempo de muchísimos cambios y de grandes tensiones para todos en la Iglesia. Y como es lógico, hubo resistencias, osadías y búsquedas, que con los años fueron tomando distintas concreciones. La forma de sintetizar la actualización para la Compañía de Jesús fue y es “el servicio de la fe y la promoción de la justicia evangélica que reconcilia a los hombres con Dios, con la Creación y entre sí”.

Hoy por hoy, la misión de los jesuitas, asumiendo los criterios que Ignacio dispuso, vive su misión de “ayudar a las almas” entre tensiones vitales que la mantienen en constante dinamismo al buscar lo que el Espíritu de Dios le suscita, lo que su tradición le enseña y lo que los desafíos del mundo le proponen para el servicio de la Iglesia³. Algunas de esas tensiones podrían expresarse así:

- a. entre los apostolados tradicionales (los colegios, por ejemplo) y los innovadores (el SJR – Servicio Jesuita a Refugiados);
- b. entre la fidelidad al carisma original, expuesto en las *Constituciones y Normas Complementaria*, y el descubrimiento de nuevas formas apostólicas que inspira el Espíritu en un sin fin de lugares;
- c. entre la identidad cristiana católica y las demás formas de fes o increencias con las que trabajan, por pedido del Papa ayudándole en

el diálogo ecuménico o interreligioso;

- d. entre la preparación sólida para la misión (largos años de estudio y ciencia) y la urgencia de las demandas apostólicas (sobre todo en zonas de conflicto armado, por ejemplo);
- e. entre los apostolados con los pobres (el trabajo por la justicia que brota de la fe en contextos de desigualdad) y con otras condiciones sociales (por ejemplo, entre personas influyentes de la cultura o la política);
- f. entre las misiones con grandes estructuras institucionales que requieren más estabilidad y permanencia del jesuita (como una universidad) y las más pequeñas y flexibles que piden movilidad y dispersión (las misiones populares o la pastoral juvenil);
- g. entre los apostolados que cuidan la identidad local (por ejemplo, parroquias en comunidades indígenas) y los que exigen una identidad más global (por ejemplo, en las editoriales y agencias de comunicación o en ecología integral);
- h. entre los apostolados *ad intra* de la Iglesia y los *ad extra* (como el trabajo por los DDHH o en organismos internacionales);
- i. entre las obras que son dirigidas por jesuitas y dependen de la Compañía y las que son dirigidas por laicas/os u otros religiosos/as o no dependen de los jesuitas;
- j. entre ser pobres, castos y obedientes y disponer de los recursos que sean necesarios para la misión, gestionar los vínculos y la soledad, y responder a los superiores con libertad de espíritu.

En una sociedad cada vez más polarizada, la tentación será reducirse superficialmente en uno de los polos de la tensión, sin asumir la versatilidad, la movilidad y el dinamismo propio que Ignacio imprimió al cuerpo de la Compañía que formaron junto a sus compañeros

Cada apostolado busca irradiar esa magnanimidad del deseo que Dios puso en el corazón de la Compañía de integrar lo diverso, de ampliar lo estrecho, de acortar distancias y contemplar también en la acción cómo Dios está reconciliando toda realidad con él

3 El padre Arrupe lo expresaba así: “El jesuita, al querer vivir esos elementos generadores de una tensión, ya llevada por san Ignacio a fórmulas de equilibrio dinámicamente estable, advierte que el equilibrio tiende fácilmente hacerse inestable o aun a romperse. Obligado a restablecer el equilibrio, no le queda sino recurrir al mismo procedimiento con que lo consiguió san Ignacio, es a saber, o profundizando en los elementos en tensión de tal modo que lleguen a ser no elementos contrapuestos, sino interpenetrados, o, a veces, reduciéndolos a un principio de orden superior, en el que la tensión desaparece por reducirse a un valor único nuevo más elevado. En la tensión, por ejemplo, entre oración-acción, amenazado el equilibrio por la acentuación de la acción, para que pudiera en nuestros días darse mayor relieve en aras de un activismo de resultados inmediatos, se llegaría a restablecer el equilibrio con el ahondar en la significación, estima y práctica de la oración, de modo que se llegue al “*contemplativus in actionis*”, al punto en que la oración y la acción se compenetren en una “vida activa superior”, al buscar a “Dios en todo”, en el que tanto la acción como la oración se reducen a un continuo estar en Dios, al que se percibe presente en una y en otra. (Arrupe, *La misión apostólica, clave del carisma Ignaciano*)

para “el servicio de las almas”⁴. En este sentido, como decía el Padre Arrupe, ningún ministerio o apostolado está fuera de la órbita del servicio de la Compañía a la Iglesia y al mundo.⁵

Cada jesuita y también la gran familia de quienes comparten el carisma ignaciano tienen el deber de discernir estas tensiones, para responder a lo que Dios quiere que hagamos para colaborar en su misión de ser puentes en un mundo roto.

Con todo, es posible de hablar de apostolados específicos en tanto tareas encomendadas (la parroquia tal, alguna revista, una radio) y de dimensiones de cada apostolado (como son las dimensiones misionera, de diálogo interreligioso, de encuentro ecuménico, educativa, intelectual, social, comunicacional, espiritual, etc.).

Cada apostolado busca irradiar esa magnanimidad del deseo que Dios puso en el corazón de la Compañía de integrar lo diverso, de ampliar lo estrecho, de acortar distancias y contemplar también en la acción cómo Dios está reconciliando toda realidad con él.

Estas dedicaciones de los jesuitas a lo largo de la historia no han estado exentas de dificultades, errores, marchas y contramarchas, ajustes, precisiones, renunciaciones, tensiones y, sobre todo, mucha pasión. En fin, lo propio de un cuerpo vivo que busca responder con libertad espiritual y responsabilidad madura a la ayuda que los distintos Papas le han pedido.

En este sentido, muchas veces y desde sus orígenes, los jesuitas han sido acusados –cuando no, exterminados– desde los dos extremos por distintos sectores: de dogmáticos unas veces y de relativistas otras, de conservadores y de progresistas, de comunistas y de liberales. Así como de demasiado abiertos para unas cosas y cerrados para otras, de muy explícitos en el anuncio de Jesús en algunos lugares y de demasiado humanos y poco “divinos” en otros, de muy acomodaticios al poder o de muy arriesgados al criticarlo denunciando injusticias, de poco católicos y más protestantes.

En fin, lo cierto es que todas estas percepciones, desde distintas voces de la sociedad, muestran que la diversidad de la Compañía y su modo de insertarse en la realidad en su trabajo por el Reino no suelen dejar indiferente a quienes conocen a los jesuitas. Signo este del deseo de ser, a pesar de su condición de pecadores, comprometidos, libres y fieles al carisma de Ignacio para la Iglesia y el mundo.

¿Cuáles son las preferencias apostólicas de este tiempo para los jesuitas?

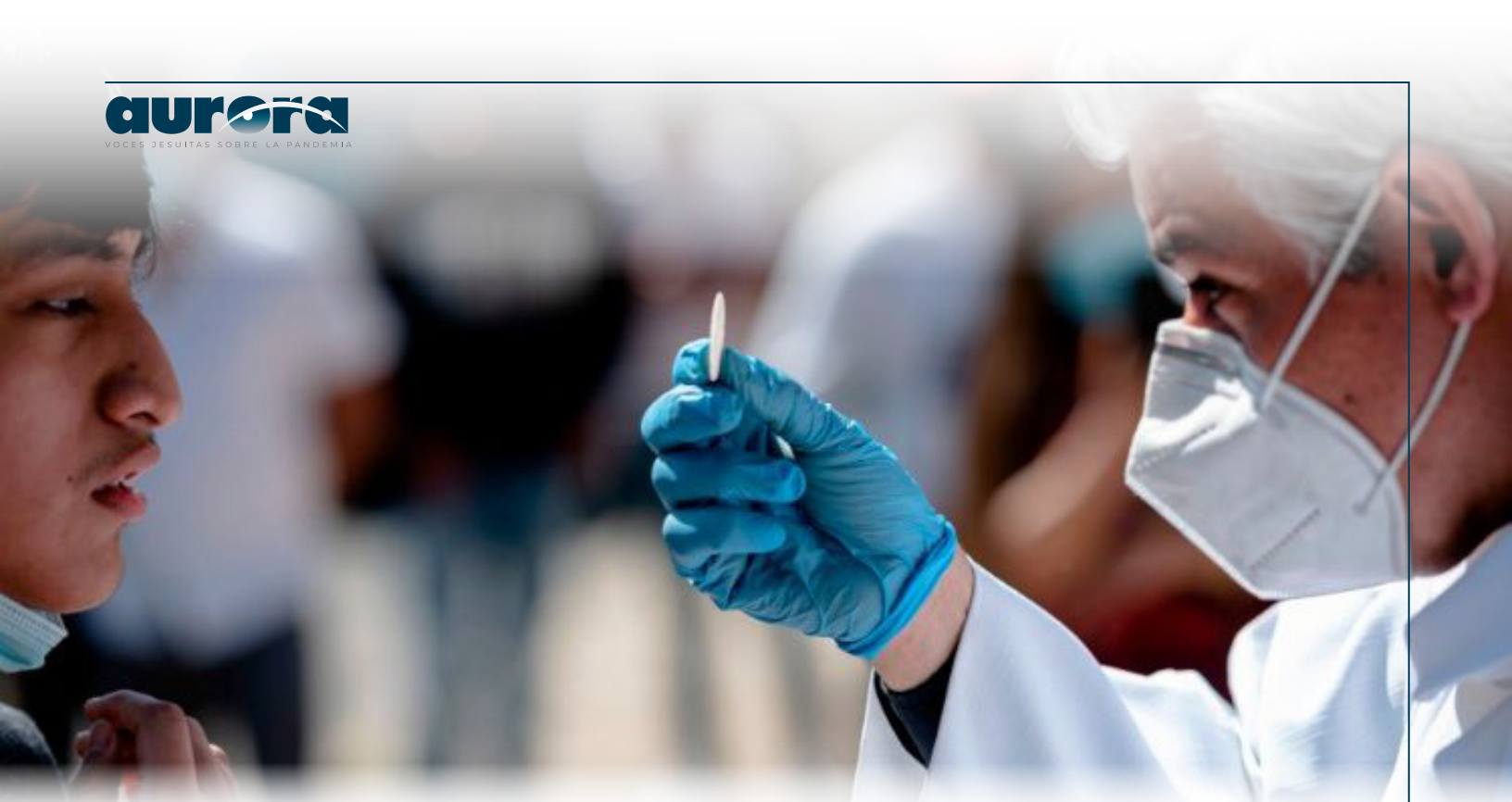
Invito a ver este video y enterarse de lo último en lo que andan los jesuitas: <https://jesuits.global/es/sobre-nosotros/preferencias-apostolicas-universales>



JESUITAS
CONFERENCIA DE PROVINCIALES EN
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE - CPAL

4 “Tenemos dificultades con las ambigüedades y las áreas grises de la realidad. Debido a que estamos capacitados para un compromiso total, proyectamos fácilmente la verdad total sobre cualquier compromiso al que nos sentimos llamados, y nos volvemos ciegos a los matices, las ambigüedades e incluso las contradicciones de una cosmovisión “en blanco y negro”. (Adolfo Nicolás, ex padre General)

5 Dice el P. Decloux: “Si la Compañía de Jesús no se define por un trabajo determinado, al servicio de un país u otro, de una u otra clase social, es porque se dedica por entero al servicio del sacerdocio de Jesús, según la dimensión universal, que reviste su ministerio. De ahí nace la diversidad, tan sorprendente, de los compromisos apostólicos asumidos por los jesuitas; de ahí brota el impulso misionero tan impresionante, que, desde sus comienzos y a lo largo de toda su historia, atraviesa a la Compañía de Jesús”.



COVID-19: DESAFÍOS E INTERROGANTES PARA EL SECTOR SOCIAL DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

Valeria Méndez de Vigo¹

La pandemia del COVID-19 ha puesto el mundo patas arriba, tambaleado algunos de sus cimientos e intensificado muchas dinámicas previamente existentes. Realmente no podíamos imaginar hace unos meses que nuestras vidas se verían interrumpidas y, aunque en estos meses se ha aprendido mucho sobre el virus, lo cierto es que todavía ignoramos muchas cosas y la posibilidad real de rebrotes presenta muchas incertidumbres. Hoy la pandemia supera las 600.000 muertes y los cerca de 15 millones de casos en 188 países de mundo², que se incrementan por miles a diario.

Consecuencias y efectos devastadores

Si bien la pandemia afecta a todos, sus efectos y consecuencias no son iguales para todos. Las personas y comunidades más vulnerables, en cualquier lugar del mundo, sufren sus efectos con mucha mayor crudeza, ya sea en salud, en incremento de la pobreza, en pérdida de empleo y salarios, o en quedarse excluido del sistema escolar. La

la pandemia afecta a todos, sus efectos y consecuencias no son iguales para todos. Las personas y comunidades más vulnerables, en cualquier lugar del mundo, sufren sus efectos con mucha mayor crudeza, ya sea en salud, en incremento de la pobreza, en pérdida de empleo y salarios, o en quedarse excluido del sistema escolar. La salud y las consecuencias socioeconómicas y políticas están ya afectando a las personas y comunidades más vulnerables, incluyendo a los ancianos, niños y niñas, migrantes, personas refugiadas y desplazadas forzadas, así como a los pueblos indígenas.

¹ Coordinadora de la Red, de Promoción y Comunicación del SJES - Secretariado de Justicia Social y Ecología.

² "COVID-19 Dashboard by the Center for Systems Science and Engineering (CSSE) at Johns Hopkins University (JHU)". En: <https://coronavirus.jhu.edu/map.html>



El Superior General de la Compañía de Jesús, Arturo Sosa S.J. señalaba en una entrevista reciente que la democracia podía ser una víctima más de la pandemia del COVID-19. De hecho, como consecuencia de la pandemia, los gobiernos han tomado una serie de medidas excepcionales, que afectan a los derechos de reunión, manifestación o privacidad. Aun pudiendo estar justificadas, las organizaciones sociales tienen fundados temores a que continúen una vez transcurrida la pandemia.

salud y las consecuencias socioeconómicas y políticas están ya afectando a las personas y comunidades más vulnerables, incluyendo a los ancianos, niños y niñas, migrantes, personas refugiadas y desplazadas forzosas, así como a los pueblos indígenas.

Intensificación de dinámicas o crisis existentes

En opinión de algunos analistas³, más que crear nuevas dinámicas, el COVID-19 ha intensificado dinámicas ya existentes, entre otras, la crisis de la desigualdad, la emergencia climática y la crisis de la democracia.

La crisis de la desigualdad

El panorama y los datos que presentan varios informes son demoledores. Tal y como señala el Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas en un reciente informe, el COVID-19 puede hacer que se dupliquen las personas que afrontan crisis alimenta-

rias, pasando de 135 a 265 millones en el mundo a final de año⁴. El Banco Mundial advirtió que el virus podría arrastrar a la pobreza extrema a entre 71 y 100 millones de personas⁵. El PNUD, por su parte, menciona que incluso cuando la enfermedad pase, “sus repercusiones seguirán afectando a la población mundial durante años y, en mayor medida, a los más vulnerables”⁶.

En el caso de América Latina, habrá un retroceso de unos 13 años, tal y como señala la CEPAL en un informe reciente: según este organismo, se producirá un aumento de la pobreza de en torno al 4.4% que alcanzaría a un total de casi 215 millones de personas (34.7% de la población de la región), mientras que la pobreza extrema alcanzaría a 83,4 millones de personas⁷. Los trabajadores informales de ambos sexos, sobre todo de mujeres y personas jóvenes indígenas

3 Cristianisme i Justícia (6/2020): “#DiálogosExcepcionales con O. Mateos y C. Vera - «Globalización: contexto multipolar...” En https://www.youtube.com/watch?v=y2b2blZnU_4

4 Noticias ONU (4/2020): “La pandemia del coronavirus puede duplicar el número de personas que padecen hambre extrema”. En: <https://news.un.org/es/story/2020/04/1473162>

5 Worldbank (6/2020): Projected poverty impacts of COVID-19 En: <http://pubdocs.worldbank.org/en/461601591649316722/Projected-poverty-impacts-of-COVID-19.pdf>

6 PNUD: “Coronavirus vs. Desigualdad”. En: <https://feature.undp.org/coronavirus-vs-inequality/es/>

7 CEPAL (5/2020): “Informe especial COVID-19 - El desafío Social”. En: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45527/5/S2000325_es.pdf

afrodescendientes y migrantes, están en una situación de especial vulnerabilidad. Las mujeres cuentan con inserción laboral más precaria y están más representadas en el trabajo informal y, en consecuencia, más expuestas al desempleo. En el contexto de confinamiento, cierre de escuelas y necesidad de cuidados, la carga de trabajo doméstico no remunerado se incrementa significativamente, así como los casos de violencia de género.

La crisis de la ecología

Ya antes de la pandemia hablábamos de la emergencia climática. Pero también hay causas en la pandemia que tienen que ver con la ecología y con el mal uso del medio ambiente. Es evidente que, al ir ganando terreno a la naturaleza, las personas entramos cada vez más en contacto con animales portadores de nuevos virus para los que no tenemos protección.

La crisis de la democracia y de los liderazgos políticos

El Superior General de la Compañía de Jesús, Arturo Sosa S.J. señalaba en una entrevista reciente que la democracia podía ser una víctima más de la pandemia del COVID-19. De hecho, como consecuencia de la pandemia, los gobiernos han tomado una serie de medidas excepcionales, que afectan a los derechos de reunión, manifestación o privacidad. Aun pudiendo estar justificadas, las organizaciones sociales tienen fundados temores a que continúen una vez transcurrida la pandemia.

La pandemia ha puesto de manifiesto la necesidad de dar respuestas globales, pero muchas de las respuestas que se están dando son nacionales y de corto plazo. El caso de la Organización Mundial de la Salud es ilustrativo. En lugar de verse reforzada, países con gran peso político, como los Estados Unidos, se retiran de la misma.

En muchos lugares, ha aumentado la polarización política, el nacionalismo y el discurso de odio hacia los extranjeros. La conceptualización- y utilización como arma arrojadiza- del virus como chino, el menosprecio a las personas mayores, o el rechazo a los migrantes son ejemplos claros.

Desafíos del sector social de la Compañía de Jesús

En esta situación, el COVID-19 ha venido a incrementar algunos de los desafíos que ya tenía el sector

social de la Compañía de Jesús. La pandemia, de algún modo, los ha intensificado y ha hecho que aumente la urgencia por darles respuesta. Menciono a continuación seis desafíos en forma de interrogantes que propongo para la reflexión y la acción:

- **Primer desafío: La globalidad de la pandemia intensifica la necesidad de dar respuestas globales.** En las últimas Congregaciones de la Compañía de Jesús (XXV y XXVI) hay un llamado a que la Compañía actúe como un cuerpo apostólico con una misión universal. En este sentido, las preguntas que podemos hacernos: ¿Cómo aprovechar este cuerpo universal para dar respuestas globales? ¿Cómo aprovechar el marco internacional de la Agenda 2030 y otros? ¿Cómo transitar de lo local, nacional, regional a lo global? ¿Tenemos la convicción, las estructuras y el conocimiento para ello?
- **Segundo desafío: La pandemia afecta sobre todo a las personas y comunidades más excluidas.** Afecta a las mujeres y a los colectivos vulnerables, tanto en la enfermedad en sí, como en las crisis económicas y sociales que llevan aparejadas. Los interrogantes que debemos plantearnos: ¿Cómo podemos aumentar nuestra comprensión de sus efectos y con mirada hacia el futuro desde la perspectiva de las personas y comunidades excluidas? ¿Escuchamos a las personas y colectivos vulnerables? ¿Abrimos espacios para que sus voces sean escuchadas?
- **Tercer desafío: La pandemia nos pone ante retos y crisis complejas que no podemos afrontar solos.** ¿Estamos preparados para trabajar en mayor medida con otros sectores de la Compañía de Jesús? ¿Cómo podemos utilizar el marco de las Preferencias Apostólicas Universales para trabajar, de manera conjunta, entre los diferentes sectores? ¿Cómo incrementar el trabajo colaborativo y en alianza con instituciones dentro de la Iglesia y de la sociedad civil?
- **Cuarto desafío: La pandemia nos pone también frente a muchos dilemas de orden ético y moral.** Entre otros, algunos de los dilemas que surgen son: ¿jóvenes vs. ancianos? ¿salud vs. economía? ¿libertad versus seguridad? ¿nación vs. globalidad? Ante estos dilemas socia-

les, éticos y morales: ¿tenemos algo que decir? Si es así, ¿cómo podemos aumentar nuestra capacidad de influencia?

- **Quinto desafío: La pandemia nos desafía a analizar la realidad, también con una mirada de futuro; nos obliga a tomar partido y a participar en la construcción de alternativas.** El COVID-19 nos coloca ante una encrucijada: ¿Queremos volver a la vieja “normalidad” o queremos tratar de reconstruir sobre otras premisas diferentes para construir un mundo más justo, sostenible y fraterno para todas las personas? ¿Cómo podemos analizar la realidad con mirada en el futuro y desde la perspectiva de los excluidos? ¿Cómo podemos participar en mayor medida en la elaboración de propuestas e incidir en la esfera pública para cambiar instituciones y estructuras? ¿Cómo articular nuestros esfuerzos y propuestas de incidencia desde lo local hasta lo global? ¿Cómo intervenir en mayor medida en el ámbito de lo público?

- **Sexto desafío: La pandemia nos sumerge en un estado de confusión, ansiedad, miedo, incertidumbre, a la vez que acrecienta nuestro sentido de común humanidad y de interdependencia.** ¿Cómo podemos tener una voz profética y esperanzada? ¿Cómo podemos alimentar y transmitir esperanza en esta situación?

Finalmente, ¿qué nos muestra toda esta situación? Algo que ya veníamos diciendo: “el modelo, el sistema se ha agotado”.

La profundización de las desigualdades, la emergencia climática y el retroceso en las democracias, entre otras cuestiones agravadas con el COVID-19, nos muestran, con mayor claridad, si cabe, que el sistema,

el modelo está agotado y a la vez nos abre la posibilidad de volver no a la vieja “normalidad” sino a construir otra normalidad, otro sistema, otro modelo, en el que se ponga en el centro a las personas, sus derechos y el cuidado del medio ambiente.

La Compañía de Jesús junto con muchos otros agentes en la Iglesia y en la sociedad civil, puede tener un papel relevante al intervenir en los debates para influir en las políticas públicas y actualizar, de manera universal, las luchas por los derechos en el escenario COVID-19. También, gracias a su trabajo de acompañamiento con las personas y colectivos vulnerables, puede ampliar o abrir espacios para que éstas intervengan y que sean escuchadas su voz y sus demandas. Porque son las personas en los márgenes las que tienen la clave para mirar desde otro ángulo - el de su propia experiencia de desigualdad y exclusión- y proponer sus propias soluciones.

En estos tiempos de incertidumbre, en los que no hay respuestas claras, hay que atreverse a entender la realidad desde la perspectiva de los excluidos, pues son ellos los mejor posicionados, los que deben ser guía y orientación para alimentar la esperanza y construir la “nueva normalidad”.

La profundización de las desigualdades, la emergencia climática y el retroceso en las democracias, entre otras cuestiones agravadas con el COVID-19, nos muestran, con mayor claridad, si cabe, que el sistema, el modelo está agotado y a la vez nos abre la posibilidad de volver no a la vieja “normalidad” sino a construir otra normalidad, otro sistema, otro modelo, en el que se ponga en el centro a las personas, sus derechos y el cuidado del medio ambiente.





Red Educativa San Alberto Hurtado:

una propuesta local para el logro de la misión

En la comunidad se sentía miedo y especialmente desconfianza, el silencio algunas veces era abrumador. El silencio en estos casos significa la ruptura del intercambio natural entre las personas; no era un silencio reflexivo sino obligado, el caldo de cultivo para la fragmentación del tejido social, para limitar el encuentro e impedir la construcción colectiva de iniciativas comunitarias, para el abandono de las organizaciones externas y ahuyentar alianzas que traían cosas buenas a la comunidad.

Ade Hernández¹

El trabajo en red ha sido promovido en la Compañía de Jesús desde hace unas décadas, porque se entiende que “las transformaciones que la promoción de la justicia requiere se juegan en un ámbito global”¹ y se ha visto esto como una “nueva manera de proceder...[un] nuevo estilo apostólico”² para el que se generaron recomendaciones generales y directrices, más bien descriptivas, sobre rasgos a considerar para discernir sobre esto. Se trata de “una nueva forma apostólica de proceder... al servicio de la misión universal”³ que tiene beneficios globales. Sin embargo, esta propuesta ha permeado también a nivel local, manteniendo muchos de los elementos descritos en estos documentos y representando, de igual forma, importantes beneficios para comunidades que están sometidas a escenarios de gran adversidad.

A finales del año 2014, la parte alta de la parroquia La Vega experimentó una situación de violencia, generada por la penetración de una banda armada, caracte-

1 Directora de Proyección y Relaciones Comunitarias, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas-Venezuela. Texto que la autora dedica “A Zureli, Marta, María Zenaida y Alfredo, S.J. de la Red Educativa San Alberto Hurtado. Un fuego que enciende otro fuego”.

2 “Trabajar en red para responder mejor a la misión”. Redes del sector social de la Compañía de Jesús. Coordinadores Sociales de las Conferencias. Mayo de 2013. *Promotio Iustitiae*, n°113, 2013/4.

3 Alfredo Infante, S.J., Párroco de la parroquia San Alberto Hurtado. Coordinador de la Red Educativa SAH. Comunicación personal enviada el 14 de julio de 2020.

Las narrativas ahora se centran en situaciones de las instituciones presentes como, por ejemplo: promover convivencias para disminuir rivalidades entre jóvenes, alinear el trabajo pastoral, o cómo insertar de manera más efectiva las acciones de la UCAB en este marco de trabajo conjunto.

rizada por gran poder organizativo, de fuego y económico, con un número importante de participantes.

La situación de violencia en ese momento fue tan grande que afectó el desarrollo de la vida cotidiana local y obligó a cambiar rutinas en sus habitantes; incluso a algunas instituciones y organizaciones del sector tuvieron que suspender temporalmente sus actividades, debido al riesgo que significaba movilizarse hasta las escuelas o los centros de salud o hacer la vida de rutina.

armada, la consecuencia podría haber sido la fractura completa del tejido social; sin embargo, la respuesta fue una retirada segura y el encuentro entre las instituciones para reorganizarse y responder estratégicamente al desafío: ¿sobrevivencia o vivencia?

Afortunadamente la situación de la banda cesó. Para ese momento, el espacio de encuentro entre las directoras de las escuelas Andy Aparicio, Canaima, L.M. Olaso, Proyección y Relaciones Comunitarias de la UCAB y el sacerdote de la parroquia San Alberto Hurtado, Alfredo Infante S.J., ya se había constituido en un espacio para compartir problemáticas, formas de resolución, recursos (no precisamente económicos) y especialmente ofrecer un acompañamiento humano y espiritual: “ahora la red ya se podía reunir en la parroquia”.

La red como respuesta a la fragmentación del tejido social, producto de la violencia armada

A raíz de esa situación, que afectó la vida y las rutinas del sector, se comenzaron a realizar unas reuniones en las que un grupo de actores clave empezó a encontrarse fuera del territorio tomado, para comprender mejor y escuchar de primera mano la descripción de los acontecimientos, dimensionar los riesgos y desarrollar estrategias para, entre todos, generar formas de autoprotección.

En la comunidad se sentía miedo y especialmente desconfianza, el silencio algunas veces era abrumador. El silencio en estos casos significa la ruptura del intercambio natural entre las personas; no era un silencio reflexivo sino obligado, el caldo de cultivo para la fragmentación del tejido social, para limitar el encuentro e impedir la construcción colectiva de iniciativas comunitarias, para el abandono de las organizaciones externas y ahuyentar alianzas que traían cosas buenas a la comunidad.

Esos encuentros empezaron a darse entre un párroco nuevo y un pequeño grupo de mujeres, cada una de ellas cabeza de una institución educativa del sector y una representante de una organización externa con años de trabajo allí. Mientras las condiciones reales obligaban a la separación, nació sin saberlo aún, una “red” en la que todas las partes tácitamente se comprometieron a trabajar en conjunto para apoyarse, cuidarse y fortalecerse en la adversidad. Ante la violencia

La red como soporte para afrontar la violencia estructural

Las narrativas ahora se centran en situaciones de las instituciones presentes como, por ejemplo: promover convivencias para disminuir rivalidades entre jóvenes, alinear el trabajo pastoral, o cómo insertar de manera más efectiva las acciones de la UCAB en este marco de trabajo conjunto. Era la oportunidad para planificar, entre todos, y alinear los esfuerzos hacia objetivos comunes, compartir experiencias, aprendizajes y hasta elementos logísticos, como los mejores proveedores de alimentos para los programas de alimentación. Los encuentros permitían tener una visión global de las diversas necesidades de los sectores, lo común a todos, pero también entender la particularidad de cada uno, la comprensión de las dinámicas comunitarias, así como identificar más rápidamente las mejores posibilidades de trabajo e identificar prioridades comunes; los encuentros permitían un pensamiento estratégico.

En la medida que la red continuó, las reuniones empezaron a estar centradas en dificultades más profundas. El hambre había llegado a los encuentros reflejando una situación cada vez más crítica:

Era la oportunidad para planificar, entre todos, y alinear los esfuerzos hacia objetivos comunes, compartir experiencias, aprendizajes y hasta elementos logísticos, como los mejores proveedores de alimentos para los programas de alimentación



el hambre de estudiantes, representantes y maestros empezó a ocupar los esfuerzos. Así, las directoras tuvieron que liderar con ánimo equipos de trabajo cada vez más afectados, todas se encontraban ya no gerenciando un colegio, sino haciendo sus mejores esfuerzos para llevar a cabo aquello que les había sido confiado, pero en un contexto de hambre, falta de transporte, angustia de los padres ante la situación de sus niños, aflicción de sus maestros ante las condiciones económicas; la pobreza -como nunca antes se había visto- formaba parte de la vida de las escuelas.

Las directoras tenían que acompañar la mejor calidad educativa posible en un contexto de desesperación y afectación humana. Cuando las condiciones de la vida cotidiana son tan adversas, el rol gerencial va más allá de lo que está contemplado en la descripción del cargo, el acompañamiento a la persona es un elemento central. El acompañamiento espiritual para el fortalecimiento de las personas fue un punto clave, el acompañamiento mutuo fue fundamental para contener el quiebre y para elaborar, analizar y discernir en conjunto qué era posible hacer ante un escenario tan desolador para serenar y focalizarse estratégicamente en la misión. Ante la violencia estructural, el agotamiento de los equipos, el dolor, la desesperación y la ola migratoria, la red funcionó como fortaleza para mantener el horizonte de las acciones, para compartir angustias y discernir en qué centrar los esfuerzos para el bien colectivo. Fue el espacio de aquietar las urgencias, respirar y focalizarse en la misión.

El compartir experiencias tan duras y difíciles generó cercanía y confianza entre los miembros de la red, en una dimensión diferente a la necesaria para generar el proceso gerencial, operativo o logístico. La red actuó como espacio de elaboración y construcción colectiva, y como fuente de fortalecimiento conjunto, consolidando el sentido de cuerpo de la red.

La red como marco para el desarrollo de capacidades que permitan responder a la pandemia

El tiempo de trabajo de la red y las dificultades que ha tenido que afrontar han consolidado una forma de trabajo que ha sido asimilada por los equipos de las diferentes instituciones y la comunidad; ante cualquier evento que ocurra, la red se activa, se comunica, evalúa y toma decisiones en equipo. La llegada de la pandemia por el coronavirus COVID-19 activó a la red para mantener un seguimiento de los eventos en comunidad, evaluar consecuencias en las familias sobre las cuales tiene impacto y para desarrollar las mejores estrategias de respuesta; a causa del aislamiento social, la red tiene que estar más alineada y conectada. Ante la amenaza de un evento como la pandemia, la red es el espacio de reorganización y adaptación de las buenas prácticas, con miras a responder y mantener las iniciativas de apoyo y las acciones prioritarias para los más vulnerables, para organizar las mejores prácticas

El compartir experiencias tan duras y difíciles generó cercanía y confianza entre los miembros de la red, en una dimensión diferente a la necesaria para generar el proceso gerencial, operativo o logístico. La red actuó como espacio de elaboración y construcción colectiva, y como fuente de fortalecimiento conjunto, consolidando el sentido de cuerpo de la red.

logísticas y de transparencia de las acciones acordando medios de verificación que usualmente exigen los financiadores, y para diseñar los protocolos que nos permitan mantener acciones de apoyo y, a la vez, respetar las medidas de bioseguridad adaptadas a la realidad del barrio.

Algo muy satisfactorio es que el trabajo se distribuye naturalmente: cada miembro sabe qué hacer y comunica esas tareas y modos a sus equipos; así la acción está alineada, y las tareas logísticas se definen y planifican con rapidez

aprovechando al máximo cada oportunidad que se presenta. La red, en estos años, ha permitido que se desarrollen capacidades para seguir respondiendo a la comunidad, aún en tiempos de pandemia, y para involucrarla dentro de un clima cívico y respetuoso de las normas que no exponga a las personas en un contexto de riesgo.

La red analizada por sus miembros

Dentro de la Compañía de Jesús, una red hace referencia a “una serie de individuos o instituciones independientes, distantes, que se asocian y cooperan a través de un tejido de relaciones complejo, con un objetivo...y una coordinación identificable”⁴.

La Red Educativa San Alberto Hurtado reúne cinco instituciones, dos de ellas Escuelas Fe y Alegría, una escuela cristiana católica, la Parroquia y las Relaciones Comunitarias de la Universidad Católica Andrés Bello. Su objetivo es alinear los esfuerzos, intercambiar saberes, dialogar, analizar y reflexionar para responder a los desafíos de la realidad con el horizonte de la misión, teniendo como elemento orientador el cuidado de la persona y el acompañamiento espiritual.

Cada una de las instituciones vinculadas a la red cumple un rol y aporta algo, la parroquia proporciona la visión y el horizonte que reúne y cohesiona a todos, así como el acompañamiento espiritual de las directoras. Cada uno aporta su lectura de la realidad, su compromiso, su tiempo, sus saberes y experiencias

previas: “las escuelas son el alma de la red”⁵ dice el P. Alfredo Infante, porque ellas ponen el sustrato del trabajo, la Universidad apoya desde sus iniciativas de extensión articulándolas a las necesidades detectadas y priorizadas; las líneas de acción y estrategias diseñadas en conjunto son socializadas a los equipos de cada una de las escuelas. La visión clara, la confianza y el respeto mutuo han sido claves para que se haya consolidado este trabajo, así como también la valoración de lo que cada uno aporta. Igualmente han sido clave la comunicación asertiva y el sentirse identificados para trabajar en función de la calidad educativa y la calidad de vida de las personas en condiciones de mayor vulnerabilidad⁶.

La red proporciona a los participantes un espacio para sentirse acompañados e interconectados⁷, compartir cargas, estrechar lazos fraternos; es un espacio para el crecimiento espiritual, personal y profesional. Así, la adversidad que podría haber llevado a la disminución de las acciones se transformó, por el contrario, en el terreno para que fecunden múltiples iniciativas que han fortalecido a las instituciones y multiplicado su impacto; como dice el párroco “trabajar en corresponsabilidad y en equipo hace más llevadero el trabajo y así tiene mayor alcance la misión...[trabajar] en red nos salva, nos sostiene, nos llena de esperanza.”⁸

“No hay red sin pastor”⁹

El elemento coordinador y aglutinante de la red es el párroco, a quien la red, en sus palabras, le ha permitido “articular dos polaridades de la misión del jesuita, el cuidado de la persona (cura personalis) y el cuidado de la misión (cura apostólica); el jesuita tiene que pensar en el magis -el bien cuanto más universal mejor- dice san Ignacio, y, en ese sentido, debe tener pensamiento estratégico, pero, ese bien universal, pierde densidad, consistencia, si arrolla a las personas y el equipo, y, por tanto, no debe contradecir el cuidado de las personas. De nada vale hacer grandes obras, si las personas quedan atropelladas. Gracias al trabajo en red esta polaridad propia del modo de proceder Ignaciano ocurre en buenos términos.”¹⁰

⁴ “Directrices para el trabajo en red en el ámbito social en la Compañía de Jesús”. 2002.

⁵ Alfredo Infante, S.J. *Op. Cit.*

⁶ Comunicaciones personales de Marta Piñango, María Zenaida Rosario, Zurely Núñez, equipo pastoral del Andy Aparicio. Enviadas entre el 14 y 15 de julio de 2020.

⁷ *Ibid*

⁸ Alfredo Infante, S.J. *Op. Cit.*

⁹ “Directrices para el trabajo en red en el ámbito social en la Compañía de Jesús”. 2002.

¹⁰ Alfredo Infante, S.J. *Op. Cit.*



Según sus propias palabras, trabajar en red también le ha permitido sentirse apoyado y eso lo fortalece espiritualmente. Es una experiencia consoladora, pero además le permite descubrir la calidad humana y cristiana de las personas, identificar capacidades organizativas y descubrir la energía social de la gente como fuente de esperanza. Poder leer y vivir su fe, en este contexto, le humaniza y le llena de paz en medio de la adversidad y, aún, en la dureza de la situación, puede vivir lleno de alegría y agradecido a Dios; la red es un regalo.¹¹

Se ha insistido, dentro de la Compañía, que el trabajo en red permite responder mejor a las nuevas condiciones de la misión¹²; en este caso, además de todos los beneficios señalados ha permitido incorporar a los colaboradores laicos y jesuitas en un proceso de fortalecimiento mutuo ante la adversidad, proceso que ha transformado el camino desde la sobrevivencia a la vivencia consoladora.

Para las mujeres que conforman este equipo junto al párroco y para todos aquellos que participan de los frutos de la red, ésta se ha constituido en la oportunidad para multiplicar acciones, y, como la levadura en la masa, ha permitido generar espacios para celebrar la vida en medio de una realidad muy dura.

La visión clara, la confianza y el respeto mutuo han sido claves para que se haya consolidado este trabajo, así como también la valoración de lo que cada uno aporta. Igualmente han sido clave la comunicación asertiva y el sentirse identificados para trabajar en función de la calidad educativa y la calidad de vida de las personas en condiciones de mayor vulnerabilidad

11 *Ibid.*

12 "Trabajar en red para responder mejor a la misión..." *Op. Cit.*



Entrada para #SketchingforChange2020, Drawing Laudato Si': Malou Saliendra

COMPROMISO DE **ECOJESUIT** PARA RECONSTRUIR UNA NUEVA NORMALIDAD¹

La vulnerabilidad humana y la degradación ambiental, quedan al descubierto una vez más a medida que crece la pandemia y los registros de los países revelan la propagación del virus. Todos estamos en riesgo, pero, al igual que con otros desastres, siempre son los pobres y los marginados los que más sufren por la continua negligencia de la sociedad, dejándolos con opciones limitadas y voces debilitadas. El continuo abuso y la invasión de un entorno ya en degradación, aumenta el potencial de pandemias, a pesar de los avances en ciencia y tecnología impulsados por un modelo tecnocrático de desarrollo (LS 194).

¹ Declaración del 6 de julio 2020, publicada en: <https://www.ecojesuit.com/compromiso-de-ecojesuit-para-reconstruir-una-nueva-normalidad/13605/?lang=es>

Volver a la normalidad no es aceptable - lo que se necesita es reconstruir una nueva normalidad con renovada urgencia. Una nueva normalidad requiere abordar las desigualdades e injusticias estructurales a nivel global, y reducir la vulnerabilidad de los pobres y marginados. Una nueva normalidad significa construir una economía justa, equidad generacional y una cultura de solidaridad centrada en el bien común, inclusivo y bajo en carbono. Una economía de exclusión exacerba los efectos tanto del cambio climático como de la pandemia. Una nueva normalidad nos arraiga en la conciencia humilde y agradecida de nuestra interdependencia, llevándonos a un proceso de conversión personal y colectiva con compasión y esperanza, integrando nuestras acciones como un cuerpo a través de diferentes niveles, realidades y dimensiones.

Este es el contexto en el que surgió un diálogo más profundo con los equipos de Ecojesuit de las seis Conferencias, y un entendimiento de que es necesario que las Conferencias fortalezcan su solidaridad con las comunidades locales. La necesidad de reconstruir una nueva normalidad fue la conclusión compartida. Esto invita a que las Conferencias fortalezcan la solidaridad con las comunidades locales, a una escucha más profunda y un mayor compromiso. Esto significa compartir sus historias para permitirles participar en el llamado global por la justicia, como respuesta a la extensa invitación para una gestión cuidadosa del *oikos*. Estamos necesitados de un nuevo modelo para el desarrollo humano y nuevas relaciones con la creación y entre nosotros, a medida que nos damos cuenta de nuestra interdependencia e interconexión.

Todos compartimos una casa común, y su cuidado solo será efectivo cuando haya solidaridad para satisfacer las necesidades básicas y la acción urgente por el *oikos*.¹ Ecojesuit busca fortalecer la colaboración con otras redes, ya que todos construimos una visión por un mundo justo en el que todas las vidas son valoradas.

Las historias locales y regionales de cambio provenientes de las prácticas de comunidades, inspiran y fortalecen la solidaridad, llevándose los temores, el aislamiento y la sensación de ser pequeños y estar solos en

medio de un problema global. Con la solidaridad como base, Ecojesuit está adoptando un enfoque de “aprendizaje a través del trabajo en red”, en el que colaboramos para profundizar en el aprendizaje, reconociendo con humildad que no tenemos las respuestas, pero tenemos el deseo de contribuir a una base para la acción social. La integridad de esa respuesta requiere una conversión interna que se encuentra en el corazón de estos cambios, y en la humilde transparencia de la comunidad jesuita y la vida institucional que Ecojesuit también busca compartir.

Se identifican seis acciones principales para contribuir al proceso de reconstruir una nueva normalidad, en las que las Conferencias pueden participar activamente.

1. Conectar agricultura y emprendimiento

El acceso a los alimentos es una preocupación primordial, manifestada claramente en todas las Conferencias. Esta acción implica aprovechar las actividades agrícolas y de emprendimiento de profesionales, organizadores, otras redes y asociaciones de exalumnos. En relación a esto, está la preocupación por generar empleo local y cuestiones más amplias sobre desarrollo rural, migrantes retornados, desigualdades en el mercado productor y cambios en el uso de la tierra. El esfuerzo que surge ahora para Ecojesuit, es el de desarrollar una plataforma global para compartir historias y estrategias locales en agricultura sostenible y comunitaria, a través de dinámicos intercambios virtuales.

2. Abordar la integridad social, económica y ambiental frente a la pobreza profunda – como es habitual - y la degradación ambiental

Los impactos de la crisis por el COVID-19 se comparan con los de los desastres naturales, dada la necesidad de preparación y adaptación,

Volver a la normalidad no es aceptable - lo que se necesita es reconstruir una nueva normalidad con renovada urgencia. Una nueva normalidad requiere abordar las desigualdades e injusticias estructurales a nivel global, y reducir la vulnerabilidad de los pobres y marginados. Una nueva normalidad significa construir una economía justa, equidad generacional y una cultura de solidaridad centrada en el bien común, inclusivo y bajo en carbono

¹ Ecojesuit (4/2020): “Acción Urgente para los Oikos, un video de Ecojesuit para el Día de la Tierra 2020” En: <https://www.ecojesuit.com/accion-urgente-para-los-oikos-un-video-de-ecojesuit-para-el-dia-de-la-tierra-2020/13468/?lang=es>

al tiempo que las crisis ambientales como las sequías y las plagas de langostas, también afectan a las mismas comunidades vulnerables. No hay respuestas de libro sobre cómo reconstruir mejor, pero las mayores esperanzas están en las acciones tomadas a nivel local, en respuesta a las experiencias del terreno y las medidas efectivas que tomen los gobiernos y organizaciones locales. También es necesario involucrar a los tomadores de decisiones estatales, gubernamentales y locales para profundizar nuestra respuesta. Ecojesuit promoverá una serie de diálogos, eventos en línea y comunicados en medios que resalten e interconecten estas diferentes realidades, a medida que se vaya desarrollando el conocimiento para contribuir a construir la nueva normalidad.

3. **Abogar por la acción climática, los derechos humanos y la contribución de los pueblos indígenas**

El movimiento de acción climática liderado por jóvenes en los últimos años, basado en logros históricos como el Acuerdo de París, indicó la creciente conciencia mundial de que los impactos del cambio climático no son solo ambientales, sino que destacan el derecho humano a un clima estable. Desde la extracción de combustibles fósiles, hasta las repercusiones de los desastres relacionados con el clima, las comunidades y el medio ambiente experimentan profundamente tanto los impulsores como los impactos del cambio climático. Las comunidades indígenas, que son guardianes de los bosques, están entre los más amenazados en su búsqueda por proteger sus tierras, cultura y formas de vida. Muchos países necesitan asistencia técnica y financiera para no verse atrapados en la dinámica de la energía sucia y barata y el ciclo industrial, a medida que su economía busca crecer, pero teniendo la opción preferencial de cambiar a energía limpia. Una comprensión más amplia de estas interconexiones, puede contribuir significativamente a una respuesta justa ante la crisis climática y la acción climática, que integre los derechos humanos como una preocupación central. Ecojesuit busca contribuir a esta comprensión y alentar a la acción a través de eventos en línea y el trabajo en red.

Todos compartimos una casa común, y su cuidado solo será efectivo cuando haya solidaridad para satisfacer las necesidades básicas y la acción urgente por el oikos. Ecojesuit busca fortalecer la colaboración con otras redes, ya que todos construimos una visión por un mundo justo en el que todas las vidas son valoradas.

4. **Monitorear y explicar las instituciones económicas emergentes a nivel mundial**

Instituciones económicas internacionales (como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, etc.) y de las Naciones Unidas, tienen una gran influencia en la dirección y las prioridades de las inversiones y los sistemas financieros más amplios. Algunos cambios en sus políticas están conduciendo a una mayor inclusión, al abordar por ejemplo el desempleo y alinearse con apuestas verdes como la energía alternativa. Buscamos comunicar y explicar estos cambios económicos globales, aliándonos con expertos a través de publicaciones y otros medios. A nivel mundial, Ecojesuit continúa en el seguimiento y participación de procesos internacionales como la COP26 y el Foro Económico Mundial, que tienen una gran influencia en el paradigma económico y las preocupaciones ambientales a gran escala.

5. **Fortalecer la Plataforma de Acción de las Universidades por la Laudato Si', otras Plataformas de Acción del Año Laudato Si'², y Querida Amazonia**

Las Plataformas de Universidades por la Laudato Si' y otras seis Plataformas de Acción, están surgiendo y son una oportunidad para resaltar el papel de nuestras instituciones educativas en la acción social y ambiental, e investigaciones basadas en las comunidades. Ya se empezaron a realizar discusiones iniciales entre el Dicasterio

2 En: [http://www.humandevlopment.va/content/dam/sviluppoumano/documenti/Laudato Si%27 Anniversary Year 2020-2021 - Spanish.pdf](http://www.humandevlopment.va/content/dam/sviluppoumano/documenti/Laudato%27AnniversaryYear2020-2021-Spanish.pdf)



Ecological snakes and ladders game with students at Saint Xavier School Bharuch (Photo credit: R Javier)

Las comunidades indígenas, que son guardianes de los bosques, están entre los más amenazados en su búsqueda por proteger sus tierras, cultura y formas de vida. Muchos países necesitan asistencia técnica y financiera para no verse atrapados en la dinámica de la energía sucia y barata y el ciclo industrial, a medida que su economía busca crecer, pero teniendo la opción preferencial de cambiar a energía limpia

para el Servicio del Desarrollo Humano Integral para la IAJU y ciertas universidades, para que éstas puedan participar en el proceso de diseño y desarrollo. Ecojesuit también continúa apoyando los esfuerzos en desinversión de instituciones jesuitas. Querida Amazonia es otra área de acción, ya que su llamado a la ecología integral y la sinodalidad, influye e informa el trabajo y enfoque de Ecojesuit. Ecojesuit continuará facilitando y participando en discusiones con universidades y la IAJU, y con aquellos que busquen involucrarse con las Plataformas de Acción de la Laudato Si' y discusiones sobre biomas territoriales.

6. Promover la ecoespiritualidad y la necesidad de su concientización en la educación básica

La conciencia ecológica y la ecoespiritualidad van de la mano en el desarrollo de un sentido más profundo del propósito y significado de la ecología integral entre los jóvenes. Las escuelas son lugares donde podemos ayudar a sembrar semillas de interconectividad, comunidad

y cuidado, de manera que las escuelas puedan liderar y llevar a cabo las acciones de colaboración que se necesitan con otros Secretariados y Redes. Ecojesuit busca promover esfuerzos de ecoespiritualidad en escuelas y actividades juveniles, para ayudar a encender la conversión ecológica.

A través de estas acciones, Ecojesuit busca contribuir a la conformación de una actitud renovada a medida que reconstruimos una nueva normalidad, donde la justicia ecológica y social se integran mejor en nuestros valores y estilos de vida. Esto enfoca los esfuerzos de Ecojesuit y afirma nuestro compromiso con las Preferencias Apostólicas Universales. Ecojesuit facilitará y posibilitará discusiones que incluyan voces de comunidades locales, líderes de empresas, creencias y religiones, formuladores de políticas y expertos en economía, para contribuir a una perspectiva más amplia hacia una sociedad justa y sostenible.

TIEMPOS TENEBRÓSOS, PROFETAS VALIENTES

La carta de los Obispos es Doctrina Social de la Iglesia en acción

Élio Gasda S.J.¹

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo (Gaudium et spes, n. 1).

En el cristianismo, la vida espiritual y la defensa de la dignidad humana y la justicia social son inseparables. “La Doctrina Social brota del corazón del Evangelio. Jesús es, en persona, la Doctrina Social de Dios” (papa Francisco). El mensaje a los humillados y a las víctimas de la injusticia es el aspecto más acentuado del Evangelio (Lc 4, 16-19). El discurso y la práctica de Jesús partían de las angustias de los pobres y los sufrientes.

La Doctrina Social también brota del clamor de los pobres de su tiempo. “La Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica, para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables” (*Deus Caritas est*, n.28). Juan Pablo II la definía como “un «corpus» doctrinal renovado, que se va articulando a medida que la Iglesia, en la plenitud de la Palabra revelada por Jesucristo y mediante la asistencia del Espíritu Santo (cf. *Jn* 14, 16.26; 16, 13-15), lee los hechos según se desenvuelven en el curso de la historia” (*Sollicitudo rei socialis*, n.1). Para Benedicto XVI, “la doctrina social es el anuncio de la verdad del amor de Cristo en la sociedad” (*Caritas in Veritate*, n.5).

Este esfuerzo de proponer un humanismo a la altura del Evangelio es parte integral del ministerio confiado a los obispos por Cristo. “A través de la Doctrina Social, la Iglesia es capaz de despertar esperanza en medio de las situaciones más difíciles, porque, si no hay esperanza para los pobres, no la habrá para nadie, ni siquiera para los llamados ricos” (*Documento de Aparecida*, n. 395)

Interpelados por la gravedad del momento y sensibles al Evangelio y a la Doctrina Social de la Iglesia, 152 obispos, arzobispos y obispos eméritos de varias regiones de Brasil firmaron una *Carta al Pueblo de Dios*. En ella, expresan su profunda comunión con el papa Francisco y la CNBB, y toman posición clara ante el gobierno de Bolsonaro. “Nuestro único interés es el Reino de Dios presente en nuestra historia, en la medida en que avanzamos en la construcción de una sociedad estructuralmente justa, fraterna y solidaria, como una civilización de amor”. Son líderes religiosos de un país “que atraviesa uno de los periodos más difíciles de su historia”. El caos instalado en Brasil no admite indiferencia ante las barbaridades impuestas a los pobres y al medio ambiente. “*Todos, personas e instituciones, serán juzgados por las acciones u omisiones en este grave y desafiante momento*”.

Los ricos no gobiernan contra sí mismos. Además de incompetente, Bolsonaro es un intransigente defensor de una “economía que mata” (*Evangelii Gaudium*, n. 53). A los pobres, la muerte; a los ricos, el lucro. Los 42 billonarios del Brasil han aumentado sus

La Doctrina Social también brota del clamor de los pobres de su tiempo. “La Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica, para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables”

1 Profesor de Teología y coordinador del Posgrado en Teología de la Faculdade Jesuíta de Filosofia e Teologia, Belo Horizonte-Brasil.



fortunas en 34 billones de dólares en plena pandemia (Oxfam, en ¿Quién paga la cuenta?). El actual gobierno prioriza los intereses de los poderosos y menosprecia a los pobres, los más afectados por la pandemia.

“Incluso la religión se utiliza para manipular los sentimientos y creencias, provocar divisiones, difundir el odio, crear tensiones entre las iglesias y sus líderes... ¿Cómo no indignarse por el uso del nombre de Dios y su Santa Palabra, mezclado con discursos y posturas prejuiciosas que incitan al odio en lugar de predicar el amor, para legitimar prácticas que no concuerdan con el Reino de Dios y su justicia?”

En la carta, los obispos proponen un amplio dialogo que envuelva humanistas, demócratas, movimientos sociales y todas las personas de buena voluntad. Solamente una gran unidad nacional podrá restablecer “el respeto a la Constitución Federal y al Estado Democrático de Derecho, con la ética en la política, con la transparencia de la información y el gasto público, con una economía orientada al bien común, con la justicia social y ambiental, con ‘tierra, techo y trabajo’, con la alegría y la protección de la familia, con una educación y una salud plenas y de calidad para todos”.

Es hora de despertar del sueño que nos hace meros espectadores de la realidad de miles de muertes, violencia y corrupción. La política genocida de Bolsonaro necesita ser detenida. Se trata de alguien sin ningún indicio de humanidad y compasión con los más vulnerables. Los pobres están pagando la cuenta de esta tragedia sin pre-

cedentes en la reciente historia del país. Imposible humanizar un gobierno cuya esencia es alimentar catástrofes humanitarias y ambientales. Su esencia demoníaca es infinita.

El Papa Francisco advierte que “nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social” (*Evangelii Gaudium*, n. 201). A través de la Doctrina Social, la CNBB está recuperando su potencial profético. Optar por el silencio es traicionar el Evangelio. El cristianismo es siempre subversivo frente a las estructuras de poder. Los profetas son los adversarios más temidos por los poderosos, los profetas nunca retroceden ante la injusticia. Que su palabra no pierda la fuerza del látigo empuñado por Jesús, al expulsar a los mercaderes del Templo. Ojalá todo el pueblo profetizara. Es necesario reaccionar al poder de las tinieblas. “Rechacemos las obras de las tinieblas y vistamos la armadura de la luz” (Rm 13,12). La Carta de los obispos es Doctrina Social de la Iglesia en acción.

... ¿Cómo no indignarse por el uso del nombre de Dios y su Santa Palabra, mezclado con discursos y posturas prejuiciosas que incitan al odio en lugar de predicar el amor, para legitimar prácticas que no concuerdan con el Reino de Dios y su justicia?



Evangelizar es la misión propia de la Iglesia, heredada de Jesús. Es consciente de que "evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios" (*Alegría del Evangelio*, 176). Tenemos claro que "la propuesta del Evangelio no es sólo la de una relación personal con Dios. La propuesta del Evangelio no consiste sólo en una relación personal con Dios. Nuestra respuesta de amor tampoco debería entenderse como una mera suma de pequeños gestos personales dirigidos a algunos individuos necesitados [...], una serie de acciones tendentes sólo a tranquilizar la propia conciencia.

CARTA AL PUEBLO DE DIOS¹

Somos obispos de la Iglesia Católica, de varias regiones de Brasil, en profunda comunión con el Papa Francisco y su Magisterio y en plena comunión con la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil que, en el ejercicio de su misión evangelizadora, se sitúa siempre en la defensa de los pequeños, de la justicia y de la paz. Hemos escrito esta Carta al Pueblo de Dios, desafiados por la gravedad del momento que vivimos, sensibles al Evangelio y a la Doctrina Social de la Iglesia, como un servicio a todos aquellos que desean ver superada esta fase de tanta incertidumbre y sufrimiento del pueblo.

Evangelizar es la misión propia de la Iglesia, heredada de Jesús. Es consciente de que "evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios" (*Alegría del Evangelio*, 176). Tenemos claro que "la propuesta del Evangelio no es sólo la de una relación personal con Dios. La propuesta del Evangelio no consiste sólo en una relación personal con Dios. Nuestra respuesta de amor tampoco debería entenderse como una mera suma de pequeños gestos personales dirigidos a algunos individuos necesitados

1 Carta del 26/7/2020. Firman 152 obispos y arzobispos de Brasil.

[...], una serie de acciones tendentes sólo a tranquilizar la propia conciencia. (Lc 4:43 y Mt 6:33)” (*Alegría del Evangelio*, 180). El entendimiento de que el Reino de Dios es un regalo, un compromiso y una meta, nace de esto.

Es en este horizonte que nos posicionamos frente a la realidad actual de Brasil. No tenemos intereses partidistas, económicos, ideológicos ni de ningún otro tipo. Nuestro único interés es el Reino de Dios, presente en nuestra historia, en la medida en que avanzamos en la construcción de una sociedad estructuralmente justa, fraternal y solidaria, como una civilización de amor.

Brasil está atravesando uno de los períodos más difíciles de su historia, comparado con una “tormenta perfecta” que, dolorosamente, debe ser atravesada. La causa de esta tormenta es la combinación de una crisis sanitaria sin precedentes, con un colapso abrumador de la economía, y con la tensión que está cayendo sobre los cimientos de la República, causada en gran parte por el Presidente de la República y otros sectores de la sociedad, lo que ha dado lugar a una profunda crisis política y de gobierno.

Este escenario de peligrosas incertidumbres, que ponen a prueba a nuestro país, requiere mucho más diálogo por parte de sus instituciones, líderes y organizaciones civiles que los discursos ideológicos cerrados. Estamos llamados a presentar propuestas y pactos objetivos con el fin de superar los principales desafíos, a favor de la vida, especialmente de los segmentos más vulnerables y excluidos, en esta sociedad estructuralmente desigual, injusta y violenta. Esta realidad no permite indiferencia.

Es el deber de aquellos que se colocan en la defensa de la vida posicionarse claramente en relación a este escenario. Las opciones políticas que nos han llevado a este punto y el relato que propone la complacencia ante las exigencias del gobierno federal no justifican la inercia y la omisión en la lucha contra los males que han caído sobre el pueblo brasileño. Situaciones oscuras que también ponen en peligro la Casa Común, constantemente amenazada por la acción inescrupulosa de madereros, mineros legales e ilegales, terratenientes y otros defensores de un desarrollo que desprecia los derechos humanos y los de la madre tierra. “No podemos pretender estar sanos en un mundo que está

enfermo. Las heridas causadas a nuestra madre tierra también nos desangran” (papa Francisco, *Carta al Presidente de Colombia con motivo del Día Mundial del Medio Ambiente*, 5/6/2020).

Todos, personas e instituciones, serán juzgados por las acciones u omisiones en este grave y desafiante momento. Estamos asistiendo sistemáticamente a discursos anticientíficos que tratan de naturalizar o normalizar el flagelo de los miles de muertos por el COVID-19, tratándolo como fruto del azar o del castigo divino, el caos socioeconómico que se avecina, con el desempleo y la hambruna que se proyectan para los próximos meses, y las conspiraciones políticas que pretenden mantener el poder a cualquier precio. Este discurso no se basa en principios éticos y morales, ni puede soportar ser confrontado con la Tradición y la Doctrina Social de la Iglesia, en el seguimiento de Aquel que vino” para que todos tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10:10).

Analizando el escenario político, sin pasiones, percibimos claramente la incapacidad y la imposibilidad del Gobierno Federal de hacer frente a estas crisis. Las reformas laborales y de la seguridad social, que se considera que mejoran la vida de los más pobres, han demostrado ser trampas que han hecho que la vida de las personas sea aún más precaria. Es cierto que Brasil necesita medidas y reformas serias, pero no como las que se han hecho, cuyos resultados han empeorado la vida de los pobres, desprotegido a los vulnerables, liberado el uso de agrotóxicos antes prohibidos, aflojado el control de la deforestación y, por lo tanto, no favorecido el bien común y la paz social. Una economía que insiste en

Este escenario de peligrosas incertidumbres, que ponen a prueba a nuestro país, requiere mucho más diálogo por parte de sus instituciones, líderes y organizaciones civiles que los discursos ideológicos cerrados. Estamos llamados a presentar propuestas y pactos objetivos con el fin de superar los principales desafíos, a favor de la vida, especialmente de los segmentos más vulnerables y excluidos, en esta sociedad estructuralmente desigual, injusta y violenta. Esta realidad no permite indiferencia.



el neoliberalismo, que privilegia el monopolio de los pequeños grupos de poder en detrimento de la gran mayoría de la población, es insostenible.

El sistema del gobierno actual no pone en el centro a la persona humana y el bien de todos, sino la defensa intransigente de los intereses de una “economía que mata” (*Alegría del Evangelio*, 53), centrada en el mercado y el lucro a cualquier precio. Vivimos, pues, con la incapacidad e incompetencia del Gobierno Federal para coordinar sus acciones, agravada por el hecho de que está en contra de la ciencia, de los estados y municipios, de los poderes de la República; por acercarse al totalitarismo y utilizar medios reprobables, como el apoyo y el fomento de actos contra la democracia, la flexibilización de las leyes de tráfico y el uso de armas de fuego por parte de la población, y de las leyes de tráfico y la práctica de acciones de comunicación sospechosas, como las noticias falsas, que movilizan a una masa de seguidores radicales.

El desprecio de la educación, la cultura, la salud y la diplomacia también nos asombra. Este desprecio es visible en las manifestaciones de ira hacia la educación pública; en el llamamiento a las ideas oscurantistas;

en la elección de la educación como enemiga; en los sucesivos y graves errores en la elección de los ministros de educación y medio ambiente y del secretario de cultura; en el desconocimiento y la depreciación de los procesos pedagógicos y de los pensadores importantes del Brasil; en la repugnancia por la conciencia crítica y la libertad de pensamiento y de prensa; en la descalificación de las relaciones diplomáticas con diversos países; en la indiferencia ante el hecho de que el Brasil ocupa uno de los primeros lugares en el número de infectados y muertos por la pandemia sin tener siquiera un ministro en ejercicio en el Ministerio de Salud; en la tensión innecesaria con las demás entidades de la República para coordinar el enfrentamiento de la pandemia; en la falta de sensibilidad con los familiares de los muertos por el nuevo coronavirus y los profesionales de la salud, que se están enfermando en los esfuerzos por salvar vidas.

En el plano económico, el ministro de Economía desprecia a los pequeños empresarios, que son responsables de la mayoría de los empleos del país, favoreciendo sólo a los grandes grupos económicos, concentradores de ingresos y grupos financieros que no producen nada. La recesión que nos persigue puede hacer que

el número de desempleados supere los 20 millones de brasileños. Existe una discontinuidad brutal en la asignación de recursos para las políticas públicas en el ámbito de la alimentación, la educación, la vivienda y la generación de renta.

Cerrando los ojos a los llamamientos de las entidades nacionales e internacionales, el Gobierno Federal muestra omisión, apatía y rechazo hacia los más pobres y vulnerables de la sociedad, que son: las comunidades indígenas, los quilombolas, las comunidades ribereñas, las poblaciones de las periferias urbanas, los barrios marginales y las personas que viven en las calles, por miles, en todo Brasil. Son los más afectados por la nueva pandemia de coronavirus y, lamentablemente, no ven una medida eficaz que les permita esperar superar las crisis sanitarias y económicas que se les imponen de manera cruel. Hace unos días, el Presidente de la República, en el Plan de Emergencia para enfrentar el COVID-19, aprobado por el legislativo federal, bajo el argumento de que no había previsión presupuestaria, entre otros puntos, vetó el acceso al agua potable, material de higiene, camas hospitalarias y de cuidados intensivos, ventiladores y máquinas de oxigenación sanguínea, en territorios indígenas, quilombolas y comunidades tradicionales (Cf. Presidencia de la CNBB, *Carta Abierta al Congreso Nacional*, 13/7/2020)

Incluso la religión se utiliza para manipular los sentimientos y creencias, provocar divisiones, difundir el odio, crear tensiones entre las iglesias y sus líderes. Es digno de mención lo pernicioso de cualquier asociación entre la religión y el poder en el estado secular, especialmente la asociación entre grupos religiosos fundamentalistas y el mantenimiento del poder autoritario. ¿Cómo no indignarse por el uso del nombre de Dios y su Santa Palabra, mezclado con discursos y posturas prejuiciosas que incitan al odio en lugar de predicar el amor, para legitimar prácticas que no concuerdan con el Reino de Dios y su justicia?

¡Es hora de la unidad en el respeto de la pluralidad! Por lo tanto, proponemos un amplio diálogo nacional en el que participen los humanistas, los comprometidos con la democracia, los movimientos sociales, los hombres y mujeres de buena voluntad, para que se restablezca el respeto a la Constitución Federal y al Estado Democrático de Derecho, con la ética en la política, con la transparencia de la información y el gasto público, con una economía orientada al bien común, con la justicia social y ambiental, con “tierra, techo

y trabajo”, con la alegría y la protección de la familia, con una educación y una salud plenas y de calidad para todos. Estamos comprometidos con el reciente “Pacto por la vida y por Brasil”, de la CNBB y entidades de la sociedad civil brasileña, y en armonía con el papa Francisco, que convocó a la humanidad a pensar en un nuevo “Pacto Mundial por la Educación” y en la nueva “Economía de Francisco y Clara”, así como, nos sumamos a los movimientos eclesiales y populares que buscan alternativas nuevas y urgentes para Brasil.

En esta época de pandemia que nos obliga al distanciamiento social y nos enseña una “nueva normalidad”, estamos redescubriendo nuestros hogares y familias como nuestra Iglesia doméstica, un espacio de encuentro con Dios y con nuestros hermanos y hermanas. Es sobre todo en este ambiente donde debe brillar la luz del Evangelio que nos hace comprender que este tiempo no es para la indiferencia, el egoísmo, las divisiones o el olvido (cf. Papa Francisco, *Mensaje Urbi et Orbi*, 12/4/20).

Despertemos, pues, del sueño que nos inmoviliza y nos convierte en meros espectadores de la realidad de miles de muertos y de la violencia que nos asola. Con el apóstol San Pablo, advertimos que “la noche está avanzada y el día se acerca; rechazemos las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz” (Rom 13, 12).

El Señor os bendiga y os guarde. Que os muestre su rostro y se apiade de vosotros. ¡Que el Señor vuelva su mirada para vosotros y os dé su paz! (Num 6:24-26).

El desprecio de la educación, la cultura, la salud y la diplomacia también nos asombra. Este desprecio es visible en las manifestaciones de ira hacia la educación pública; en el llamamiento a las ideas oscurantistas; en la elección de la educación como enemiga; en los sucesivos y graves errores en la elección de los ministros de educación y medio ambiente y del secretario de cultura; en el desconocimiento y la depreciación de los procesos pedagógicos y de los pensadores importantes del Brasil



Foto: Vatican News

HUMANA COMMUNITAS: Vieja respuesta para una nueva situación

Juan-Salvador Pérez¹

Evitar el contagio ha sido la premisa, de allí el distanciamiento, el aislamiento, la cuarentena. Nos redescubrimos frágiles y vulnerables. Cualquiera puede enfermar y además cualquiera puede contagiar. Las soluciones iniciales resultaron duras, el confinamiento de los enfermos, la soledad de los ancianos, el encierro de los niños, el cese de la actividad normal

La Pontificia Academia para la Vida publicó, el 22 de julio de 2020 - día de Santa María Magdalena- el documento *Humana Communitas* (Comunidad Humana) dedicado a analizar las consecuencias de la Pandemia COVID-19 y ofrecer una posición.

El documento parte de un planteamiento bastante evidente, pero no por ello carente de razón: esta pandemia es sin duda alguna una crisis global. Todos estamos de acuerdo en ello. Ha sido una globalización de la contingencia (*con-tingere*) y valdría la pena detenernos y reflexionar un poco sobre esta palabra. Al hablar de contingencia hacemos referencia a la posibilidad de que algo suceda - o no suceda - y por ello actuamos en consecuencia. Pero al mismo tiempo, la contingencia

¹ Miembro del Consejo Editorial de la Revista SIC, del Centro Gumilla, Venezuela.

supone en su etimología (cum-tangere) la posibilidad de “contagio”, aquello transmisible por contacto directo o indirecto con otros.

Sobre estas dos ideas se desarrolla el documento pontificio, “contagio” y “contingencia”.

Evitar el contagio ha sido la premisa, de allí el distanciamiento, el aislamiento, la cuarentena. Nos redescubrimos frágiles y vulnerables. Cualquiera puede enfermar y además cualquiera puede contagiar. Las soluciones iniciales resultaron duras, el confinamiento de los enfermos, la soledad de los ancianos, el encierro de los niños, el cese de la actividad normal.

Pero ¿cuánto se puede vivir así? El ser humano es en esencia y por naturaleza un ser social, vivimos en sociedad, somos una comunidad humana (humana communitas), y necesariamente eso implica la interacción entre las personas. La “soledad monádica”, la vida sin los demás, es una imposible ficción y eso lo demostró esta pandemia. Ciertamente nos contagiamos por los otros, pero sin los otros no podemos salvarnos, y así se abre paso entre nosotros la “Ciudad del Vaticano, 22 de julio de 2020

Ética del riesgo”, que no es otra cosa que la ética de la vida, donde el otro cobra un significado tremendamente igual a mí, porque me define y me increpa. Surge entonces la contingencia, es decir, cómo enfrentar los efectos pandémicos. La humanidad reaccionó inicialmente con miedo y el miedo es siempre un muy mal consejero. Pero pronto supimos darnos cuenta del error y entender la necesaria importancia de la solidaridad.

La solidaridad entendida, no como aquel lejano “compromiso genérico” con el que sufre, sino como un llamado concreto a la acción. Esto se refiere primero (y dada la situación) al acceso universal a oportunidades de prevención, diagnóstico y tratamiento; y al mismo tiempo, a la investigación científica responsable que consiga las causas y la cura de esta pandemia. Pero también la solidaridad es hoy, de nuevo, el clamor de esa deuda que sigue pendiente, un abismo que en esta coyuntura se hace más grande: la responsabilidad de los países ricos con los países pobres.

Por último, el documento pontificio vuelve a destacar la conveniencia e importancia de una organización internacional de alcance mundial “que incluya específicamente las necesidades y preocupaciones de los países menos adelantados que se enfrentan a una catástrofe sin precedentes”.

Humana Communitas - como vemos - no hace planteamientos nuevos, básicamente porque no hacen falta. El documento concluye dejando en claro que la base de toda comunidad humana es la confianza. La confianza es la base de la Fe (Fides). Ante la resignación de sufrir pasivamente los acontecimientos o la nostalgia de un retorno al pasado, nos hace un llamado a que mantengamos una actitud de Esperanza que permita un futuro mejor para todos y cada uno. Y termina invitándonos a que todos seamos solidarios, definiendo la solidaridad como la base de la ética social. La solidaridad así entendida no es otra cosa que el Amor (Caritas).

Fe, Esperanza y Caridad son las virtudes teologales o hábitos que Dios infunde en la inteligencia y en la voluntad del hombre para ordenar sus acciones a Dios mismo. El planteamiento del documento, es pues, una vieja – pero muy buena – respuesta para una nueva situación.

La solidaridad entendida, no como aquel lejano “compromiso genérico” con el que sufre, sino como un llamado concreto a la acción. Esto se refiere primero (y dada la situación) al acceso universal a oportunidades de prevención, diagnóstico y tratamiento; y al mismo tiempo, a la investigación científica responsable que consiga las causas y la cura de esta pandemia



PONTIFICIA ACADEMIA PRO VITA

Pontificia Academia para La Vida¹

Humana Communitas en la era de la pandemia: consideraciones intempestivas sobre el renacimiento de la vida

El COVID-19 ha traído tanta desolación al mundo. Lo hemos vivido durante mucho tiempo, todavía estamos en ello, y aún no ha terminado. Puede que se acabe ya pronto. ¿Qué *hacer* con ello? Seguramente, estamos llamados a tener valor para resistir. La búsqueda de una vacuna y de una explicación científica completa de lo que desencadenó la catástrofe habla de ello. ¿También estamos llamados a una mayor conciencia? Si es así, ¿cómo ésta evitará que caigamos en la inercia de la complacencia, o peor aún, en la connivencia de la resignación? ¿Existe un “paso atrás” reflexivo que no sea la inacción, un *pensamiento* que pueda mutarse en *agradecimiento* por la vida recibida, por lo tanto, un pasaje para el renacimiento de la vida?

COVID-19 es el nombre de una crisis global (*pan-démica*) con diferentes facetas y manifestaciones, por supuesto, pero con una realidad común. Nos hemos dado cuenta, como nunca antes, de que esta extraña situación, pronosticada desde hace tiempo, pero nunca abordada en serio, nos ha unido a todos. Como tantos

COVID-19 es el nombre de una crisis global (*pan-démica*) con diferentes facetas y manifestaciones, por supuesto, pero con una realidad común. Nos hemos dado cuenta, como nunca antes, de que esta extraña situación, pronosticada desde hace tiempo, pero nunca abordada en serio, nos ha unido a todos. Como tantos procesos en nuestro mundo contemporáneo, el COVID-19 es la manifestación más reciente de la globalización

procesos en nuestro mundo contemporáneo, el COVID-19 es la manifestación más reciente de la globalización. Desde una perspectiva puramente empírica, la globalización ha aportado muchos beneficios a la humanidad: ha difundido los conocimientos científicos, las tecnologías médicas y las prácticas sanitarias, todos ellos potencialmente disponibles en beneficio de todos. Al mismo tiempo, con el COVID-19, nos hemos encontrado vinculados de manera diferente, compartiendo una experiencia común de contingencia (*cum-tangere*): como nadie se ha podido librar de ella, la pandemia nos ha hecho a todos igualmente vulnerables, todos igualmente expuestos (cfr. Pontificia Academia para la Vida, *Pandemia y fraternidad universal*, 30 de marzo 2020²).

Esta toma de conciencia se ha cobrado un precio muy alto. ¿Qué lecciones hemos aprendido? Más aún, ¿qué conversión de pensamiento y acción estamos dispuestos a experimentar en nuestra responsabilidad común por la familia humana? (Francisco, *Humana Communitas*, 6 de enero 2019³).

1. La dura realidad de las lecciones aprendidas

La pandemia nos ha mostrado el desolador espectáculo de calles vacías y ciudades fantasmagóricas, de la cercanía humana herida, del distanciamiento

¹ Ciudad del Vaticano, 22 de julio de 2020

² En: https://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_academies/acdlife/documents/rc_pont-acd_life_doc_20200330_pandemia-fraternita-universale_sp.html

³ En: http://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2019/documents/papa-francesco_20190106_lettera-accademia-vita.html

físico. Nos ha privado de la exuberancia de los abrazos, la amabilidad de los apretones de manos, el afecto de los besos, y ha convertido las relaciones en interacciones temerosas entre extraños, un intercambio neutral de individualidades sin rostro envueltas en el anonimato de los equipos de protección. Las limitaciones de los contactos sociales son aterradoras; pueden conducir a situaciones de aislamiento, desesperación, ira y abuso. En el caso de las personas de edad avanzada, en las últimas etapas de la vida, el sufrimiento ha sido aún más pronunciado, ya que a la angustia física se suma la disminución de la calidad de vida y la falta de visitas de familiares y amigos.

1.1. Vida tomada, vida dada: la lección de la fragilidad

Las metáforas predominantes que ahora invaden nuestro lenguaje ordinario enfatizan la hostilidad y un sentido penetrante de amenaza: los repetidos estímulos para “combatir” el virus, los comunicados de prensa que suenan como “partes de guerra”, las informaciones diarias del número de infectados, que pronto se convierten en “víctimas caídas”.

En el sufrimiento y la muerte de tantos, hemos aprendido la lección de la fragilidad. En muchos países, los hospitales siguen luchando, recibiendo demandas abrumadoras, enfrentando la agonía del racionamiento de recursos y el agotamiento del personal sanitario. La inmensa e indecible miseria, y la lucha por las necesidades básicas de supervivencia, ha puesto en evidencia la condición de los prisioneros, los que viven en la extrema pobreza al margen de la sociedad, especialmente en los países en desarrollo, los abandonados destinados al olvido en los campos de refugiados del infierno.

Hemos sido testigos del rostro más trágico de la muerte: algunos experimentan la soledad de la separación tanto física como espiritual de todo el mundo, dejando a sus familias impotentes, incapaces de decirles adiós, sin ni siquiera poder proporcionar los actos de piedad básica como por ejemplo un entierro adecuado. Hemos visto la vida llegar a su fin, sin tener en cuenta la edad, el estatus social o las condiciones de salud.

Sin embargo, *todos* somos “frágiles”: radicalmente marcados por la experiencia de la finitud en la esencia de nuestra existencia, no sólo de manera ocasional. Hemos sido visitados por el suave toque de una presencia pasajera, pero esta nos ha dejado igual, no nos hemos inmutado, confiando en que todo continuará según lo previsto. Salimos de una noche de orígenes misteriosos: llamados

a ir más allá de la elección, llegamos pronto a la presunción y a la queja, apropiándonos de lo que solamente nos ha sido confiado. Demasiado tarde aprendemos el consentimiento a la oscuridad de la que venimos, y a la que finalmente volvemos.

Algunos dicen que todo esto es un cuento absurdo, porque todo se queda en nada. Pero, ¿cómo podría ser esta nada la última palabra? Si es así, ¿por qué la lucha? ¿Por qué nos animamos unos a otros a la esperanza de días mejores, cuando todo lo que estamos experimentando en esta pandemia haya terminado?

La vida va y viene, dice el guardián de la prudencia cínica. Sin embargo, su ascenso y descenso, ahora más evidente por la fragilidad de nuestra condición humana, podría abrirnos a una sabiduría diferente, a una realización diferente (cfr. *Sal.* 8). Porque la dolorosa evidencia de la fragilidad de la vida puede también renovar nuestra conciencia de su naturaleza *dada*. Volviendo a la vida, después de saborear el fruto ambivalente de su contingencia, ¿no seremos más sabios? ¿No seremos más agradecidos, menos arrogantes?

1.2. El sueño imposible de la autonomía y la lección de la finitud

Con la pandemia, nuestros reclamos de autodeterminación autónoma y control han llegado a un punto muerto, un momento de crisis que provoca un discernimiento más profundo. Tenía que suceder, tarde o temprano, porque el hechizo ya había durado bastante.

La epidemia del COVID-19 tiene mucho que ver con nuestra depredación de la tierra y el despojo de su valor intrínseco. Es un síntoma del malestar de nuestra tierra y de nuestra falta de atención; más aún, un signo de *nuestro propio* malestar espiritual (*Laudato si'*, n.

1. La dura realidad de las lecciones aprendidas
La pandemia nos ha mostrado el desolador espectáculo de calles vacías y ciudades fantasmagóricas, de la cercanía humana herida, del distanciamiento físico. Nos ha privado de la exuberancia de los abrazos, la amabilidad de los apretones de manos, el afecto de los besos, y ha convertido las relaciones en interacciones temerosas entre extraños, un intercambio neutral de individualidades sin rostro envueltas en el anonimato de los equipos de protección

Hemos sido testigos del rostro más trágico de la muerte: algunos experimentan la soledad de la separación tanto física como espiritual de todo el mundo, dejando a sus familias impotentes, incapaces de decirles adiós, sin ni siquiera poder proporcionar los actos de piedad básica como por ejemplo un entierro adecuado. Hemos visto la vida llegar a su fin, sin tener en cuenta la edad, el estatus social o las condiciones de salud.

119⁴). ¿Seremos capaces de colmar el foso que nos ha separado de nuestro mundo natural, convirtiendo con demasiada frecuencia nuestras subjetividades asertivas en una amenaza para la creación, una amenaza para los demás?

Consideremos la cadena de conexiones que unen los siguientes fenómenos: la creciente deforestación empuja a los animales salvajes a aproximarse del hábitat humano. Los virus alojados en los animales, entonces, se transmiten a los humanos, exacerbando así la realidad de la zoonosis, un fenómeno bien conocido por los científicos como vehículo de muchas enfermedades. La exagerada demanda de carne en los países del primer mundo da lugar a enormes complejos industriales de cría y explotación de animales. Es fácil ver cómo estas interacciones pueden, en última instancia, ocasionar la propagación de un virus a través del transporte internacional, la movilidad masiva de personas, los viajes de negocios, el turismo, etc.

El fenómeno del COVID-19 no es sólo el resultado de acontecimientos *naturales*. Lo que ocurre en la naturaleza es ya el resultado de una compleja intermediación con el mundo *humano* de las opciones económicas y los modelos de desarrollo, a su vez “infectados” con un “virus” diferente de nuestra propia creación: es el resultado, más que la causa, de la avaricia financiera, la autocomplacencia de los estilos de vida definidos por la indulgencia del consumo y el exceso. Hemos construido para nosotros mismos un ethos de prevaricación y desprecio por lo que se nos da, en la promesa elemental de la creación. Por eso estamos llamados a reconsiderar nuestra relación con el hábitat natural. Para reconocer que vivimos en esta tierra como administradores, no como amos y señores.

Se nos ha dado todo, pero la nuestra es sólo una soberanía otorgada, no absoluta. Consciente de su

origen, lleva la carga de la finitud y la marca de la vulnerabilidad. Nuestro destino es una *libertad herida*. Podríamos rechazarla como si fuera una maldición, una condición provisional que será pronto superada. O podemos aprender una paciencia diferente: capaz de consentir a la finitud, de renovada permeabilidad a la proximidad del prójimo y a la lejanía.

Cuando se compara con la situación de los países pobres, especialmente en el llamado Sur Global, la difícil situación del mundo “desarrollado” parece más bien un lujo: sólo en los países ricos la gente puede permitirse los requisitos de seguridad. En cambio, en los no tan afortunados, el “distanciamiento físico” es sólo una imposibilidad debido a la necesidad y al peso de las circunstancias extremas: los entornos abarrotados y la falta de un distanciamiento asequible enfrentan a poblaciones enteras como un hecho insuperable. El contraste entre ambas situaciones pone de relieve una paradoja estridente, al relatar, una vez más, la historia de la desproporción de la riqueza entre países pobres y ricos

Aprender la finitud y aceptar los límites de nuestra propia libertad es más que un ejercicio sobrio de realismo filosófico. Implica abrir nuestros ojos a la realidad de los seres humanos que experimentan tales límites *en su propia carne*, por así decirlo: en el desafío diario de sobrevivir, para asegurarse las condiciones mínimas a la subsistencia, alimentar a los niños y miembros de la familia, superar la amenaza de enfermedades a pesar de no tener acceso a los tratamientos por ser demasiado caros. Tengamos en cuenta la inmensa pérdida de vidas en el Sur Global: la malaria, la tuberculosis, la falta de agua potable y de recursos básicos siguen sembrando la destrucción de millones de vidas por año, una situación que se conoce desde hace décadas. Todas estas dificultades podrían superarse mediante esfuerzos y políticas internacionales comprometidas. ¡Cuántas vidas podrían salvarse, cuántas enfermedades podrían ser erradicadas, cuánto sufrimiento se evitaría!

1.3. El desafío de la interdependencia y la lección de la vulnerabilidad común

Nuestras pretensiones de soledad monádica tienen pies de barro. Con ellos se desmoronan las falsas esperanzas de una filosofía social atomista construida

4 En: http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/pa-pa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html#119

sobre la sospecha egoísta hacia lo diferente y lo nuevo, una ética de racionalidad calculadora inclinada hacia una imagen distorsionada de la autorrealización, impermeable a la responsabilidad del bien común a escala global, y no sólo nacional.

Nuestra *interconexión* es un hecho. Nos hace a todos fuertes o, por el contrario, vulnerables, dependiendo de nuestra propia actitud hacia ella. Consideremos su relevancia a nivel nacional, para empezar. Aunque el COVID-19 puede afectar a todos, es especialmente dañino para poblaciones particulares, como los ancianos, o las personas con enfermedades asociadas y sistemas inmunológicos comprometidos. Las medidas políticas se toman para todos los ciudadanos por igual. Piden la solidaridad de los jóvenes y de los sanos con los más vulnerables. Piden sacrificios a muchas personas que dependen de la interacción pública y la actividad económica para su vida. En los países más ricos estos sacrificios pueden compensarse temporalmente, pero en la mayoría de los países estas políticas de protección son simplemente imposibles.

Sin duda, en todos los países es necesario equilibrar *el bien común de la salud pública* con los intereses económicos. Durante las primeras etapas de la pandemia, la mayoría de los países se centraron en salvar vidas al máximo. Los hospitales, y especialmente los servicios de cuidados intensivos, eran insuficientes y sólo se ampliaron después de enormes luchas. Sorprendentemente, los servicios de atención sobrevivieron gracias a los impresionantes sacrificios de médicos, enfermeras y otros profesionales de la sanidad, más que por la inversión tecnológica. Sin embargo, el enfoque en la atención hospitalaria desvió la atención de otras instituciones de cuidados. Las residencias de ancianos, por ejemplo, se vieron gravemente afectadas por la pandemia, y sólo en una etapa tardía se dispuso de suficientes equipos de protección y test. Los debates éticos sobre la asignación de recursos se basaron principalmente en consideraciones utilitarias, sin prestar atención a las personas que experimentaban un mayor riesgo y una mayor vulnerabilidad. En la mayoría de los países se ignoró el papel de los médicos generales, mientras que para muchas personas son el primer contacto en el sistema de atención. El resultado ha sido un aumento de las muertes y discapacidades por causas distintas del COVID-19.

La vulnerabilidad común exige también la cooperación internacional, así como entender que no se puede resistir una pandemia sin una

infraestructura médica adecuada, accesible a todos a nivel mundial. Tampoco se puede abordar la difícil situación de un pueblo, infectado repentinamente, de manera aislada, sin forjar acuerdos internacionales, y con una multitud de diferentes interesados. El intercambio de información, la prestación de ayuda y la asignación de los escasos recursos deberán abordarse en una sinergia de esfuerzos. La fuerza de la cadena internacional viene dada por el eslabón más débil.

La lección recibida espera una asimilación más profunda. Seguro que las semillas de esperanza se han sembrado en la oscuridad de los pequeños gestos, de los actos de solidaridad demasiado numerosos para contarlos, demasiado preciosos para difundirlos. Las comunidades han luchado honorablemente, a pesar de todo, a veces contra la ineptitud de su liderazgo político, para articular protocolos éticos, forjar sistemas normativos, recuperar vidas sobre ideales de solidaridad y solicitud recíproca. La apreciación unánime de estos ejemplos muestra una comprensión profunda del auténtico significado de la vida y una forma deseable de realización personal.

Sin embargo, no hemos prestado suficiente atención, especialmente a nivel mundial, a la interdependencia humana y a la vulnerabilidad común. Si bien el virus no reconoce fronteras, los países han sellado sus fronteras. A diferencia de otros desastres, la pandemia no afecta a todos los países al mismo tiempo. Aunque esto podría ofrecer la oportunidad de aprender de las experiencias y políticas de otros países, los procesos de aprendizaje a nivel mundial fueron mínimos. De hecho, algunos países han entablado a veces un cínico juego de culpas recíprocas.

La misma falta de interconexión puede observarse en los esfuerzos por desarrollar remedios y vacunas. La falta de coordinación y cooperación se reconoce cada vez más como un obstáculo para abordar el COVID-19. La conciencia de que estamos juntos en este desastre, y de que sólo podemos superar-

Se nos ha dado todo, pero la nuestra es sólo una soberanía otorgada, no absoluta. Consciente de su origen, lleva la carga de la finitud y la marca de la vulnerabilidad. Nuestro destino es una libertad herida. Podríamos rechazarla como si fuera una maldición, una condición provisional que será pronto superada. O podemos aprender una paciencia diferente: capaz de consentir a la finitud, de renovada permeabilidad a la proximidad del prójimo y a la lejanía.

Nuestra *interconexión* es un hecho. Nos hace a todos fuertes o, por el contrario, vulnerables, dependiendo de nuestra propia actitud hacia ella. Consideremos su relevancia a nivel nacional, para empezar. Aunque el COVID-19 puede afectar a todos, es especialmente dañino para poblaciones particulares, como los ancianos, o las personas con enfermedades asociadas y sistemas inmunológicos comprometidos. Las medidas políticas se toman para todos los ciudadanos por igual. Piden la solidaridad de los jóvenes y de los sanos con los más vulnerables

lo mediante los esfuerzos cooperativos de la comunidad humana en su conjunto, está estimulando los esfuerzos compartidos. El establecimiento de proyectos científicos transfronterizos es un esfuerzo que va en esa dirección. También debe demostrarse en las políticas, mediante el fortalecimiento de las instituciones internacionales. Esto es particularmente importante, ya que la pandemia está aumentando las desigualdades e injusticias ya existentes, y muchos países que carecen de los recursos y servicios para hacer frente adecuadamente al COVID-19 dependen de la asistencia de la comunidad internacional.

2. Hacia una nueva visión: El renacimiento de la vida y la llamada a la

conversión

Las lecciones de fragilidad, finitud y vulnerabilidad nos llevan al umbral de una nueva visión: fomentan un espíritu de vida que requiere el compromiso de la inteligencia y el valor de la conversión moral. Aprender una lección es volverse humilde; significa cambiar, buscando recursos de significado hasta ahora desaprovechados, tal vez repudiados. Aprender una lección es volverse consciente, una vez más, de la bondad de la vida que se nos ofrece, liberando una energía que va más allá de la inevitable experiencia de la pérdida, que debe ser elaborada e integrada en el significado de nuestra existencia. ¿Puede ser esta ocasión la promesa de un nuevo comienzo para la *humana communitas*, la promesa del renacimiento de la vida? Si es así, ¿en qué condiciones?

2.1. Hacia una ética del riesgo

Debemos llegar, en primer lugar, a una renovada apreciación de la realidad existencial del *riesgo*: todos nosotros podemos sucumbir a las heridas

de la enfermedad, a la matanza de las guerras, a las abrumadoras amenazas de los desastres. A la luz de esto, surgen responsabilidades éticas y políticas muy específicas respecto a la vulnerabilidad de los individuos que corren un mayor riesgo en su salud, su vida, su dignidad. El COVID-19 podría considerarse, a primera vista, sólo como un determinante *natural*, aunque ciertamente sin precedentes, del riesgo mundial. Sin embargo, la pandemia nos obliga a examinar una serie de factores adicionales, todos los cuales entrañan un reto *ético* polifacético. En este contexto, las decisiones deben ser proporcionales a los riesgos, de acuerdo con el principio de precaución. Centrarse en la génesis natural de la pandemia, sin tener en cuenta las desigualdades económicas, sociales y políticas entre los países del mundo, es no entender las condiciones que hacen que su propagación sea más rápida y difícil de abordar. Un desastre, cualquiera que sea su origen, es un desafío ético porque es una catástrofe que afecta a la vida humana y perjudica la existencia humana en múltiples dimensiones.

En ausencia de una vacuna, no podemos contar con la capacidad de derrotar permanentemente al virus que causó la pandemia, salvo por agotamiento espontáneo de la fuerza patológica de la enfermedad. Por lo tanto, la inmunidad contra el COVID-19 sigue siendo una especie de esperanza para el futuro. Esto también significa reconocer que vivir en una comunidad en riesgo exige una *ética a la par* de la perspectiva de que tal situación pueda realmente convertirse en realidad.

Al mismo tiempo, es necesario dar cuerpo a un concepto de solidaridad que vaya más allá del compromiso genérico de ayudar a los que sufren. Una pandemia nos insta a todos a abordar y remodelar las dimensiones estructurales de nuestra comunidad mundial que son opresivas e injustas, aquellas a las que en términos de fe se les llama “estructuras de pecado”. El bien común de la comunidad humana no puede lograrse sin una verdadera conversión de las mentes y los corazones (*Laudato si'*, 217-221⁵). El llamamiento a la *conversión* se dirige a nuestra responsabilidad: su miopía es imputable a nuestra falta de voluntad de mirar la vulnerabilidad de las poblaciones más débiles a nivel mundial, y no a nuestra incapacidad de ver lo que es tan obviamente claro. Una apertura diferente puede ampliar el horizonte de nuestra imaginación moral,

5 En: http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/pa-pa-francesco_20150524_encyclica-laudato-si.html#119

para incluir finalmente lo que ha sido descaradamente pasado por alto y relegado al silencio.

2.2. El llamamiento a los esfuerzos mundiales y a la cooperación internacional

Los contornos básicos de una ética del riesgo, basada en un concepto más amplio de solidaridad, implican una *definición de comunidad* que rechaza cualquier provincialismo, la falsa distinción entre los que están dentro, es decir, los que pueden exhibir una pretensión de pertenecer plenamente a la comunidad, y los que están fuera, es decir, los que pueden esperar, en el mejor de los casos, una supuesta participación en ella. El lado oscuro de esa separación debe ponerse de relieve como una imposibilidad conceptual y una práctica discriminatoria. No se puede considerar que nadie esté simplemente “a la espera” del reconocimiento pleno de su estatuto, como si estuviera a las puertas de la *humana communitas*. El acceso a una atención de salud de calidad y a los medicamentos esenciales debe reconocerse como un derecho humano universal (cfr. *Declaración Universal sobre Bioética y Derechos Humanos*, art. 14). De esta premisa se desprenden lógicamente dos conclusiones.

La primera se refiere al *acceso universal* a las mejores oportunidades de prevención, diagnóstico y tratamiento, más allá de su restricción a unos pocos. La distribución de una vacuna, una vez que esté disponible en el futuro, es un punto en el caso. El único objetivo aceptable, coherente con una asignación justa de la vacuna, es el acceso para todos, sin excepciones.

La segunda conclusión se refiere a la definición de la *investigación científica responsable*. Está mucho en juego y los temas son complejos. Cabe destacar tres de ellos. Primero, con respecto a la *integridad de la ciencia* y las nociones que impulsan su avance: el ideal de objetividad controlada, si no totalmente “desapegada”; y el ideal de libertad de investigación, especialmente la libertad de conflictos de intereses. En segundo lugar, está en juego la *naturaleza misma del conocimiento científico* como práctica social, definida, en un contexto democrático, por normas de igualdad, libertad y equidad. En particular, la libertad de investigación científica no debe incluir la adopción de decisiones políticas en su esfera de influencia. La toma de decisiones políticas y el ámbito de la política en su conjunto mantienen su autonomía frente a la usurpación del poder científico, especialmente cuando

éste se convierte en una manipulación de la opinión pública. Por último, lo que se cuestiona aquí es el carácter esencialmente “*fiduciario*” del conocimiento científico en su búsqueda de resultados socialmente beneficiosos, especialmente cuando el conocimiento se obtiene mediante la experimentación en seres humanos y la promesa de un tratamiento probado en ensayos clínicos. El bien de la sociedad y las exigencias del bien común en el ámbito de la atención de la salud se antepone a cualquier preocupación por el lucro. Y esto porque las dimensiones públicas de la investigación no pueden ser sacrificadas en el altar del *beneficio privado*. Cuando la vida y el bienestar de una comunidad están en juego, el beneficio debe pasar a un segundo plano.

La solidaridad se extiende también a cualquier esfuerzo de *cooperación internacional*. En este contexto, la Organización Mundial de la Salud (OMS) ocupa un lugar privilegiado. Profundamente arraigada en su misión de dirigir la labor internacional en materia de salud está la noción de que sólo el compromiso de los gobiernos en una sinergia mundial puede proteger, fomentar y hacer efectivo un derecho universal al más alto nivel posible de salud. Esta crisis pone de relieve lo mucho que se necesita una organización internacional de alcance mundial, que incluya específicamente las necesidades y preocupaciones de los países menos adelantados que se enfrentan a una catástrofe sin precedentes.

La estrechez de miras de los intereses nacionales ha llevado a muchos países a reivindicar para sí mismos una política de independencia y aislamiento del resto del mundo, como si se pudiera hacer frente a una pandemia sin una estrategia mundial coordinada. Esa actitud podría dar una idea de la subsidiariedad y de la importancia de una intervención estratégica basada en la pretensión de que una autoridad inferior tenga precedencia sobre cualquier autoridad superior, más distante de la situación local. La subsidiariedad debe respetar la esfera legítima de la autonomía de las comunidades, potenciando sus capacidades

A diferencia de otros desastres, la pandemia no afecta a todos los países al mismo tiempo. Aunque esto podría ofrecer la oportunidad de aprender de las experiencias y políticas de otros países, los procesos de aprendizaje a nivel mundial fueron mínimos. De hecho, algunos países han entablado a veces un cínico juego de culpas recíprocas.

Al mismo tiempo, es necesario dar cuerpo a un concepto de solidaridad que vaya más allá del compromiso genérico de ayudar a los que sufren. Una pandemia nos insta a todos a abordar y remodelar las dimensiones estructurales de nuestra comunidad mundial que son opresivas e injustas, aquellas a las que en términos de fe se les llama “estructuras de pecado”. El bien común de la comunidad humana no puede lograrse sin una verdadera conversión de las mentes y los corazones

y responsabilidad. En realidad, la actitud en cuestión se alimenta de una lógica de separación que, para empezar, es menos eficaz contra el COVID-19. Además, la desventaja no sólo es *de facto* corta de miras, sino que también da lugar a un aumento de las desigualdades y a la exacerbación de los desequilibrios de recursos entre los distintos países. Aunque todos, ricos y pobres, son vulnerables al virus, estos últimos están obligados a pagar el precio más alto y a soportar las consecuencias a largo plazo de la falta de cooperación. Es evidente que la pandemia está empeorando las desigualdades que ya están asociadas a los procesos

de globalización, haciendo que más personas sean vulnerables y estén marginadas, desprovistas de atención sanitaria, empleo y redes de seguridad social.

2.3. El equilibrio ético centrado en el principio de solidaridad

En última instancia, el significado moral, y no sólo estratégico, de la solidaridad es el verdadero problema en la actual encrucijada a la que ha de hacer frente la familia humana. La solidaridad conlleva la responsabilidad hacia el otro que está en una situación de necesidad, que se basa en el reconocimiento de que, como sujeto humano dotado de dignidad, cada *persona* es un fin en sí mismo, no un medio. La articulación de la solidaridad como principio de la ética social se basa en la realidad concreta de una presencia *personal* en la necesidad, que clama por su reconocimiento. Así pues, la respuesta que se nos pide no es sólo una reacción basada en nociones sentimentales de simpatía; es la única respuesta *adecuada* a la dignidad del otro que requiere nuestra atención, una disposición ética basada en la aprehensión racional del valor intrínseco de todo ser humano.

Como un deber, la solidaridad no viene gratis, sin costo, y es necesaria la disposición de los países ricos a pagar el precio requerido por el llamado a la supervivencia de los pobres y la sostenibilidad de todo el planeta. Esto es válido tanto de manera sincrónica, con respecto a los distintos sectores de la economía, como diacrónica, es decir, en relación con nuestra responsabilidad por el bienestar de las generaciones futuras y la medición de los recursos disponibles.

Todos estamos llamados a hacer nuestra parte. Mitigar las consecuencias de la crisis implica renunciar a la noción de que “la ayuda vendrá del gobierno”, como si fuera un *deus ex machina* que deja a todos los ciudadanos responsables fuera de la ecuación, intocables en su búsqueda de intereses personales. La transparencia de la política y las estrategias políticas, junto con la integridad de los procesos democráticos, requieren un enfoque diferente. La posibilidad de una escasez catastrófica de recursos para la atención médica (materiales de protección, equipos de test, ventilación y cuidados intensivos en el caso del COVID-19), podría utilizarse como ejemplo. Ante los trágicos dilemas, los criterios generales de intervención, basados en la equidad en la distribución de los recursos, el respeto de la dignidad de toda persona y la especial atención a los vulnerables, deben esbozarse de antemano y articularse en su plausibilidad racional con el mayor cuidado posible.

La capacidad y la voluntad de equilibrar principios que podrían competir entre sí es otro pilar esencial de una ética del riesgo y la solidaridad. Por supuesto, el primer deber es proteger la vida y la salud. Aunque una situación de riesgo cero sigue siendo una imposibilidad, respetar el distanciamiento físico y frenar, si no detener totalmente, ciertas actividades han producido efectos dramáticos y duraderos en la economía. Habrá que tener en cuenta también el costo de la vida privada y social.

Se plantean dos cuestiones cruciales. La primera se refiere al umbral de riesgo aceptable, cuya aplicación no puede producir efectos discriminatorios con respecto a las condiciones de poder y riqueza. La protección básica y la disponibilidad de medios de diagnóstico deben ofrecerse a todos, de acuerdo con un principio de no discriminación.

La segunda aclaración decisiva se refiere al concepto de “solidaridad en el riesgo”. La adopción de reglas específicas por una comunidad requiere una



atención a la evolución de la situación en el campo, tarea que sólo puede llevarse a cabo mediante un discernimiento fundado en la sensibilidad ética, y no sólo en la obediencia a la letra de la ley. Una comunidad responsable es aquella en la que las cargas de la cautela y el apoyo recíproco se comparten proactivamente con miras al bienestar de todos. Las soluciones jurídicas a los conflictos en la asignación de la culpabilidad y la responsabilidad por mala conducta o negligencia voluntarias son a veces necesarias como instrumento de justicia. Sin embargo, no pueden sustituir a la confianza como sustancia de la interacción humana. Sólo esta última nos guiará a través de la crisis, ya que sólo sobre la base de la confianza puede la *humana communitas* finalmente florecer.

Estamos llamados a una actitud de esperanza, más allá del efecto paralizante de dos tentaciones opuestas: por un lado, la resignación que sufre pasivamente los acontecimientos; por otro, la nostalgia de un retorno al pasado, sólo anhelando lo que había antes. En cambio, es hora de imaginar y poner en práctica un proyecto de convivencia humana que permita un futuro mejor

para todos y cada uno. El sueño recientemente descrito para la región amazónica podría convertirse en un sueño universal, un sueño para todo el planeta que “integre y promueva a todos sus habitantes para que puedan consolidar un «buen vivir»” (*Querida Amazonia*, 8⁶).

6 http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20200202_querida-amazonia.html#8

Como un deber, la solidaridad no viene gratis, sin costo, y es necesaria la disposición de los países ricos a pagar el precio requerido por el llamado a la supervivencia de los pobres y la sostenibilidad de todo el planeta. Esto es válido tanto de manera sincrónica, con respecto a los distintos sectores de la economía, como diacrónica, es decir, en relación con nuestra responsabilidad por el bienestar de las generaciones futuras y la medición de los recursos disponibles.



EL CORONAVIRUS. ¿una oportunidad ética?

Autor: Tony Mifsud S.J.¹
Reseña: Andrés Hubert S.J.²

En tiempo de confinamiento, este libro nos pone al día datos y preguntas. Fue escrito de manera sencilla para que todos los lectores puedan aprovechar.

En época de pandemia, es importante cuidarse, pero también reflexionar sobre el porqué, el cómo de este coronavirus y hacer todas las preguntas que nos vengán a la mente.

En tiempo de confinamiento, este libro nos pone al día datos y preguntas. Fue escrito de manera sencilla para que todos los lectores puedan aprovechar. El autor es doctor en teología moral y quiere mostrar los alcances morales del momento actual. Utiliza muchos libros y artículos ya publicados sobre el tema y, así, abre muchas perspectivas.

1 Director de la revista Mensaje, revista de actualidad, política y cultura fundada por San Alberto Hurtado, e investigador del Centro de Ética y Reflexión Social de la Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile. Libro publicado por Ediciones Mensaje, Santiago, 2020, 134pp. ISBN: 978-956-8662-27-1

2 Director del Departamento de Teología de la Universidad Católica Del Norte – Antofagasta – Chile.

El autor divide su libro en tres capítulos. En el primero, nos ofrece datos de todo tipo y nos muestra las consecuencias económicas de un contexto de crisis climática. El planeta parece vengarse y es bueno recordar la encíclica *'Laudato si'* del papa Francisco. El virus ha abierto una brecha en la seguridad en que vivíamos, ha mostrado las debilidades de nuestra sociedad y las consecuencias imprevisibles.

El segundo capítulo presenta distintas reacciones mundiales. Desde los escritores de diversos países (Harrari, israelí; Han, coreano; Žižek, esloveno) podemos percibir la realidad y la fragilidad de nuestro mundo y de nuestra sociedad. Solo con la solidaridad podemos avanzar. Los escritos y mensajes del papa Francisco están para darnos ánimo y ayudar a reflexionar con esperanza. El capítulo termina con una reflexión sobre el tema del mal. ¿Por qué existe el mal?, es la pregunta de siempre. La libertad humana es fundamental y Jesús nos habla de misericordia.

El tercer capítulo ofrece recomendaciones éticas. La historia es un continuo. No podemos pensar volver a la "normalidad" que sería volver atrás. El mundo cambió: eso es lo normal. Tenemos que transformar este cambio en crecimiento y eso depende de nuestra libertad. Además, la pandemia nos enseña a enterrar el individualismo. Nos enseña a cuidarnos unos a otros porque dependemos unos de otros; y los más vulnerables dependen más.

La pandemia nos ofrece profundizar nuestro ser en relación, a ser corresponsables, nosotros que somos seres espirituales. Lo principal es ahora la esperanza como actitud, como principio ético que va con el respeto de cada persona, especialmente de los más vulnerables. El bien común (común a todos) es más que nunca un llamado a vivir unidos. Los equipos de salud lo entendieron muy bien.

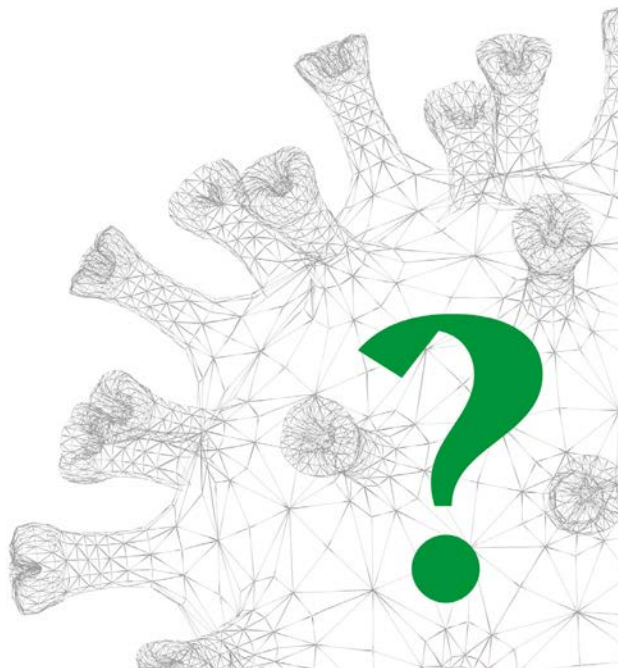
En anexo, se nos ofrece un artículo del P. Juan Díaz, actual Director del CEI, donde el autor medita cuatro imágenes de San Ignacio en relación con la pandemia. Ignacio, herido y confinado en cama, nos enseña a convivir con la experiencia de vulnerabilidad. Ignacio, en cama, descodifica su interior para que aprendamos a conocer las mociones interiores y todo nuestro mundo interior. Ignacio, con un sueño no realizado, es signo de aceptar grandes ideales y obedecer a la realidad con paz. Ignacio, amigo de los pobres, que a pesar de tanto trabajo, se abre a consolar a otros. Los tiempos movidos deben abrirnos a los que más necesitan.

Hay que repetirlo, el conjunto se presenta ameno y profundo. Buena lectura para tiempo de confinamiento, para revisar nuestra manera de vivir personal y comunitaria, para sentirnos más responsables unos de otros y, en conjunto, del mundo donde nos toca vivir.

La pandemia nos ofrece profundizar nuestro ser en relación, a ser corresponsables, nosotros que somos seres espirituales. Lo principal es ahora la esperanza como actitud, como principio ético que va con el respeto de cada persona, especialmente de los más vulnerables. El bien común (común a todos) es más que nunca un llamado a vivir unidos. Los equipos de salud lo entendieron muy bien.

EL CORONAVIRUS: ¿una oportunidad ética?

Tony Mifsud s.j.





aurora